

MICHELLE PERROT

MI HISTORIA DE LAS MUJERES

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA ESTADOS
UNIDOS DE AMÉRICA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 2006
Primera edición en español, 2008
Primera reimpresión, 2009

Perrot, Michelle
Mi historia de las mujeres - 1a ed. 1a reimp. - Buenos Aires: Fondo
Cultura Económica, 2009.

Traducido por: Mariana Saúl
ISBN 978-950-557-747-7

1. Historia de las mujeres. I. Saúl, Mariana, trad. II. Título
CDD 305.4
Armado de tapa: Café Imagen
Imagen de la tapa: Detalle de La siega del heno (1565) de Pieter
Brueghel

Título original: *Mon histoire des femmes*
ISBN de la edición original: 2-02-086666-8
© Éditions du Seuil, 2006

D.R. © 2008, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA S.A.
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Av. Picacho Ajusco 227; 14738 México, D. F.

ISBN: 978-950-557-747-7

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2009,
en Artes Gráficas del Sur, Alte. Solier 2450, Avellaneda, Buenos Aires.
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

IMPRESO EN ARGENTINA - Hecho el depósito que marca la ley
11.723

ÍNDICE

Nota del editor francés

I. Escribir la historia de las mujeres

Itinerario

El silencio roto

La invisibilidad

Nacimiento de una historia de las mujeres

Las mujeres representadas: discursos e imágenes

El aluvión de discursos

La avalancha de imágenes

Fuentes: mujeres en los archivos

Voces de mujeres en las bibliotecas

De la prensa y las mujeres

De los lugares para la historia de las mujeres

II. El cuerpo

Las edades de la vida de una mujer

Las apariencias: el cabello de las mujeres

El cabello, entre salvajismo e identidad

Diferencia de los sexos y pilosidad: la barba
y el cabello

El cabello, insignia y símbolo de la feminidad:
representaciones e imágenes

Ocultar el cabello de las mujeres: la larga historia
del velo

Peinarse el cabello, instrumento de seducción

Cortarse el cabello: signo de emancipación.

Los años veinte y treinta, llamados "locos"

Rapar el cabello de las mujeres

El sexo de las mujeres

La maternidad

Cuerpos sometidos

III. El alma

Mujeres y religiones

Herejes y brujas

El acceso al saber

La prohibición de saber

Los cambios contemporáneos

Mujeres y creación: escribir

La vida de artista

IV. El trabajo de las mujeres

Las campesinas

La vida cotidiana

Cambios en la vida del campo y de las mujeres

El trabajo doméstico

El ama de casa

La dueña de casa burguesa

Personal doméstico

¿Cambió el trabajo doméstico?

Obreras

Fábricas

Obreras de la costura

Los nuevos oficios de nivel terciario:
empleadas, institutrices, enfermeras

Empleadas

Institutrices y profesoras

Artistas del espectáculo

V. Mujeres en la polis

Mujeres en movimiento: migraciones y viajes

Las mujeres en el tiempo de la Historia

Las formas de la acción colectiva

La política: ciudad prohibida

Feminismos

¿Yahora?

NOTA DEL EDITOR FRANCÉS

PARECE QUE las mujeres tienen su día. Un solo día en todo el año, durante el cual los medios hablan de ellas, los políticos pronuncian discursos en su honor y quienes prefieren lo real a las vanidades conmemorativas recuerdan que la mujer todavía no es igual que el hombre, que la mujer -más que el hombre- sufre el desempleo y la precariedad laboral, que a la mujer se le paga menos, se la considera menos, se la reconoce menos que al hombre en los principales ámbitos de la sociedad: no olvidemos la débil representatividad de las mujeres en política, así como el pequeño número de ellas en el ejercicio del poder.

¿Cambiarían los tiempos? ¿Las mujeres son apreciadas? ¿Ser mujer constituye una discriminación positiva? ¿O es sólo una circunstancia?

Lo que es seguro es que las mujeres tienen una historia y que recién tardíamente comenzaron a construirla, para apropiársela después.

Michelle Perrot fue una de las iniciadoras en Francia de este movimiento de historiadoras que ofrecen a las mujeres y los hombres la dimensión de la acción de las mujeres en el pasado, la evolución de su estatus, las luchas y las estrategias para obtener su independencia.

Era evidente que Michelle Perrot, tan comprometida como siempre con el movimiento de las mujeres, e igualmente entusiasmada y generosa, era para France Culture¹ la mujer que podía bosquejar la historia de las mujeres.

Lo hizo con energía y amor. Esta serie radiofónica tuvo un enorme éxito, y fueron muchos quienes entonces pidieron que sus palabras quedaran fijadas por escrito: hoy, ese deseo queda satisfecho.

¹ Las veinticinco emisiones de la serie *Histoire des femmes* fueron difundidas por France Culture del 28 de febrero al 10 de abril de 2005, en una producción de Pierrette Perron.

I. ESCRIBIR LA HISTORIA DE LAS MUJERES

ITINERARIO

LA PRIMERA historia que quisiera contarles es la de la historia de las mujeres. Hoy en día se presenta como obvia: una historia "sin las mujeres" parece imposible. Sin embargo, no siempre existió. Al menos en el sentido colectivo del término, que no abarca sólo las biografías, las vidas de mujeres, sino las mujeres en su conjunto y a largo plazo. Esta historia es relativamente reciente; a grandes rasgos, tiene treinta años. ¿Por qué? ¿Por qué este silencio? ¿Y cómo se disipó?

Yo fui testigo de esta historia y, junto con muchas otras, protagonista. En calidad de tal quisiera decir unas palabras sobre mi experiencia, porque en ciertos aspectos resulta significativa tanto del pasaje del silencio a la palabra como del cambio de una mirada que, justamente, construye la historia o al menos hace emerger nuevos objetos en ese relato que es la historia, relación constantemente renovada entre el pasado y el presente.

La historia de las mujeres no estuvo entre mis primeros intereses; por otra parte, tampoco estuvieron las mujeres. En mi adolescencia lo que quería era acceder al mundo de los hombres, del saber, del trabajo y de la profesión. Por el lado de mi familia no encontré ningún obstáculo. Mis padres eran decididamente igualitarios, feministas sin teoría, y ellos me alentaron al estudio e incluso a la ambición. En la universidad de posguerra, la Sorbona de los años cincuenta, los profesores eran todos hombres. Pero las alumnas eran cada vez más numerosas, aun cuando muchas veces la abandonarían en el camino; yo no sufrí ninguna discriminación en particular. Cuando en 1949 apareció *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, se armó un escándalo. Yo estaba decididamente de su lado, pero la lectura parcial que entonces hice de ese texto no me conmovió. No pude ver su riqueza hasta tiempo después.

Lo económico y lo social dominaban ese período austero de la Reconstrucción, y ocupaban el horizonte de la sociedad tanto como el de la Historia. Hablábamos de comunismo, marxismo, existencialismo. La clase obrera nos parecía la llave de nuestro destino y del destino del mundo, a la vez que "la más numerosa y la más pobre", como decía el conde de Saint-Simón, símbolo de todas las opresiones, víctima gloriosa de una injusticia intolerable. Escribir la historia de la clase obrera era una manera de unirse a ella. En la Sorbona, Ernest Labrousse -el otro "grande", junto con Fernand Braudel- desarrollaba esta historia. Bajo su dirección, hice una tesis sobre los "obreros en huelga", en la que las mujeres ocupaban un solo capítulo. Al revés del motín del pan, la huelga, al menos en el

siglo XIX, es un acto viril. Esta asimetría me impresionó, así como la burla de la que eran objeto las mujeres. Sin embargo, no me detuve mucho tiempo en este asunto: me afectaban mucho más los problemas de los trabajadores menos calificados o los extranjeros. La xenofobia más que el sexismo obrero.

Llegué a la historia de las mujeres en los años setenta, con el envío del Mayo francés y sobre todo del movimiento de las mujeres, con los que me topé de frente en la Sorbona -donde era profesora adjunta- y luego en París VII-Jussieu, una universidad nueva y abierta a innovaciones de todo tipo. Por supuesto, no se trató de una iluminación repentina. A lo largo de veinte años las cosas habían cambiado, y yo también. Comprometida con el movimiento de las mujeres, quería conocer su historia (y hacerla, puesto que prácticamente no existía). Había una verdadera demanda en este sentido. Convertida en profesora, tras mi doctorado, ya podía tomar iniciativas. En 1973, con Pauline Schmitt y Fabienne Bock hicimos un primer curso que llamamos "¿Las mujeres tienen una historia?", título que delataba nuestras incertidumbres y traducía nuestra timidez. No estábamos seguras de que las mujeres tuvieran una historia, sobre todo porque el estructuralismo de Claude Lévi-Strauss había insistido mucho en el papel que ellas tenían en la reproducción y los lazos familiares: "Intercambio de bienes, intercambio de mujeres". No sabíamos cómo enseñar esa historia. No teníamos materiales ni métodos. Sólo preguntas. Apelamos a las sociólogas, más adelantadas que nosotras,² y a nuestros colegas historiadores,³ y les preguntamos cómo habían resuelto en sus estudios históricos la cuestión de las mujeres. El curso fue un gran éxito. El movimiento estaba en marcha y ya no se detendría. Interrumpiré en este punto la evocación de una historiografía cuyo camino examinaremos y cuyos resultados apreciaremos a lo largo del presente relato. Este itinerario mío, de un descubrimiento, de una llegada, se inscribe en un movimiento colectivo. Para atenerme al plano universitario, señalaré las iniciativas idénticas y paralelas en Aix-en-Provence,⁴ en

² Andrée Michel inauguró el curso con una exposición sobre "los modelos de la familia", y fue impugnada por algunos estudiantes que malinterpretaron el sentido de la palabra "modelo": no querían más modelos familiares, según dijeron. Andrée Michel los tranquilizó.

³ Pierre Vidal-Naquet, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie, Jean-Louis Flandrin -pionero en los estudios sobre la sexualidad-, Mona Ozouf y Jean Chesneaux aportaron su colaboración.

⁴ Yvonne Knibiehler fundó, junto con sus colegas, el primer *Bulletin d'information et d'études sur les femmes* [Boletín de información y estudios sobre las mujeres], el BIEF, y organizó el primer coloquio (1975), "Las mujeres y las humanidades". Sus trabajos sobre la maternidad, el nacimiento, las mujeres y los médicos, las enfermeras y las asistentes sociales, sobre todo, sientan cátedra.

Toulouse,⁵ en la Universidad de París VIII,⁶ en Lyon (en psicología social), etc. En el exterior el movimiento era previo y mucho más intenso: en los Estados Unidos, en Gran Bretaña, el papel de los *Women's Studies* era precursor⁷ y nosotros lo seguíamos con vivo interés. Esta corriente se desarrolló rápidamente, con variantes, en los Países Bajos, en Alemania (en torno a la Universidad de Bielefeld y la Universidad Libre de Berlín), en Italia -donde tuvo una originalidad y una vitalidad notables-, un poco más tarde en España, en Portugal, etc. En pocas palabras: fue, es, un movimiento mundial, que hoy está particularmente vivo en Quebec, en América Latina (sobre todo en Brasil), en India, en Japón... El desarrollo de la historia de las mujeres acompaña en sordina el "movimiento" de las mujeres hacia su emancipación y su liberación. Es la traducción el efecto de una toma de conciencia aun más abarcadora: la de la dimensión sexuada de la sociedad y de la historia.

En treinta años ya se sucedieron varias generaciones intelectuales que produjeron -mediante tesis y libros- una acumulación que dejó de ser "primitiva". Hoy existe una revista, *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, asociaciones,⁸ numerosos coloquios y antologías de trabajos. En Blois, los encuentros llamados *Rendez-vous de l'histoire* (2004) sobre "Las mujeres en la historia" tuvieron gran éxito.

La historia de las mujeres cambió. En sus objetos de estudio, en sus puntos de vista. Empezó por una historia del cuerpo y de los roles privados para llegar a una historia de las mujeres en el espacio público de la ciudad, del trabajo, de la política de la guerra, de la creación. Empezó por una historia de las mujeres víctimas para llegar a una historia de las mujeres activas, en las múltiples interacciones que originan los cambios. Empezó por una historia de las mujeres para convertirse más precisamente en una historia del género, que insiste sobre las relaciones entre los sexos e integra la masculinidad. Expandió sus perspectivas espaciales, religiosas y culturales.

De todo ello quisiera dar cuenta aquí, del modo más amplio posible, pues esta historia de las mujeres no es "mi" historia de las mujeres. Este posesivo no implica ninguna propiedad.

Sin caer en una exhaustividad extenuante, quisiera tirar de algunos hilos de esta inmensa tela y abordar ciertos temas: "El silencio y las fuentes", "El cuerpo", "El alma", "Trabajo y creación",

⁵ Con Rolande Trespé y Marie-France Brive.

⁶ Con Claude Mossé, Madeleine Rebérioux y Béatrice Slama.

⁷ Gracias a Françoise Basch, profesora de civilización angloamericana en el Instituto Charles V (París VII), se estableció un vínculo con la investigación angloamericana desde principios de los setenta.

⁸ Mnémosyne, la SIEFAR (Société internationale pour l'étude des femmes de l'Ancien Régime [Sociedad Internacional para el Estudio de las Mujeres del Antiguo Régimen]), Archives du féminisme (Centro de Archivos de Angers).

"Mujeres en la polis"; con ejemplos, con caras, con historias elegidas en un espacio-tiempo lo más vasto posible. Sin embargo, un poco por necesidad y otro poco por mi propia especialidad, estos elementos serán extraídos de la historia de la Francia y el Occidente contemporáneos.

En filigrana, siempre se encuentra la siguiente pregunta: ¿qué cambió en las relaciones entre los sexos, en la diferencia de los sexos representada y vivida? ¿Cómo, si no por qué? ¿Y con qué efectos?

EL SILENCIO ROTO

Escribir la historia de las mujeres es sacarlas del silencio en que estaban sumergidas. Pero, ¿por qué este silencio? Y antes que nada: ¿las mujeres tienen sólo una historia?

La pregunta puede parecer extraña. "Todo es historia", decía George Sand, y Marguerite Yourcenar afirmó más tarde: "Todo es la historia". ¿Por qué las mujeres no pertenecerían a la historia?

Todo depende del sentido que se dé a la palabra "historia". La historia es lo que pasa, la sucesión de los acontecimientos, de los cambios, de las revoluciones, de las evoluciones, de las acumulaciones que tejen el devenir de las sociedades. Pero también es el *relato* que se hace de ellos. Los ingleses distinguen *story* de *history*. Las mujeres han quedado largamente excluidas de este relato, como si, condenadas a la oscuridad de una reproducción inenarrable, estuvieran fuera del tiempo o por lo menos fuera del acontecer. Sepultadas bajo el silencio de un mar abismal.

Por cierto, en este silencio profundo las mujeres no están solas. Dicho silencio envuelve el continente perdido de las vidas engullidas por el olvido en que la masa de la humanidad queda abolida, pero cae con más peso sobre ellas. Y esto por varias razones.

La invisibilidad

En principio, porque a las mujeres se las ve menos en el espacio público, el único que durante mucho tiempo mereció interés y relato. Ellas trabajan en la familia, confinadas en casa (o en lo que hace las veces de casa). Son invisibles. Para muchas sociedades la invisibilidad y el silencio de las mujeres forman parte del orden natural de las cosas. Son la garantía de una polis pacífica. Su aparición en grupo da miedo. Para los griegos significa la *stasis*, el desorden.⁹ Su palabra pública es indecente. "Que la mujer se

⁹ Sobre este tema, véanse los trabajos de Nicole Loraux.

mantenga en silencio. Porque Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión", dice el apóstol Pablo.¹⁰ Ellas deben pagar su falta con un silencio eterno.

Hasta el cuerpo de las mujeres asusta. Se lo prefiere tapado. Los hombres son individuos, personas, tienen apellidos que pueden transmitir. Algunos son "grandes": "grandes hombres". Las mujeres no tienen apellido: sólo nombre de pila. Aparecen confusamente, en la penumbra de grupos oscuros. "Las mujeres y los niños", "primero", o al costado, o afuera, según el caso: la expresión clásica traduce esta generalización. Al principio de *Tristes trópicos*, Claude Lévi-Strauss describe un pueblo después de que los hombres han salido a cazar: ya no quedaba nadie, dice, salvo las mujeres y los niños.

Porque se las ve poco, se habla poco de ellas. Y ésta es una segunda razón de silencio: el silencio de las fuentes. Las mujeres dejan pocas huellas directas, escritas o materiales. Su acceso a la escritura fue más tardío. Sus producciones domésticas se consumen más rápido, o se dispersan con mayor facilidad. Ellas mismas destruyen, borran sus huellas porque creen que esos rastros no tienen interés. Después de todo, sólo son mujeres, cuya vida cuenta poco. Hay incluso un pudor femenino que se extiende a la memoria. Una desvalorización de las mujeres por ellas mismas. Un silencio consustancial a la noción de honor.

En cuanto a los observadores o a los cronistas, hombres en su gran mayoría, les prestan una atención reducida o guiada por estereotipos.

Es cierto, se habla de mujeres, pero de manera general. "Las mujeres son...", "La Mujer es...". La verbosidad del discurso sobre las mujeres contrasta con la ausencia de información precisa o detallada. Lo mismo ocurre con sus imágenes. Producidas por los hombres, estas imágenes nos dicen, sin dudas, más sobre los sueños o los temores de los artistas que sobre las mujeres reales. Ellas son imaginadas, representadas, más que descritas o narradas. He allí una segunda razón para el silencio y la oscuridad: la asimetría sexual de las fuentes; variable, por otra parte, desigual según las épocas, y sobre la cual deberemos volver.

Pero el *silencio más profundo es el del relato*. El relato de la historia tal como lo construyen los primeros historiadores griegos o romanos concierne al espacio público: las guerras, los reinados, los hombres "ilustres", o al menos los "hombres públicos". Lo mismo sucede con las crónicas medievales y la historia sagrada, que habla de santos más que de santas. Y además, los santos actúan, evangelizan, viajan. Las mujeres preservan su virginidad y rezan. O acceden a la gloria por el martirio, espléndido honor.

¹⁰ Primera Epístola a Timoteo, 2, 12-14.

Las reinas merovingias, tan crueles, las damas galantes del Renacimiento, las cortesanas de todas las épocas hacen soñar. Para existir hay que ser piadosa o escandalosa.

En el siglo XVIII y sobre todo en el XIX, la historia se vuelve más científica y profesional. ¿Se da entonces más lugar a las mujeres y a las relaciones entre los sexos? Un poco más. Michelet habla de las mujeres en la historia de Francia: la terrible regencia de Catalina de Médicis muestra los inconvenientes de las mujeres en el poder. La Noche de San Bartolomé, para él, sería casi un efecto de la transgresión de los géneros. Mientras que la intervención de las mujeres del puerto de La Halle, los días 5 y 6 de octubre de 1789, ilustra su papel positivo cuando se comportan como madres y amas de casa.¹¹ Su visión de la historia está muy influenciada por su representación de los roles que desempeña cada sexo. Michelet valora a la "mujer del pueblo", pues "no hay nada más pueblo que la mujer", dice. Y es así como las mujeres aparecían en los "manuales escolares" de la Tercera República. Más allá de Juana de Arco, única verdadera heroína nacional, esos manuales hablan muy poco de las mujeres.¹²

La principal novedad viene por el lado de las autoras que estudió una joven historiadora, Isabelle Ernot.¹³ Ellas se llaman Louise de Kéralio, autora de *Les crimes des reines de France* (1791), Laure d'Abrantès, Hortense Allart y madame de Renneville, mujeres muchas veces de origen aristocrático que intentan ganarse la vida con su pluma. A mediados del siglo XIX, son cada vez más las que escriben biografías de mujeres: reinas, santas, cortesanas, "mujeres excepcionales" cuyo destino perfora la noche de las mujeres. Al principio se ocupan de Blanca de Castilla, Juana de Navarra, madame de Maintenon y sobre todo María Antonieta, "calamidad y sanguijuela de los franceses" para algunas, reina desgraciada para otras que intentan reivindicarla, y a la cual Olympe de Gouges dedicó la Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana. Pero también se ven algunos intentos de captar la evolución de la condición de las mujeres en un plazo más largo. Así, Olympe Audouard publica *Gynécologie. La Femme depuis six mille ans* (1873), donde se pregunta por el papel del cristianismo en esta evolución. Es el indicio de un interés por el tema que se afirmará sobre todo bajo el Segundo

¹¹ "Las mujeres estuvieron a la vanguardia de nuestra Revolución. No hay que asombrarse por ello. Ellas sufrían más" (Jules Michelet, *Histoire de la Révolution française*, t.1, París, Gallimard, col. "Bibliothèque de la Pléiade", p. 254 [trad. esp.: *Historia de la Revolución francesa*, Buenos Aires, Argonauta, 1946]).

¹² Denise Guillaume, *Le Destin des femmes a l'École. Manuels d'histoire et société*, París, L'Harmattan, 1999; Francoise y Claude Lelièvre, *L'Histoire des femmes publiques contée aux enfants*, París, PUF, 2001.

¹³ Isabelle Ernot, "Historiennes et enjeux de l'écriture de l'histoire des femmes, 1791-1948", tesis de la Universidad de París VII, 2004.

Imperio, clerical y conservador, como un desafío al clericalismo de Monseñor Dupanloup y a la misoginia de Pierre-Joseph Proudhon.

En el período de entreguerras las mujeres acceden a la universidad. Muchas manifiestan su interés por la historia de las mujeres y sobre todo por la historia del feminismo: Marguerite Thibert o Édith Thomas,¹⁴ por ejemplo. Pero ellas siguen siendo marginales respecto de la revolución historiográfica que constituye la "escuela de los *Annales*". Así se llama al núcleo constituido por Marc Bloch y Lucien Febvre alrededor de la revista del mismo nombre.

Esta escuela innovadora rompió con una visión exclusivamente política de la historia, pero lo económico y lo social seguían siendo sus prioridades. La corriente era bastante indiferente a la diferencia de los sexos, que no constituía para ellos una categoría de análisis. Sin embargo, Lucien Febvre publicó un brillante ensayo sobre Margarita de Navarra, *Amour sacre, amour profane: autour de l'Heptaméron* (1944), que esboza una historia del sentimiento amoroso e incluso de la violación: una veleidad que la segunda generación de los *Annales*, la de Ernest Labrousse y Fernand Braudel, no profundizó.

¿Cómo cambiaron las cosas? ¿Cómo nació una "historia de las mujeres", de la que ellas fueron la materia prima, a la vez objeto y sujeto del relato?

*Nacimiento de una historia de las mujeres*¹⁵

Surgió en Gran Bretaña y los Estados Unidos en los años sesenta, y en Francia una década más tarde. Muchas series de factores imbricados -científicos, sociológicos, políticos-convergió en la emergencia del objeto "mujer", en las humanidades en general y en historia en particular. Evocaré estos factores brevemente.

Factores científicos: alrededor de los años setenta se opera una renovación del cuestionamiento, ligada a la crisis de los sistemas de pensamiento (marxismo, estructuralismo), a la modificación de las alianzas disciplinarias y al crecimiento de la subjetividad. La historia se reconcilia con la antropología y redescubre la familia; la demografía histórica en, en pleno auge, mide todas sus dimensiones. Mediante datos como la natalidad, la nupcialidad, la edad al contraer

¹⁴ Marguerite Thibert (1886-1982) defiende una de las primeras tesis de historia sobre las sansimonianas. Édith Thomas (1909-1970) es autora de muchas obras sobre las mujeres desde 1848, como Pauline Roland, George Sand o Louise Michel. La biografía de Dorothy Kaufmann, *Édith Thomas. A Passion for Resistance*, Ithaca, Cornell University Press, 2004, fue traducida al francés en 2007 y editada por Autrement bajo el título de *Édith Thomas, passionnément résistante*.

¹⁵ Sobre esta historiografía, véase Françoise Thébaud, *Écrire l'histoire des femmes*, Fontenay-aux-Roses, ediciones ENS, 1998.

matrimonio o la mortalidad, capta -sin por eso atarse a ella-la dimensión sexuada de los comportamientos. De paso, se plantea la cuestión de las mujeres como sujetos. El quehacer de Georges Duby, llegado a la historia de las mujeres por la vía antropológica, ilustra esta evolución. Tras haber escrutado el funcionamiento del matrimonio feudal en el siglo XII, en *El caballero, la mujer y el cura*,¹⁶ se interroga: "Pero, ¿y las mujeres? ¿Qué sabemos de ellas?", una cuestión que en adelante permanecerá en el corazón de su investigación.

A través de la familia se introducían nuevos personajes: los niños, los jóvenes; otros cuestionamientos: las edades de la vida, lo privado. Philippe Aries y Georges Duby dedicaron a ello una serie muy amplia,¹⁷ en la que las mujeres estaban necesariamente presentes. Después de la historia de la locura, Michel Foucault emprendía la de la sexualidad,¹⁸ en cuyo marco preveía un volumen sobre "la mujer histórica". La "Nueva Historia" (así se llamó a la tercera generación de los *Annales*) multiplicaba los objetos en un "vértigo de la profusión"¹⁹ que a veces fue tildado de "atomización" pero que sin dudas fue favorable a la innovación. El clima intelectual cambió. La manera de escribir la historia también.

Existen *factores sociológicos*, a saber, la presencia de las mujeres en la universidad. Como estudiantes: ellas representan casi un tercio de los inscriptos en los años setenta. Como docentes: tras haber sido "indeseables" durante largos años, luego de la Segunda Guerra Mundial se abren un camino y hoy en día constituyen casi un tercio del personal. Esta feminización puede ser el germen de una demanda renovada, o por lo menos de una atención favorable.

Los *factores políticos*, en el sentido amplio del término, fueron decisivos. El Movimiento de Liberación de las Mujeres, desarrollado a partir de los años setenta,²⁰ en principio no apuntaba a la universidad

¹⁶ Georges Duby, *Le Chevalier, la Femme et le Prêtre. Le mariage dans la France féodale*, París, Hachette, 1981 [trad. esp.: *El caballero, la mujer y el cura: el matrimonio en la Francia feudal*, Madrid, Taurus, 1999].

¹⁷ Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *Histoire de la vie privée. De l'Antiquité a nos jours*, 5 vols., París, Seuil, 1986-1987 [trad. esp.: *Historia de la vida privada. De la Antigüedad a nuestros días*, Madrid, Taurus, 1989]. Yo misma dirigí el volumen dedicado al siglo XIX.

¹⁸ 17 Michel Foucault, *Histoire de la sexualité*, t. 1; *La Volonté de savoir*, París, Gallimard, 1976 [trad. esp.: *Historia de la sexualidad*, t. 1; *La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005].

¹⁹ Según la expresión de Alain Corbin, él mismo "historiador de lo sensible" y representativo de esta evolución. *Después de su tesis sobre Archaisme et modernité en Limousin au XIX siècle* (París, Marcel Rivière, 1975), su primer libro trató sobre *Les Filles de noce. Misère sexuelle et prostitution au XIX siècle* (París, Aubier, 1978).

²⁰ Françoise Picq, *Libération des femmes. Les années-mouvement*, París, Seuil, 1993.

y, aunque sus preocupaciones no incluían la historia, se apoyaba en mujeres intelectuales, lectoras de Simone de Beauvoir que creían haber resuelto el problema de *El segundo sexo*. Este movimiento tuvo efectos de saber, al menos de dos maneras. En primer lugar, en su búsqueda de ancestros y de legitimidad, y por su deseo de encontrar pistas y hacerlas visibles, inició un "trabajo de memoria" que no ha dejado de desarrollarse desde entonces en la sociedad en su conjunto. En un plazo más largo, el movimiento tuvo ambiciones más teóricas. Pretendía criticar los saberes constituidos, que se presentaban como universales a pesar de su carácter frecuentemente masculino. En los años setenta y ochenta hubo una voluntad de "ruptura epistemológica" que afectó principalmente a las ciencias sociales y humanísticas, pero que ocurrió también en las matemáticas.²¹

Así nació el deseo de otro relato, de otra historia.

LAS MUJERES REPRESENTADAS: DISCURSOS E IMÁGENES

Para escribir la historia hacen falta fuentes, documentos, huellas. Y esto constituye una dificultad en la historia de las mujeres. Su presencia suele estar tachada, sus huellas borradas, sus archivos destruidos. Hay un déficit, una carencia de huellas.

En principio, por falta de registro. Por el lenguaje mismo. A ello contribuye la gramática, que en caso de carácter mixto recurre al masculino plural: ellos disimula ellas. En raso de huelgas mixtas, por ejemplo, con frecuencia ignoramos el número de mujeres.

Las estadísticas suelen ser asexuadas, sobre todo en el ámbito económico, las estadísticas industriales o laborales. La sexuación de las estadísticas es relativamente reciente y exigida por sociólogas del trabajo feministas. ¿Acaso no es necesario conocer para analizar? Hoy nos encontramos con problemas análogos a los de los orígenes étnicos, cuya identificación atormenta, con mayor gravedad, al ámbito de los demógrafos.

Mediante el matrimonio las mujeres perdían su nombre; en Francia, por lo menos, pero no sólo allí. Suele ser difícil, e incluso imposible, reconstituir linajes femeninos. La investigación demográfica llamada TRA e iniciada por Jacques Dupâquier, que estableció la genealogía de las familias cuyos apellidos comienzan por *Tra* para estudiar los fenómenos de movilidad social, ha debido renunciar a las mujeres por esta razón. No hay dudas de que el retroceso del matrimonio y la posibilidad de elegir el apellido propio y

²¹ Alrededor de la asociación "Mujeres y ciencias" de Claudine Hermann, por ejemplo. Se trataba menos del contenido de las matemáticas que de sus condiciones sexuadas de enseñanza.

el que se lega a los hijos complicarán el futuro de los demógrafos y genealogistas. Esta revolución del nombre es rica en sentido.

En general, cuando las mujeres aparecen en el espacio público los observadores se desconciertan; las ven en masa o en grupo, lo que por otra parte corresponde en general a su modo de intervención colectiva: ellas intervienen en tanto madres, amas de casa, guardianas de los víveres, etc. Se abusa de los estereotipos para designarlas y calificarlas. Los comisarios de policía hablan de "harpías" o de "marimachos" para designar a las manifestantes, casi siempre llamadas "histéricas" si profieren el más mínimo grito. La psicología de las masas presta a las masas una identidad femenina, susceptible de pasión, de nerviosidad, de violencia, incluso de salvajismo.

La destrucción de las huellas también opera. Esta destrucción es social y sexualmente selectiva. En una pareja en la que el hombre es famoso, se conservarán los papeles del marido, no los de su mujer. Es así como se guardaron las cartas de Tocqueville a su esposa, pero no las que ésta le mandaba a aquél. Hasta hace poco se descuidaban los archivos privados y los depósitos públicos recibían con reticencia papeles que no se sabía cómo administrar. Para los políticos o los escritores, vaya y pase. Pero ¿para la gente común? Y, sobre todo, ¿para las mujeres? Como reacción a esta actitud se creó, hace unos diez años, bajo el impulso de Philippe Lejeune, una asociación destinada a recibir y promover el depósito de los archivos privados.

También opera una autodestrucción de la memoria femenina. Convencidas de su insignificancia, muchas mujeres, extendiendo a su pasado el sentimiento de pudor que se les había inculcado, destruían -y destruyen- sus papeles personales al final de sus vidas. Quemar los propios papeles, en la intimidad de la habitación desierta, es un gesto clásico de la mujer anciana.

Todas estas razones explican que haya una carencia de fuentes, no sobre las mujeres -y menos aún sobre la mujer-, sino sobre su existencia concreta y su historia singular. En el teatro de la memoria, las mujeres son sólo sombras.

El aluvión de discursos

En cambio, hay una gran abundancia, incluso sobreabundancia, de discursos sobre las mujeres; avalancha de Imágenes, literarias o plásticas, que la mayoría de las veces son obras de los hombres. Generalmente, no se sabe qué pensaban de ellas las mujeres, cómo las veían o las percibían.

De las mujeres se habla. Sin cesar, de manera obsesiva. Para decir lo que son, o lo que deberían hacer. Eso ocurre en el caso de los filósofos. Françoise Collin, Évelyne Pisier y Eleni Varikas hicieron una

*antología crítica*²² de textos que tratan menos de la diferencia de los sexos, tema poco abordado por la filosofía, que de las mujeres. "La cuestión de la sexuación se presenta siempre en el texto filosófico como una cuestión de mujeres, que se refiere a las mujeres." Pues la diferencia viene de ellas, de su desvío de la norma masculina. "Su sexo y el nuestro", como dice Rousseau; "nosotros y ellas". Textos de hombres, sobre todo: cincuenta y cinco hombres para cuatro mujeres, lo cual corresponde a la asimetría sexual del discurso filosófico. Este libro ofrece fragmentos de grandes clásicos, a veces difíciles de encontrar, clasificados en conjuntos: el pensamiento griego, el de los Padres de la Iglesia y los teólogos, el de los filósofos del Iluminismo, el pensamiento inglés -muy innovador- y el alemán, Proudhon y la escuela de Frankfurt (Adorno). Freud, curiosamente poco elocuente en temas sobre feminidad, está presente con un texto poco conocido.

Hojejar esta antología es una oportunidad para tomar contacto -y luego no volver tanto sobre el tema- con el aluvión de estos discursos. Pensemos en Aristóteles, o el pensador de la dualidad de los géneros. De todos los filósofos griegos, y a diferencia de Platón, es el que establece de manera más radical la superioridad masculina.²³ Las mujeres se mueven en los límites de lo civilizado y lo salvaje, del humano y la bestia. Son una amenaza potencial para la vida armoniosa de la colectividad. ¿Cómo mantenerlas alejadas? Las mujeres no son sólo diferentes: modelado inacabado, hombre fallido, son incompletas, defectuosas. La frialdad de la mujer se opone al calor del hombre. Ella es nocturna, él es solar. Ella es pasiva y él activo. El hombre es creador: por su aliento, el *pneuma*, y por su simiente. En la generación la mujer no es más que un recipiente del que sólo cabe esperar que sea un buen receptáculo. El pensamiento de Aristóteles modela por largo tiempo el pensamiento de la diferencia de los sexos. En efecto, es retomado con algunas modificaciones por la medicina griega, la de Galeno, y en la Edad Media por el teólogo Tomás de Aquino.

Pablo (en la primera Epístola a Timoteo), prescribe a las mujeres el silencio: "Que la mujer oiga la instrucción en silencio, con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe ni que domine al hombre".

Para Bossuet hay una homología entre el absolutismo conyugal y el absolutismo real: "Eva es desgraciada y está maldita en todo su sexo". Y, a título de consuelo: "Las mujeres no tienen más que recordar su origen y, sin ponderar en exceso su delicadeza, han de

²² Françoise Collin, Évelyne Pisier y Eleni Varikas, *Les Femmes de Platón a Derrida. Anthologie critique*, París, Plon, 2000.

²³ Françoise Héritier, *Masculin/Féminin*, t. 1: *La Pensée de la différence*, París, Odile Jacob, 1996 [trad. esp.: *Masculino/Femenino*, t.1: *El pensamiento de la diferencia*, Barcelona, Ariel, 1996].

pensar que proceden de un hueso supernumerario en el que no había ninguna belleza, y que si tienen alguna han de dar gracias a Dios".

Ya tendremos ocasión de volver sobre estas raíces religiosas de la jerarquía sexual. El Siglo de las Luces y la ciencia no son mejores consejeros. Numerosos filósofos encuentran en las ciencias naturales y la medicina argumentos suplementarios para demostrar la inferioridad de las mujeres, de Rousseau a Augusto Comte: "Hoy no puede negarse seriamente la evidente inferioridad relativa de la mujer, mucho menos apta que el hombre a la indispensable continuidad y a la alta intensidad del trabajo mental, ya sea en virtud de la menor fuerza intrínseca de su inteligencia, ya debido a su más viva susceptibilidad moral y psíquica". Para no hablar de Proudhon, cuya voluntad de diferenciación jerárquica es aun más sistemática.

Felizmente, hay voces más reconfortantes. Por ejemplo la de Condorcet, el más igualitario. Él preconiza el otorgamiento a las mujeres del derecho de ciudadanía y su admisión en la ciencia: "Las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres; tienen, pues, aquel de obtener las mismas facilidades para obtener los mismos conocimientos, que son los únicos medios para ejercer realmente esos derechos, con la misma independencia e igual alcance".

Mi intención no es estudiar hoy el pensamiento filosófico de la diferencia de los sexos -inmensa cuestión-,²⁴ sino señalar la presencia de las mujeres en el discurso científico, así como en el discurso popular, novelesco o poético. Se habla tanto de ellas.

La avalancha de imágenes

Y se las pinta, se las representa desde que el tiempo es tiempo, desde las grutas de la prehistoria, en las que no se terminan de descifrar sus huellas, hasta las revistas y publicidades contemporáneas. Las paredes de la ciudad están saturadas de imágenes de mujeres. Pero, ¿qué nos dicen sobre sus vidas y sus deseos?

El problema de las imágenes fue planteado sobre todo por los historiadores de la Antigüedad, Paul Veyne, y de la Edad Media, Georges Duby, impresionados por el silencio de las mujeres en las épocas que estudiaban. En *Los misterios del gineceo*, magnífico análisis del fresco de la Villa de los Misterios de Pompeya, Paul Veyne se pregunta por aquello que esas representaciones dicen de las mujeres y de su deseo. "La mirada no es simple, y la relación entre la condición de las mujeres y la imagen de la mujer lo es aun menos", dice. Por su parte, Françoise Frontisi-Ducroux, al final de un

²⁴ Véase Geneviève Fraisse, *La Différence des sexes*, París, PUF, 1996 [trad. esp.: *La diferencia de los sexos*, Buenos Aires, Manantial, 1996].

cautivante estudio sobre "el sexo de la mirada", concluye más radicalmente que es imposible, para esas épocas antiguas, llegar a la mirada de las mujeres, "construcción del imaginario de los hombres".

Georges Duby no es mucho más optimista. En el prólogo a *Images de femmes*, insiste en algo que para él constituía una obsesión enigmática: la fuerza de la iniciativa masculina que obliga a las mujeres a ser sólo espectadoras, más o menos anuentes, de ellas mismas. "Las mujeres no se representaban ellas mismas [escribe Duby]. Ellas eran representadas. [...] Aún hoy, es una mirada de hombre la que se fija sobre la mujer", esforzándose por reducirla o seducirla. Él espera que, a pesar de todo, las mujeres encuentren algún placer en esa mirada.

Entonces, ¿qué hacer con esas imágenes que nos hablan más que nada sobre el imaginario de los hombres? Puede hacerse el inventario de las representaciones de la feminidad. Puede uno preguntarse qué era la belleza en tal o cual época.²⁵ Interrogarse sobre la manera en que los pintores percibían la feminidad. En este sentido, la experiencia de Colette Deblè es absolutamente singular. Desde hace años esta artista representa a mujeres según cuadros pintados por pintores conocidos, tan disímiles como Miguel Ángel, Philippe de Champaigne, Girodet y Félix Vallotton. Según su trato íntimo y prolongado con estos artistas, ¿qué impresión le queda en cuanto a la mirada de ellos sobre las mujeres? "Ellas les dan miedo, pero las aman igual", responde a mi pregunta.

Puede uno preguntarse por la manera en que las mujeres veían y vivían sus imágenes, las aceptaban o las rechazaban, las disfrutaban o las maldecían, si estas pinturas las sublevaban o las cautivaban. Para ellas la imagen es antes que nada tiranía, porque las confronta a un ideal físico y vestimentario al que deben someterse. Pero también es la celebración de ellas mismas, fuente posible de placeres, de juegos sutiles. Un mundo a conquistar por el ejercicio del arte, tal como lo muestra Marie-Jo Bonnet en un libro reciente que renueva el enfoque del tema (*Les Femmes dans l'art*, 2004). Ya tendremos oportunidad de volver al asunto a propósito de la moda, las apariencias y la creación. No hay dudas de que hay que renunciar a la idea de que la imagen nos entrega un fresco de la vida de las mujeres, pero no a la idea de su poder, de su influencia sobre la imagen por el uso que hacen de ella, por la presión de su propia mirada. Por otra parte, conviene establecer diferencias entre la naturaleza de las imágenes. Entre el cuadro y la foto. Entre la imagen fija y la animada: el cine es un mundo apenas explorado desde el ángulo de la diferencia entre los sexos,²⁶ que sin embargo estructura

²⁵ Georges Vigarello, *Histoire de la beauté. Le corps et l'art d'embellir de la Renaissance à nos jours*, París, Seuil, 2004 [trad. esp.: *Historia de la belleza. El cuerpo y el arte de embellecer desde el Renacimiento hasta nuestros días*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005].

²⁶ Las obras de Geneviève Sellier son pioneras. Véase la bibliografía al final del libro.

su lenguaje. Entre las épocas y los artistas, algunos más simbólicos, puramente ideales, y otros más reales, e incluso realistas. Pero aun así, la imagen de las mujeres es un misterio y oculta, en la misma medida en que revela, lo que sabemos de ellas y ellos.

FUENTES: MUJERES EN LOS ARCHIVOS

Discursos e imágenes recubren a las mujeres como un grueso manto. ¿Cómo alcanzarlas, cómo perforar el silencio, los estereotipos que las envuelven?

Sin embargo, existen muchas fuentes. Fuentes que hablan de ellas. Fuentes que emanan de ellas, en las que sus voces pueden escucharse directamente, que es posible encontrar tanto en las bibliotecas -lugares de lo impreso, de los libros y diarios- como en los archivos, tanto públicos como privados. Lugares solidarios y complementarios que sería un error comparar, pero que se diferencian, sin embargo, por un grado mayor o menor de espontaneidad discursiva. Todos esos son caminos que yo quisiera tomar. Por lo menos, quisiera señalar algunos de ellos.

Internémonos primero en los archivos públicos. Los archivos policiales y judiciales son los más ricos en lo que atañe a las mujeres, sobre todo a partir de los siglos XVII y XVIII, cuando el orden de la calle, así como el del país, se torna una obsesión. Ahora bien, las mujeres alteran el orden más de lo que convendría. En este aspecto, los trabajos de Arlette Farge son significativos. En el afán de recuperar, a través del contacto con el archivo y de la emoción que éste suscita, la presencia de los desconocidos, de los silenciosos de la historia, Farge extrajo de los archivos del Châtelet (la policía de París) la materia prima de una obra en la que palpita el pueblo de París. En *Vivre dans la rue* y *La vida frágil*,²⁷ las mujeres se cuelan y se afirman; en el corazón de las noticias periodísticas que cuentan conflictos y situaciones familiares difíciles -pero también la solidaridad y la vitalidad de la gente humilde que trata de arreglárselas frente a las trampas de la ciudad— se encuentran vendedoras rebeldes, hábiles empleadas domésticas, esposas furiosas, hijas casaderas "seducidas y abandonadas". En las actas asentadas por los comisarios, menos codificadas que en la actualidad, se dejan oír las recriminaciones, las quejas, las injurias, las palabras del pueblo y de las mujeres.

²⁷ Arlette Farge, *Vivre dans la rue à Paris au XVIII siècle*, París, Gallimard, col. "Archives", 1979 ; *La Vie fragile. Violence, pouvoirs et solidarités à Paris au XVIII siècle*, París, Hachette, 1986 [trad. esp.: *La vida frágil. Violencia, poderes y solidaridades en el París del siglo XVIII*, México, Instituto Mora, 1994].

Jean Nicolás, en *La Rébellion française*²⁸ ofrece un estudio casi exhaustivo de los motines del pan desde fines del siglo XVII hasta la Revolución Francesa. Allí muestra el papel de las mujeres en estos enfrentamientos, "reinas de la calle", "siempre las más vehementes", guardianas del "precio justo" de los granos. Y esto echa luz sobre el papel público de las mujeres, mucho más importante bajo el Antiguo Régimen que lo que será durante el siglo XIX, puesto que la regularización del abastecimiento y el precio del pan hicieron desaparecer paulatinamente estas rebeliones.

Anne-Marie Sohn, por su parte, se interesa por la vida privada de las parejas y de las mujeres entre 1870 y 1930, en una época en que se modifican el régimen sexual y la expresión del deseo.²⁹ En los archivos departamentales, Sohn examinó unos siete mil expedientes judiciales de los tribunales correccionales y penales sobre conflictos privados. Las tres cuartas partes de estos archivos muestran a mujeres del pueblo enfrentadas con los celos o la violencia conyugal de los cuales son víctimas (la gran mayoría de los crímenes pasionales son masculinos), pero contra los que se resisten. Estas mujeres, en absoluto resignadas, se comportan como seres de deseo, para quienes la ciudad es, a fin de cuentas, más bien un espacio de liberación.

Annick Tillier investiga sobre el principal crimen de las mujeres en el siglo XIX: el infanticidio, en los pueblos de Bretaña occidental. Tillier examinó los expedientes de los juicios que se les iniciaron.³⁰ Se trata de campesinas, en la mayoría de los casos criadas rurales que, acorraladas por embarazos no deseados, eliminan el fruto de ese embarazo en circunstancias sórdidas. Es un asombroso buceo en la condición social del campo bretón y en el desamparo y la extrema soledad de esas jóvenes mujeres, encerradas en un mutismo sin esperanzas.

Los interrogatorios, las investigaciones de la instrucción, los testimonios permiten en cierta medida acercarse a las mujeres de las clases populares en sus realidades cotidianas. Se oye el eco de sus palabras, que los comisarios de policía o los gendarmes se esfuerzan en consignar, incluso traducir. Se perciben sus reticencias, la inmensidad de lo no dicho. Se siente el peso de su silencio.

Debido al lugar que ocupan en la familia, tenemos más oportunidades de encontrar algún rastro de las mujeres en los archivos privados. Por definición, el estatus de esos archivos fue durante mucho tiempo -y sigue siendo- necesariamente incierto. Los

²⁸ Jean Nicolás, *La Rébellion française. Mouvements populaires et conscience sociale, 1661-1789*, París, Seuil, col. "L'univers historique", 2002.

²⁹ Anne-Marie Sohn, *Chrysalides. Femmes dans la vie privée, XIX-XX siècles*, París, Publications de la Sorbonne, 1996.

Annick Tillier, *Des criminelles au village, Femmes infanticides en Bretagne (XIX siècle)*, Rennes, Presses universitaires, 2002.

archivos públicos, nacionales o departamentales, destinados a hundirse bajo los expedientes administrativos, los reciben con reticencia, a cuentagotas y de manera selectiva. Escritores, políticos o empresarios franquean el umbral, pero es mucho más difícil para la gente común, y más aún para las mujeres.

Para paliar esta carencia, ligada también a la saturación de los depósitos públicos, fueron creados diversos organismos. El Instituto Memorias de la Edición Contemporánea (IMEC, actualmente en la abadía de Ardenas, cerca de Caen) recibe los archivos de editores, revistas y en segundo lugar escritores e investigadores, como Marguerite Duras y Michel Foucault. Es un lugar muy rico para la vida intelectual contemporánea.

En 1993 Philippe Lejeune, eminente especialista en autobiografías y "escritos comunes" cuya fragilidad tenía en cuenta, creó la Asociación para la Autobiografía y el Patrimonio Autobiográfico (APA). Tiene sede en la ciudad de Ambérieu-en-Bugey (Ain), convertida en "capital de la autobiografía", y hoy cuenta con más de dos mil documentos, de los cuales casi la mitad proceden de mujeres. Se ocupa de tres grandes tipos de literatura personal: autobiografía, diario íntimo y correspondencia. Una revista, *La Faute á Rousseau*, da cuenta de los ingresos, propone temas de reflexión y ofrece información sobre los grupos de discusión y de lectura que se van creando por todas partes. Regularmente, los coloquios reúnen a esta red autobiográfica que ilustra la necesidad de expresión individual de nuestro tiempo. En la escritura y en la palabra, las mujeres están en pie de igualdad con los hombres.

De manera general, la presencia de las mujeres en estos archivos está en función del uso que ellas hacen de la escritura, una escritura privada, íntima incluso, ligada a la familia, practicada por la noche, en el silencio del dormitorio, para responder el correo, mantener el diario y, en casos más excepcionales, contar la propia vida. La correspondencia, el diario íntimo, la autobiografía no son géneros específicamente femeninos, pero se abren en especial a las mujeres en razón, justamente, de su carácter privado. Desigualmente.

Hay pocas autobiografías de mujeres. ¿Por qué? La mirada introspectiva en cada vuelta o al término de una vida, más propia de los personajes públicos que de los privados, con el fin de hacer el balance de su existencia y dejar un rastro de ella, es una actitud poco femenina. "Mi vida es menos que nada" dicen la mayoría de las mujeres. ¿Para qué hablar de ella, si no para recordar a los hombres, más o menos "grandes", que una conoció, acompañó o frecuentó?

Las que lo intentaron lo hicieron más bien bajo la forma de "Memorias" de su tiempo. Así, por ejemplo, Marie d'Agoult; o Malwida

von Meysenbug, cuyas *Memorias de una idealista*³¹ hablan de las revoluciones, del exilio y de los grandes hombres encontrados: Alexandre Herzen, Wagner, Nietzsche, Gabriel Monod, Romain Rolland. George Sand, en *Historia de mi vida*,³² soberbia autobiografía no demasiado íntima, pero muy personal, escrita entre 1847 y 1854, pretende hacer la historia de su familia en tres generaciones, entendiendo que toda individualidad es el producto del tiempo y de las transmisiones operadas por la familia, verdadero "lugar de la memoria" sandiano. Esta "gran mujer" innova. Por supuesto, la situación del siglo XX cambió considerablemente en la medida en que las mujeres ingresan a la cosa pública.

La correspondencia es, en cambio, un género muy femenino. Desde madame de Sévigné, ilustre antepasada, la carta es un placer, una licencia, hasta un deber para las mujeres. Son sobre todo las madres las corresponsales del hogar. Escriben a los parientes ancianos, al marido ausente, al adolescente interno, a la hija casada, a las amigas del convento. Sus epístolas circulan a veces entre la parentela. La carta constituye una forma de sociabilidad y de expresión femenina autorizada, incluso recomendada o tolerada. Forma distanciada del amor, más cómoda y menos peligrosa que el encuentro, la carta de amor lo sustituye hasta el punto de representar lo esencial. Se convierte en un tema y un motivo de la literatura (la novela epistolar) y la pintura de género, sobre todo holandesa: la mujer que lee una carta en la intimidad, o cerca de una ventana, en la frontera entre el interior y el exterior, y sueña con el amante o con el marido viajero o guerrero (véase Vermeer de Delft).

Las correspondencias privadas femeninas rara vez son publicadas, excepto cuando muestran a los grandes hombres: la correspondencia de Francois Guizot con su hija Henriette, o la de las hijas de Marx con su padre Karl. La *Correspondance* de George Sand es excepcional por su amplitud (veinticinco volúmenes publicados por Georges Lubin),³³ por su duración, su variedad y su densidad familiar, amorosa, amistosa, artística y política. De Musset a Flaubert, de Agricol Perdiguier y Pierre Leroux a Mazzini, Barbès y el príncipe Napoleón Bonaparte, sus interlocutores son innumerables. Pero también escribe a su marido, Casimir Dudevant, para decirle, en veintidós páginas, sus decepciones y expectativas sobre el modo de vida que comparten (1822). A su hijo Maurice, estudiante, le prodiga

³¹ Sobre Malwida, véase la biografía de Jacques Le Rider, *Malwida von Meysenbug. Une Européenne du XIX siècle*, París, Bartillat, 2005. Ofrece extensos fragmentos de estas *Memorias de una idealista* (edición en francés, Ginebra, 1869; edición francesa, con prólogo de Gabriel Monod, París, Fischbacher, 1900; edición alemana completada, 1876), hoy inhallables.

³² Edición presentada por Martine Reid, París, Gallimard, col. "Quarto", 2004 [trad. esp.: *Historia de mi vida*, Barcelona, Salvat, 1995].

³³ Publicados por Garnier y Bordas (1964-1971). Hay que agregar el volumen de las *Lettres retrouvées*, publicadas por Thierry Bodin, París, Gallimard, 2004.

consejos para una educación cívica y ciudadana. Al amante que la abandona, Michel de Bourges, le dirige desgarradoras cartas de pasión contrariada. Con Flaubert, el "querido trovador", discute sobre literatura, dificultades de la edad, placeres de la amistad.³⁴

La destrucción y el anonimato amenazan las cartas ordinarias. Paula Cossart acaba de publicar una correspondencia amorosa, más aún, adúltera: unas mil quinientas cartas, encontradas casi por casualidad en los Archivos de París. Es un testimonio excepcional sobre el sentimiento y las prácticas amorosas del siglo XIX, en una pareja de la burguesía intelectual romántica cuyo ideal sigue siendo el matrimonio.³⁵ Pero aún falta descubrir muchos secretos ocultos en los desvanes familiares, que desgraciadamente están en vías de desaparición.

Del diario íntimo, práctica adolescente y en especial femenina, Philippe Lejeune hizo un principio de inventario³⁶ que hay que continuar. La escritura del diario era un ejercicio generalmente recomendado, sobre todo por la Iglesia, que lo concebía como un instrumento de dirección de conciencia y autocontrol. Lo mismo entre los protestantes. Las educadoras laicas eran a veces reticentes ante una excesiva introspección.

En la vida de una mujer el diario ocupa un momento limitado pero intenso, interrumpido por el matrimonio y la pérdida del espacio íntimo. Está ligado al cuarto de soltera. Por un momento breve, permite la expresión personal.

Estos diversos tipos de escritos tienen algo infinitamente precioso: autorizan la afirmación de un yo. Ellos permiten que se oiga el yo, la voz de las mujeres. Voces menores, es cierto, de mujeres cultas o por lo menos con acceso a la escritura, y de quienes, además, se conservan los papeles. Una serie de condiciones que se cumplen muy poco.

Elaborar archivos, conservarlos, registrarlos supone cierto compromiso con uno mismo, con la propia vida, con la propia memoria. Es, por fuerza, un acto poco femenino. La pérdida, la destrucción, la autodestrucción son mucho más frecuentes. Los descendientes que se interesan a veces en los grandes hombres de la familia, pero mucho menos sus bisabuelas, desdibujadas y oscuras, destruyen o venden sus papeles. Georges Ribeill encontró en el

³⁴ La *Correspondance* intercambiada entre Sand y Flaubert fue publicada por Alphonse Jacobs en las ediciones Flammarion. Bajo el título de *Chère maitre*, como llamaba Flaubert a Sand, se realizó un espectáculo-lectura con Marie-France Pisier, en el teatro Gaité-Montparnasse, en el invierno de 2004-2005.

³⁵ Paula Cossart, *Vingt-cinq ans d'amours adultères. Correspondance sentimentale d'Adèle Schunck et d' Aimé Guyet de Fernex, 1824-1849*, Paris, Fayard, 2005.

³⁶ Phillippe Lejeune, *Le Moi des demoiselles. Enquête sur le journal de jeune fille.*, Paris, Seuil, 1993; Phillippe Lejeune y Catherine Bogaert, *Le Journal intime*, Paris Textuel, 2006.

mercado de pulgas de Saint-Ouen un volumen aislado del diario de Caroline Brame, muchacha del barrio de Saint Germain bajo el Segundo Imperio, malvendido sin dudas con un lote de libros de religión que conformaban su biblioteca.³⁷ Un ejemplo bastante clásico de una liquidación común. Por , o previendo la negligencia e incluso la burla de herederos indiferentes, muchas mujeres ordenaban sus asuntos en el ocaso de sus vidas; clasificaban su correspondencia; quemaban sus cartas de amor, sobre todo si comprometían su honor, destruían su diario, testigo de emociones, de esperanzas rotas, de sufrimientos pasados que era mejor ocultar. ¿Para qué exponerse inútilmente a la curiosidad desconsiderada o a la incomprensión de miradas indiscretas?

De allí la voluntad de las mujeres, a menudo feministas, de armar archivos de mujeres para luchar contra la dispersión y el olvido, ya desde principios del siglo XX. Marie-Louise Bouglé, modesta empleada, amiga de Marguerite Durand (la fundadora de La Fronde), emprendió la tarea de reunir textos, panfletos, carteles, cartas, objetos surgidos del feminismo contemporáneo; a menudo se los compraba a los vendedores de libros usados. Luego destinaba ese material a la biblioteca Marguerite-Durand. Cuando Bouglé murió, su marido, embargado por la Segunda Guerra Mundial, dejó todo en la Biblioteca Nacional con la complicidad de su administrador, Julien Cain, y murió también. Este depósito quedó olvidado hasta que en los años setenta fue redescubierto, trasladado a la Biblioteca Histórica de París y clasificado tardíamente por una historiadora, Maité Albistur. Gracias a ella se lo puede consultar.

Para evitar tales vicisitudes, en el año 2000 Christine Bard organizó, en Angers, los "Archivos del feminismo" en el marco de la Biblioteca Universitaria y por convención. En este momento estos archivos albergan varias colecciones importantes. Colecciones que provienen de Cécile Brunschvicg (1877-1946), feminista en el seno del partido radical, una de las tres subsecretarías de Estado nombradas por Léon Blum en el gobierno del Frente Popular (en una época en que las mujeres no tenían derecho al voto) y partidaria de todas las causas de las mujeres; del Consejo Nacional de Mujeres Francesas, creado en 1901, la asociación feminista francesa más antigua; de Yvette Roudy, ex ministra socialista de los Derechos de la Mujer; de Suzanne Képès (1918-2005), gran figura de la planificación familiar. Y de muchas otras más.³⁸

Archivos de mujeres para una historia de las mujeres.

³⁷ Diario publicado bajo el título *Journal intime de Caroline B. Une Jeune fille sous le second Empire*, investigación de Georges Ribeill y Michele Perrot, Paris, Arthaud-Montalba, col. "Archives privées", 1985.

³⁸ Consultar el boletín *Archives du féminisme* (núm. 9, diciembre de 2005), que informa sobre el estado de las colecciones y, de manera más general, sobre todas las acciones para la preservación de la memoria de las mujeres

VOCES DE MUJERES EN LAS BIBLIOTECAS

Hemos buscado las huellas de las mujeres en los archivos. Debemos rastrearlas también en el material impreso y en las bibliotecas. Para escuchar sus voces *-las palabras de las mujeres-*³⁹ no sólo hay que abrir los libros que hablan de ellas, las novelas que las narran, las imaginan y las escrutan *-fuente incomparable-*,⁴⁰ sino también los que ellas escribieron. Hojear los diarios que han publicado desde el siglo XVIII. Franquear con ellas, por consiguiente, las trabas que durante tanto tiempo se les pusieron en su acceso a la escritura, frontera prohibida del saber y la creación; más adelante veremos cómo se obstruyó esta frontera y cómo fue atravesada.

¿Cuáles fueron las *vías de la escritura* para las mujeres en este mundo prohibido? En principio, la religión y lo imaginario: las vías místicas y literarias; la oración, la meditación, la poesía y la novela. Son éstos los caminos de las primeras mujeres que escriben, las pioneras de la escritura: Safo, la misteriosa poetisa griega que a fines del siglo VII da vida en Lesbos a un coro donde cantan las jóvenes de la aristocracia; la religiosa Hildegarde de Bingen, autora en el siglo XII del *Hortus deliciarum* (*El jardín de las delicias*, recopilación de cantos gregorianos); Margarita Porete (*El espejo de las almas simples*) quemada por hereje en el siglo XIV; Catalina de Siena, letrada y consejera del papa; la gran Cristina de Pizán cuya *Ciudad de las damas* marca una ruptura en el siglo XV. "En mi locura me desesperaba el que Dios me hubiese hecho nacer en un cuerpo femenino", dice, con esa sed de igualdad que brota por todos los poros de este Prerrenacimiento.

Dos lugares fueron propicios a la escritura: los conventos y los salones, el claustro y la conversación. En la Edad Media los conventos favorecen la lectura e incluso la escritura de las mujeres, a tal punto que, a finales del siglo XIII, las mujeres de la nobleza se muestran culturalmente superiores a los hombres que guerrear en las cruzadas o en otra parte. Cultas y deseosas de amar de otra manera: así nació, quizás, el amor cortés. Las religiosas copian los manuscritos y se apropian del latín prohibido. Los conventos diversifican su clientela y su papel en el siglo XVII, pero siguen siendo focos de cultura para las mujeres, cada vez más exigentes. Teresa de Ávila, las religiosas de Port-Royal, la borgoñona Gabrielle Suchon (1632-1703) se afirman como mujeres del libro. Gabrielle, religiosa secularizada, publica en

³⁹ Mona Ozouf, *Les mots des femmes. Essai sur la singularité française*, París, Fayard, 1995.

⁴⁰ Mona Ozouf, *Les Aveux du roman, Le XIX siècle entre Ancien Régime et Révolution*, París, Fayard, 2001; Nathalie Heinich, *États de femme. L'identité féminine dans la fiction occidentale*, París, Gallimard, 1992.

1693 un *Tratado de la moral y de la política* muy apreciado,⁴¹ prueba de que las mujeres ya no se limitan a la devoción. En el siglo XVII, el salón de madame de Rambouillet es el bastión de las Preciosas, que exigen galantería y un lenguaje bello. Tras sus pasos, Madeleine de Scudéry escribe interminables novelas que renuevan la expresión del sentimiento amoroso. Y madame de La Fayette, la obra maestra más breve: *La princesa de Clèves*. En adelante, la senda está abierta para las "mujeres que escriben", esas mujeres autoras que el misógino siglo XIX intentará, en vano, limitar y contener. Mujeres a menudo de origen aristocrático, más o menos empobrecidas, que tratan de ganarse la vida de manera digna con la pluma o el pincel. Es el caso de George Sand, cuya obra hoy llena los estantes de la Biblioteca Histórica de París y la Biblioteca Nacional. En el catálogo "autores" de esta última, la bibliografía de las obras de Sand sola llena varias páginas.

Otros factores estimularon la producción de las mujeres. Por ejemplo, la existencia de un lectorado femenino al que las mujeres autoras se adaptaban mejor, o se suponía que lo hicieran. Algunos géneros parecían particularmente adecuados: los libros de cocina, de urbanidad (la baronesa Staff, autora en 1899 de la *Guía de los usos mundanos*), de pedagogía, las revistas de moda, las novelas, que las mujeres leían con avidez. George Sand se dirige más explícitamente a sus "lectoras", cuyo modo de pensar quiere cambiar.

Por último, el feminismo en todas sus formas, laico o cristiano, ha sido un poderoso estimulante. En especial en el dominio de la prensa que era su modo de expresión.

Es cierto que no puede hablarse de oleada -ni de "invasión", como hacen las personas hostiles a la escritura de las mujeres-, sino de un ingreso a la escritura, una inscripción en el material impreso cada vez más frecuente. ¿Hoy en día es parejo? No sé. En todo caso, hoy se oye mucho más la voz de las mujeres; o, al menos, voces de mujeres. Podemos conciliar sus libros. Podemos leer sus palabras.

De la prensa y las mujeres

Al lado de los libros están los diarios y las revistas, materiales de los que las mujeres son lectoras y productoras. Leen poco los diarios, cuyo contenido político está más dirigido a los hombres. Pero se apropian de las páginas donde aparecen los folletines. Hace un cuarto de siglo Anne-Marie Thiesse llevó a cabo una investigación

⁴¹ Séverine Auffret publicó diversas obras de Gabrielle Suchon en la editorial Arléa. Entre ellas, el *Petit traité de la faiblesse, de la légèreté, de l'inconstance qu'on attribue aux femmes mal à propos* (París, Arléa, 2002), que se inscribe en la "batalla de las mujeres" del siglo XVII, cuando se empieza a hablar de una posible igualdad de los sexos.

sobre las lectoras de 1900.⁴² Recogió recuerdos felices de las antiguas lectoras que, a la luz de la vela, o en su dormitorio, leían a hurtadillas, con un sentimiento de culpa persistente y delicioso, las desgracias de la "panadera" o del "aprendiz del lavadero".

La primera prensa femenina especializada es la prensa de moda, que empieza a desarrollarse en el siglo XVIII. La mayoría de las veces está escrita por hombres, pero las mujeres logran colarse: por ejemplo en el *Journal des dames* (1759-1778) de París. En Londres, Eliza Haywood había logrado dar vida durante dos años al serio *Female Spectator*.⁴³

Esta prensa conoce en el siglo XIX un gran desarrollo gracias al éxito que tiene entre las mujeres, en busca de consejos para una moda que las obsesiona. Pero esta vez algunas mujeres se infiltran y a veces hasta se apoderan de ella. Es el caso del *Journal des demoiselles*, al que Christine Léger (fallecida prematuramente) dedicó una tesis inédita. Se trata de un periódico mensual compuesto, escrito e incluso financiado en parte por mujeres. Las eclécticas secciones van de la moda a las recetas de cocina; de los relatos de viajes, ilustrados con grabados imaginativos, a las biografías de mujeres "ilustres". El género biográfico está en pleno auge. Reinas y santas obtienen gran éxito. Detrás de esa fachada un poco convencional se observa, en las decisiones y en el tono, una voluntad de emancipación de las mujeres a través de la educación y hasta del conocimiento y el trabajo. Se aconseja a las jóvenes estudiar lenguas extranjeras porque la traducción es una ocupación, y eventualmente un oficio, conveniente para una mujer. Por supuesto, hay mucho para decir sobre esa asignación de la traducción a las mujeres. Pero es un principio, una brecha que se abre en zonas prohibidas.

Las revistas femeninas desempeñaron un rol creciente en los siglos XIX y XX. Évelyne Sullerot lo ha señalado.⁴⁴ Los responsables comerciales buscan sobre todo captar potenciales consumidoras, guiar sus gustos y sus compras. La industria cosmética y la de los artículos para el hogar apuntan en primer lugar a las mujeres "de revista". En el período de entreguerras, la revista *Mon chez moi* -de Paulette Bernège, una émula de la estadounidense Christine Frederiks-, ligada por lo demás a los productores de electricidad, pretende hacer del ama de casa una profesional bien equipada. Pero algunas mujeres aprovechan estas tribunas para desarrollar la

⁴² Anne-Marie Thiesse, *Le Roman du Quotidien. Lectures et lecteurs à la Belle Époque*, París, Le Chemin vert, 1983.

⁴³ Nina Ratner-Gelbart, "Les femmes journalistes et la presse (XVII-XVIII siècles)", en Arlette Farge y Natalie Z. Davis (dirs.), *XVI-XVIII siècle*, París, Perrin, 2001; t. 3 de Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Histoire des femmes en Occident*, 5 vols., París, Plon, 1991-1992 [trad esp.: *Historia de las mujeres en Occidente*, t. 3: *Del Renacimiento a la Edad Moderna*, Madrid, Taurus, 2000].

⁴⁴ Évelyne Sullerot, *Histoire de la presse féminine en France, des origines à 1848*, París, Armand Colin, 1966.

emancipación de las mujeres. Así, por ejemplo, en *Marie-Claire Marcelle Auclair* responde de manera muy libre al "correo del corazón" y defiende el derecho a la anticoncepción, a la que dedica sus primeros consejos. Toda la ambigüedad de la prensa femenina se juega allí, en ese punto de encuentro de imágenes y conductas.

La *prensa feminista* es más comprometida. Laure Adler⁴⁵ señaló la emergencia de las *primeras periodistas*, cuyo papel político en la crítica del poder analizó Michèle Riot-Sarcey.⁴⁶ Las feministas son conscientes del rol de la prensa en la opinión pública. Ellas se hacen cargo de esa tribuna con profesionalismo y, al mismo tiempo, con mucho idealismo. Negándose, por ejemplo, a llevar el apellido del marido las mujeres se "llaman por el nombre". Marie-Jeanne, Désirée, Eugénie, Claire y las otras entran en el baile en dos oleadas distintas: en 1830-1832 la prensa sansimoniana -*La Femme Libre*- pone en primer plano la reivindicación de los derechos civiles (derecho al divorcio) y de la libertad sentimental, amorosa, sexual, de la cual se hace eco George Sand en *Indiana* (1832) y en *Lelia* (1833), tanto como en su vida. Claire Démar protesta contra una "promiscuidad de las costumbres", que atrapa a las mujeres en posición de inferioridad, en *Ma loi d'avenir* (1833), un grito vibrante contra la dominación masculina antes de su suicidio.

Los diarios publicados en 1848 por Eugénie Niboyet, Désirée Gay y Jeanne Deroin son más políticos que sociales.⁴⁷ Esta prensa reivindica el derecho de las mujeres al trabajo, la igualdad de los salarios y la formación de cooperativas; por otra parte, el derecho a voto que, sabemos, entonces les será rechazado.

Esta primera prensa feminista es muy original, no solamente por su contenido sino por su ejecución. Además del uso antipatriarcal del patronímico, abre una "tribuna de lectoras" que suscita mucho interés y pone de manifiesto la voluntad de crear una red. Liberada por la ley de 1881, que funda el régimen del periodismo moderno, la prensa feminista de la Tercera República, estudiada por Laurence Klejman y Florence Rochefort,⁴⁸ es más abundante. Son decenas de títulos entre 1880 y 1914, entre ellos *La citoyenne* de Hubertine Auclert y sobre todo *La Fronde* de Marguerite Durand, una experiencia excepcional. *La Fronde*, primero diario (1897-1901), después mensual (1901-1905), está enteramente concebido, redactado y hasta compuesto tipográficamente por mujeres, lo cual

⁴⁵ Laure Adler, *À l'aube de féminisme: les premières journalistes (1830-1850)*, París, Payot, 1979.

⁴⁶ Michèle Riot-Sarcey, *La Démocratie à l'épreuve des femmes. Trois figures critiques du pouvoir (1830-1848)*, París, Albin Michel, 1994.

⁴⁷ *La Voix des femmes, La Femme libre, L'Opinion des femmes.*

⁴⁸ Laurence Klejman y Florence Rochefort, *L'Égalité en marche. Le féminisme sous la III République*, París, Presses de la FNSP/Des femmes, 1989

no era un camino muy fácil dada la hostilidad hacia el empleo femenino en los oficios del libro.

A partir de entonces, el diario pasa a ser una de las formas de expresión de las mujeres, tanto en Francia como en la mayoría de los países occidentales. A la vez, las mujeres acceden a un oficio hasta entonces masculino: el periodismo. Después de George Sand y Delphine de Girardin, periodistas ocasionales, Colette, Séverine, Gyp, Louise Weiss emprenden nuevos caminos, mejor definidos y más osados. Entre las dos guerras, algunas mujeres se animan al gran reportaje, como Andrée Viollis que a partir de 1935 alerta a la opinión sobre la situación de los campesinos del Tonkin en *Le Petit Parisien*.⁴⁹ Hoy las mujeres se hacen presentes en todos los puntos del mundo.

A estas fuentes clásicas conviene agregar las fuentes producidas por la llamada historia "oral", "autobiografía de los que no escriben", y recogidas en grabadores. Este método llegó a su apogeo, e incluso despertó un gran entusiasmo, durante la década de 1970, en la huella de cierto populismo cultural que quería hacer hablar a los mudos, los ausentes de la historia: los obreros, las mujeres. Éstas interesaban a doble título: como testigos de lo privado (en una pareja de militantes, el marido habla de su actividad y la mujer de la vida de familia: división ancestral de los roles) y como testigos de ellas mismas. El Instituto de Historia del Tiempo Presente se ha mostrado particularmente activo al respecto.⁵⁰ Anne Roche y Marie-Claude Taranger recolectaron los recuerdos de mujeres de la región de Marsella y los presentaron en un libro-manifiesto, *Celles qui n'ont pas écrit*,⁵¹ a la vez guía metodológica y textos sugestivos, como "La vie d'une jeune ouvrière à Marseille".

Los museos de artes y tradiciones populares, los ecomuseos, también proveen numerosos elementos sobre la arqueología de la vida cotidiana de las mujeres: por ejemplo el taller de una costurera, presentado hace poco en el museo de Porte Maillot, en París.

De los lugares para la historia de las mujeres

Las fuentes para la historia de las mujeres están por todas partes, mezcladas con las de los hombres, pero existen algunas bibliotecas o colecciones especializadas.

La Biblioteca Nacional es "un mar de historias", la madre de la historia de las mujeres. Encierra libros de ellas y sobre ellas;

⁴⁹ Andrée Viollis, *Indochine sos*, 1935, reportaje para *Le Petit Parisien*.

⁵⁰ En torno a Sylvie Schweitzer y Danièle Voldman.

⁵¹ Anne Roche y Marie-Claude Taranger, *Celles qui n'ont pas écrit. Récits de femmes dans la région marseillaise, 1914-1945*, Aix-en-Provence, Édisud, 1995, prólogo de Philippe Lejeune

manuscritos (la totalidad de los manuscritos de Simone de Beauvoir, los de Simone Weil) y, en la actualidad, fuentes audiovisuales inventariadas en un coloquio reciente del INA. Consúltese la *Guide* (2004) redactada por Annick Tillier, que incluye una presentación de las fuentes impresas, necesariamente dispersas, de la Biblioteca Nacional sobre las mujeres (por ejemplo para la historia religiosa); pero también un inventario de los recursos con que cuenta el departamento de manuscritos (colecciones Louise Weiss, Nathalie Sarraute, Hélène Cixous...); un inventario de las colecciones del Arsenal, papeles de actrices y artistas; una importante bibliografía clasificada de varios centenares de títulos. Es un notable instrumento de trabajo.⁵²

Existen algunas bibliotecas especializadas en Europa (en Amsterdam), en los Estados Unidos (la Schlesinger Library) y en París, la célebre biblioteca Marguerite-Durand,⁵³ fundada entre las dos guerras por Marguerite Durand y enriquecida con numerosas donaciones. Está conformada por millones de libros y documentos y una importante colección de periódicos y manuscritos. Durante los últimos treinta años se ha transformado en un lugar de investigación muy frecuentado.

Señalemos, por último, Musea, un cibernmuseo de historia de las mujeres y del género (<<http://musea.univ-angers.fr>>), realizado por Christine Bard y Corinne Bouchoux, que provee información de toda naturaleza, enriquecida y actualizada sin cesar.

Así brotan las fuentes ante la mirada que las solicita. Esta mirada que construye el relato llamado historia.

Y prehistoria. Claudine Cohen, al interrogar de otra u manera los frescos de las grutas y los objetos prehistóricos, nos da una visión de la mujer de los orígenes,⁵⁴ liberada de la envoltura religiosa y erótica que la encerraba. Y los prehistoriadores, que analizan hoy la pertenencia sexual de las manos de las pinturas rupestres, nos dicen que las mujeres estaban en todas partes: ya lo creíamos, pero ahora estamos seguros. Sus manos hablan por ellas.

⁵² Junto con Françoise Thébaud (dir.), *Pas d'histoire sans elles*, guía realizada por el Centro Nacional de Documentación Pedagógica de la academia de Orleans-Tours, 2004, en ocasión de los encuentros llamados *Rendez-vous de l'histoire* y celebrados en Blois sobre "Las mujeres en la historia".

⁵³ Bibliothèque Marguerite-Durand, 79, rue Nationale, 75013. Se puede consultar también Aspasia, fondo de documentación sobre la historia de las mujeres y del género, en el Instituto Universitario de Formación de Maestros de Lyon.

⁵⁴ Claudine Cohen, *La Femme des origines. Images de la femme dans la préhistoire occidentale*, París, Berlín-Herscher, 2003. El índice de Manning (University of Central Lancashire) intenta medir el dimorfismo sexual

II. EL CUERPO

EL CUERPO de las mujeres, he aquí lo que nos ocupará ahora. No el cuerpo inmóvil en sus propiedades eternas, sino el cuerpo en la historia, en la lucha contra los cambios del tiempo, pues el cuerpo tiene una historia física, estética, política, ideal y material de la que progresiva y recientemente han tomado conciencia los historiadores.⁵⁵ Y la diferencia de los sexos que marca a los cuerpos es un aspecto mayor de esa historia. No es lo mismo ser niña o varón, vivir en la Edad Media o en el siglo XXI. En la diferenciación de las edades de la vida, Philippe Aries fue pionero con su obra *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*.⁵⁶ Se trata de un niño relativamente asexuado, no se sabe bien por qué: ¿representación de la época o del historiador que la describe?

He aquí algunos de los aspectos que abordaremos en su historicidad: las edades de la vida de una mujer, las apariencias, el ejemplo de la cabellera, la sexualidad, la maternidad, la prostitución.

LAS EDADES DE LA VIDA DE UNA MUJER

En un primer momento, impacta la longevidad de las mujeres: hoy en día las francesas gozan de unos ocho años más de esperanza de vida que los hombres.

Pero no siempre fue así. En la Edad Media y en la época moderna la tasa de mortalidad de las mujeres parece haber sido superior a la de los hombres, debido a la fuerte mortalidad en el momento del parto. La maternidad era devastadora, sobre todo porque en caso de dificultades era preferible salvar al niño antes que a la madre: así ocurrió en las primeras cesáreas, practicadas en Italia. Durante el siglo XIX la tuberculosis afectó con gran intensidad a las mujeres, en particular a las del pueblo, subalimentadas crónicas.

La longevidad femenina es un hecho reciente, ligado al progreso de la obstetricia y la ginecología, a la mejor alimentación de las mujeres, que gozan de mejores tratamientos médicos y son más

⁵⁵ Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine, Georges Vigarello (dirs.), *Histoire du corps*, 3 vols., París, Seuil, 2005-2006 [trad. esp.: *Historia del cuerpo*, Madrid, Taurus, 2005].

⁵⁶ Philippe Ariès, *L'Enfant et la Vie de famille sous l'Ancien Régime*, París, Plon, 1958 [trad. esp.: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1973].

frugales. La prevención está integrada a la educación desde hace mucho tiempo. "Las niñas deben ser propensas a contenerse desde muy temprano", según Rousseau. El riesgo, cualquiera sea la forma que adopte, es inherente a la cultura de la virilidad. Por lo demás, la distancia entre los sexos tiende a reducirse a medida que el modo de vida de las mujeres se aproxima al de los hombres: ellas fuman, beben, trabajan, circulan, viajan como ellos, viven y mueren casi como ellos. Y esta circunstancia enseguida sugiere hasta qué punto la longevidad no es un hecho natural, sino cultural y de comportamiento. Lo biológico se disuelve en lo existencial.

Resultado: la cuarta edad es femenina. Las mujeres pueblan los geriátricos. La soledad de las mujeres ancianas, pauperizadas, dotadas de una jubilación inferior y de recursos bajos, es uno de los problemas de nuestro tiempo que da una idea de la ambivalencia de los avances en ese terreno.

Empecemos por el principio, *el nacimiento*: la niña es menos deseada. Anunciar "Es un varón" es más glorioso que decir "Es una niña", debido al valor diferente atribuido a los sexos, lo que Françoise Héritier llama la "valencia diferencial de los sexos". En los pueblos de antaño, las campanas repicaban menos tiempo por el bautismo de una niña, así como por el entierro de una mujer.⁵⁷ El mundo sonoro está sexuado.

El infanticidio de niñas es una práctica muy antigua y sigue siendo masivo en India y sobre todo en China, a causa de la limitación a un hijo único: se elimina a las niñas (actualmente sobre todo se aborta) hasta tener un varón. Ésa es la causa de que falten millares de niñas, a punto tal que en 1986 las sociedades de obstetricia y ginecología de India declararon "crimen contra la humanidad" al "feticidio" femenino. Se profundiza un déficit demográfico de niñas que comienza a preocupar a los demógrafos como un posible freno a la reproducción.

La primera infancia es relativamente asexuada. La palabra "bebé" funciona como una denominación neutra. Hasta los 3 o 4 años, los niños visten casi la misma ropa, una bata, más práctica para sus "necesidades"; usan el mismo largo de cabello, juegan a los mismos juegos, viven en las faldas de las mujeres. En los asilos se confunden las niñas y los varones. Luego comienza un lento proceso de sexuación.

La niña pequeña es una desconocida. Antes del siglo XX existen pocos relatos de la infancia de las niñas; George Sand es la excepción. En *Historia de mi vida* cuenta largamente su vida cotidiana, la relación con su madre, con su abuela, sus juegos; habla de sus muñecas, evoca sus primeras lecturas, sus fantasías sobre las alfombras o los empapelados contemplados durante las interminables siestas de la infancia. Más tarde, las autobiografías de escritoras

⁵⁷ Alain Corbin, *Les Cloches de la terre*, París, Albin Michel, 1994.

multiplican estos relatos: Marguerite Audoux, Colette, Nathalie Sarraute, Christa Wolf han provisto hermosos ejemplos. A lo largo del siglo XIX, la literatura edificante o novelesca proporcionó los elementos para una galería de niñas: Sophie (la condesa de Segur), Alicia (Lewis Carroll), la pequeña Fadette (Sand), Cosette (Victor Hugo). Una exposición en el Museo de Orsay⁵⁸ subraya la presencia de las niñas en la pintura, sobre todo en la impresionista. Élisabeth Vigée-Lebrun pinta a su hija; Berthe Morisot a la suya, a su Julia, en todas las etapas de su vida.

Pero más allá de estas representaciones, no resulta fácil delimitar la vida real de las niñas. Están más encerradas, más vigiladas que sus hermanos, y si se agitan demasiado se las califica de "varones fallados". Se las pone a trabajar más temprano en las familias populares, campesinas u obreras, retirándolas precozmente de la escuela, sobre todo si son las hijas mayores. Se las recluta para tareas domésticas de toda clase. Futura madre, la niña reemplaza a la madre ausente. Se la educa más de lo que se la instruye.

La escolarización de las niñas no va al ritmo de la de los varones, sobre todo en los países católicos. Desde este punto de vista, el protestantismo -preocupado por que ambos sexos lean la Biblia- es mucho más igualitario. En la catolicidad, las religiosas se hacen cargo de los talleres de caridad, donde las niñas aprenden rudimentos de lectura, oración y sobre todo costura. Forman una mano de obra ideal para la industria de, por ejemplo, el encaje; así sucedió en la baja Normandía, alrededor de Bayeux y de Caen, durante el siglo XVII y sobre todo el XVIII.

Muy temprano se establece un vínculo entre niñas y religión... Deben ser "educadas en el regazo de la Iglesia", según la fórmula de Monseñor Dupanloup. Para ellas, la piedad no es sólo su deber: es su *habitus*.

Las Leyes Ferry (1881), que instauran la escuela laica, obligatoria y gratuita para ambos sexos, *hasta los 12 años*, con los mismos programas (para el mismo certificado de estudios, que sin embargo las niñas tardan más en aprobar que sus hermanos), son a su manera una revolución, aun cuando las niñas ya estaban ampliamente alfabetizadas. Preocupada por la reputación moral, la Escuela separa los sexos en un espacio *no mixto*.

La muchacha es mucho más visible. De hecho, originó una cantidad bastante numerosa de trabajos.⁵⁹ En la literatura, los personajes de las muchachas se multiplican; surcan la novela inglesa, las de Jane Austen, por ejemplo, y, en menor medida, las de Balzac

⁵⁸ *Les Petites Filles modernes* (1989), bajo la dirección de Nicole Savy.

⁵⁹ Gabrielle Houbre, *La Discipline de l'amour*, París, Plon, 1997; G. Houbre (dir.), "Le temps des jeunes filles", en *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, núm. 4, 1996; G. Houbre et al, *Le Corps des jeunes filles, de l'Antiquité à nos jours*, París, Perrin, 2001.

-Ursule Mirouet, Eugénie Grandet- o George Sand. En Proust, avanzan en malón. La muchacha fascina por su frescura, por su indecisión, por su misterio, por la imagen de pureza que encarna y que reducía a Kafka, el novio eterno, a la impotencia.

Su existencia comienza en un momento clave: la pubertad. Ésta, sin embargo, es poco celebrada en las sociedades occidentales, que más bien la callan. No existen muchos ritos de pasaje para este momento crucial de la adolescencia. En la campiña borgoñesa, en el pueblo de Minot que estudia Yvonne Verdier (1979), las muchachas pasan el invierno de sus 15 años en lo de la costurera, bordando con hilo rojo sus iniciales en las sábanas de su futuro ajuar: la "*marquette*" representaba la iniciación en los secretos de la vida como mujer. Pero en general es más bien el silencio del pudor, incluso la vergüenza, lo que se relaciona con la sangre de las mujeres: sangre impura, sangre cuyo flujo involuntario es "pérdida" y signo de muerte. La sangre masculina de los guerreros "riega nuestros surcos" de gloria. El esperma es simiente fecunda. La diferencia de los sexos jerarquiza las secreciones. Sin embargo, "ver la propia sangre" o no verla más es fundamental para las mujeres, pero en la intimidad del cuerpo, en el secreto del sexo y a menudo en la incomodidad más absoluta. Hay que esperar hasta la década de 1970 para que las madres hablen preventivamente a sus hijas de la menstruación, para que la higiene tome en cuenta sus "indisposiciones", como se decía antes, y para que la publicidad ensalce las mejores protecciones.

Se canta, se persigue, se vigila hasta la obsesión la virginidad de las muchachas. La Iglesia, que la consagra como virtud suprema, celebra el modelo de María, virgen y madre. Los pintores de la Anunciación, gran tema medieval, representan al ángel prosternado en la habitación de soltera con su lecho angosto. Esta valorización religiosa está laicizada, sacralizada y sexualizada: bajo el Segundo Imperio, el blanco, el casamiento de blanco, se convierte en un símbolo de la pureza de la promesa.

Preservar, proteger a la muchacha es una obsesión familiar y social.

Es que la *violación* es un riesgo mayor. Es un rito de iniciación masculina tolerado en la Edad Media; Georges Duby y Jacques Rossiaud ⁶⁰ describieron las bandas de jóvenes varones en busca de una presa. Y desgraciada de aquella que se deje atrapar. Siempre se guardará la sospecha de que es una chica fácil. Desflorada, sobre todo si lo ha sido por muchos hombres, ya no encontrará quién la tome. Deshonrada, está condenada a la prostitución. En el siglo XIX los tribunales sólo condenan la violación colectiva. En caso de ser violada por una sola persona, la muchacha (o la mujer) casi siempre se presume consentidora: podría haberse defendido. Por otra parte,

⁶⁰ Jacques Rossiaud, "Prostitution, jeunesse et société dans les villes du Sud-Est au XV siècle", en *Annales ESC*, núm. 2, 1976, pp. 289-325.

la violación es considerada un delito correccional, a título de "golpes y heridas". Recién en 1976 será calificada de "crimen" por la ley.

Hay diferencias sociales considerables que marcan la condición de las muchachas. La libertad de la joven aristócrata, que anda a caballo, que practica esgrima, que tiene un preceptor o una institutriz, como sus hermanos, y que en caso de necesidad puede aprender rudimentos de latín, contrasta con la custodia de la joven burguesa, educada por su madre, iniciada en las tareas del hogar y las artes del ocio (el sempiterno piano), refinada por algunos años de academia o internado y sometida a los rituales de entrada en el mundo, que apuntan a casarla. A menudo, la muchacha de las clases populares es colocada desde muy temprano en la servidumbre. Si es criada rural (como la María Clara de la provincia de Berry que imaginó Marguerite Audoux), en general se ve expuesta a trabajos duros y a problemas relacionados con la promiscuidad; si es "mucama" de ciudad, al riesgo de la seducción. Otras son colocadas como aprendizas en talleres de costura o en fábricas.

No es fácil ser una muchacha, con las limitaciones del cuerpo y el corazón, tan poco libre para tomar decisiones sobre el futuro o tener proyectos amorosos, tan expuesta a la seducción, al hijo no deseado (cuyo padre está prohibido buscar, de acuerdo con la ley napoleónica), a la soledad y al abandono. Las chicas tienen sus enfermedades: la melancolía, la anorexia (la palabra aparece en Inglaterra hacia 1880), que delata un malestar y una obsesión por la delgadez, pero también el rechazo a la única salida que se les presenta, el matrimonio.

Llave hacia el "estado de mujer",⁶¹ el matrimonio es la condición normal de la enorme mayoría de las mujeres (del orden del 90% hacia 1900 en Francia, un poco menos en Gran Bretaña). Este índice parece ser aun más alto en los países islámicos o en África, sitios que ignoran la soltería como vía hacia la perfección instituida por el cristianismo. Esto no ocurre en el siglo XIX, que hace una apología de la maternidad y la utilidad. La soltería está considerada la situación de las "no colocadas", las "solteronas" que serán buenas tías (con herencia) o chismosas temibles (La prima Bette de Balzac). La soltería es una decisión difícil que supone cierta independencia económica. Sin embargo, parece ser más frecuente a principios del siglo XX, sobre todo en Inglaterra, donde se deploran las *redundant women* pues no se sabe qué hacer con ellas.

El matrimonio, "arreglado" por las familias y a su voluntad, pretende ser una alianza antes que un acto de amor, deseable pero no indispensable. Los padres desconfían de la pasión, destructiva, pasajera, contraria a una buena raigambre, a las uniones duraderas que fundan las familias estables. "Matrimonios por amoríos terminan en líos", decía Brantôme.

⁶¹ Natalie Heinich, *États de femme. L'identité féminine dans la fiction occidentale*, París, Gallimard, 1992.

El holismo familiar en la Edad Media es total, sobre todo en la aristocracia, dominada por las estrategias de linaje que la Iglesia favorece al convertir el matrimonio en un sacramento, ligado en principio al consentimiento de los esposos. Más nominal que real, este consentimiento contiene sin embargo el germen de reconocimiento de la autonomía de las mujeres y una personalización del matrimonio, que se opera lentamente, con el correr del tiempo. Así, asistimos a la larga y lenta expansión del matrimonio por amor, proceso en el cual las mujeres del siglo XIX tuvieron un papel determinante y cuya apología lideran las novelistas (Jane Austen y George Sand). Síntoma certero de la individualización de las mujeres, y de los hombres también, el matrimonio por amor anuncia la modernidad de la pareja, que triunfa en el siglo XX. Los términos del intercambio se complejizan: emergen la belleza y la atracción física. Un hombre acomodado puede desear a una muchacha pobre, pero bella. Los encantos de una muchacha constituyen un capital.

Por supuesto, el amor conyugal puede existir. Pero es una suerte, o el triunfo de la virtud. El amor es más bien exterior al matrimonio: largamente tolerado en los hombres, cuya sexualidad es irreprimible, lo es mucho menos en las mujeres, cuyo adulterio es pasible de ser juzgado en los tribunales (mientras que el de los maridos lo es sólo si es cometido bajo el techo conyugal). Como consecuencia, el matrimonio por amor es a largo plazo la única salida honorable para una mujer, la llegada de la calma.

La mujer casada es a la vez dependiente y jefa del hogar. De ella depende saber usar los poderes que le son dados o delegados.

Dependiente jurídica, la mujer pierde su nombre. Está sometida a normas legales cuyo objetivo principal es proteger la familia: costumbres del Antiguo Régimen; código civil eminentemente patriarcal, legado por Napoleón a Francia e incluso a toda Europa, que lo adopta en mayor o menor medida y que no reserva para la mujer prácticamente ningún derecho.

Dependiente sexual, está obligada al "deber conyugal" que le prescriben sus confesores. Y al deber de la maternidad, que remata su feminidad. Temida, ignominiosa, la esterilidad siempre se le imputa a la mujer, receptáculo de una simiente que siempre se supone fecunda. Esta esterilidad vuelve legítimo su repudio: le ocurrió a Josefina de Beauharnais.

Dependiente en su cuerpo, puede ser "corregida", como un niño desobediente, por el jefe de la casa, depositario del orden doméstico. "Quien bien ama bien castiga." Pegarle a la propia mujer es una práctica tolerada, admitida, siempre y cuando no sea excesiva. Si oyen gritar a una esposa maltratada, los vecinos no intervienen. "Zapatero a sus zapatos." (*Meunier doit être maître chez lui.*)

La esposa es dependiente económicamente, en la administración de los bienes (de acuerdo con el contrato matrimonial, y siempre en la comunidad), en la elección del domicilio y en todas

las grandes decisiones de la vida familiar, incluidas las relacionadas con la educación y el matrimonio de los hijos.

Sin embargo, en tanto ama de casa y jefa del hogar, tiene influencia y poderes de los que sabe servirse. Frédéric Le Play (1806-1882), uno de los primeros sociólogos que publicaron trabajos sobre la familia,⁶² puso en evidencia el papel de las mujeres de condición modesta en la economía familiar y la administración del presupuesto. Las burguesas del Norte, esposas de industriales, que Bonnie Smith estudió,⁶³ están muy apegadas al espacio de su casa; católicas en su mayoría, construyen una vida cotidiana activa y una mística femenina que gira en torno a la reproducción maternal y doméstica. Son madres de familias numerosas y tienen, sobre todo respecto de sus hijas, un elevado sentido de sus deberes de transmisión del papel doméstico y mundano, en cuyo marco las comidas y las recepciones ocupan un lugar importante. Estas mujeres muy ocupadas pueden encontrar la felicidad en el cumplimiento de sus tareas y la armonía de su hogar. La novelista Mathilde Bourdon y Joséphine de Gaulle, abuela del general, describieron su existencia y sus dramas en *domestic novels* muy victorianas.

Esta vida de mujer dura poco: la menopausia, tan secreta como la pubertad, marca el fin de la vida fértil y, como consecuencia, el término de la feminidad según la concepción del siglo XIX: "yo que ya no soy mujer", dice George Sand. "Ya no ver la propia sangre" es salir de la maternidad, de la sexualidad y de la seducción.⁶⁴

La viudez necesariamente afecta a muchas mujeres. Es un período muy ambivalente, vivido de maneras distintas según los entornos sociales, las situaciones económicas y los contratos matrimoniales. En ese momento es cuando la relación con el dinero está más diferenciada. Veamos dos extremos: la vieja campesina de las regiones del *oustal* (Gévaudan, por ejemplo), donde persiste la práctica del mayorazgo disfrazado, está obligada a la convivencia y es marginada chupando se convierte en una boca inútil; la burguesa parisina de Balzac que goza de cómodos ingresos, como propietaria o usufructuaria, lleva una vida mundana o una carrera de dama benefactora ensalzada y respetada en las sociedades de beneficencia y las obras de caridad. Para algunas, la viudez marca una época de poder y revancha.⁶⁵

⁶² En series intituladas *Les Ouvriers européens* o *Les Ouvriers des Deux Mondes*, fuentes excepcionales para conocer las familias populares del siglo XIX.

⁶³ Bonnie Smith, *Les Bourgeoises du nord de la France*, París, Perrin, 1989 (traducción del inglés).

⁶⁴ Annik Tillier, "Un âge critique. La ménopause sous le regard des médecins des XVIII et XIX siècles", en *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, "Maternités", núm. 21, 2005, pp. 269-280.

⁶⁵ Véase Adelina Daumard, *La Bourgeoisie parisienne de 1815 à 1848*, París, Albin Michel, 1996; Scarlett Beauvalet-Boutouyrie, *Être veuve sous l'Ancien Régime*,

La vejez de las mujeres se pierde en las arenas del tiempo. Sin embargo, de los relatos autobiográficos o novelescos emergen figuras de abuelas. George Sand evocó largamente a la suya, Marie-Aurore de Saxe, en *Historia de mi vida* y en sus novelas "rurales", por ejemplo *Nanon*. Muy comprometida con la educación de su nieta Aurore, escribe para ella los *Cuentos de una abuela*, Proust narra el fin de su abuela, primera experiencia mortuoria del nieto. En la sociedad argelina de las novelas y los cuentos de Assia Djebar (incluida en la Academia Francesa de Letras en 2005), los ancestros ocupan un lugar central, como en general en la cultura rural tradicional, en la transmisión, la memoria y la oralidad, colectiva o familiar.

Las migraciones, el éxodo rural, fragilizan particularmente a las ancianas, que no encuentran su lugar en las nuevas estructuras y deben rebuscárselas en el pueblo. Ellas proliferan en los asilos de ancianos, que se multiplican en el siglo XIX para paliar la soledad de esos finales de vidas abandonadas.

La muerte de las mujeres es tan discreta como su vida. Los testamentos, los adioses de capillas ardientes se reservan a los jefes de la familia, del hogar o de la hacienda, a los empresarios y los hombres públicos. Los "grandes" entierros son para los hombres. Los de Louise Michel o Sarah Bernhardt son excepcionales y señalan a mujeres convertidas en cuasi heroínas. Por lo demás, en ciertos países -incluida la Inglaterra del siglo XIX- las mujeres no van al cementerio el día del entierro; justamente ellas que, sin embargo, son las encargadas de cuidar las tumbas.

Una mujer que desaparece no es gran cosa en el espacio público. Pero en el corazón de los descendientes es en general la abuela la que sobrevive más tiempo. Como un testigo postrero, como la última ternura.

LAS APARIENCIAS: EL CABELLO DE LAS MUJERES

La mujer es ante todo una imagen. Un rostro, un cuerpo, vestido o desnudo. La mujer es apariencias. Y esto se intensifica en la medida en que, en la cultura judeocristiana, se le asigna el silencio en público. Algunas veces debe ocultarse y otras mostrarse. Hay códigos muy precisos que rigen sus apariciones y las de tal o cual parte de su cuerpo. El cabello, por ejemplo, síntesis de su seducción.

Primer mandamiento de las mujeres: la belleza. "Sé bella y cállate", se le ordena, quizá desde la noche de los tiempos. En todo caso, el Renacimiento insistió particularmente en la división sexual entre la belleza femenina y la fuerza masculina. Georges Vigarello muestra las modificaciones del gusto y, en particular, la valorización

de las partes del cuerpo según las épocas. ⁶⁶ Hasta el siglo XIX, se examinaba "lo de arriba": la cara, y luego el busto; hay poco interés en las piernas. Luego la mirada se desplaza hasta "lo de abajo", los vestidos se hacen más ceñidos al cuerpo, los dobladillos dejan ver los tobillos. En el siglo XX las piernas entran en escena. Piénsese en las largas, larguísimas piernas de las medias Dim. Al mismo tiempo, la búsqueda de la esbeltez, la obsesión casi anoréxica de la delgadez suceden progresivamente al atractivo de las curvas pulposas de la "*belle femme*" del novecientos.

La belleza es un capital en el intercambio amoroso o en la conquista matrimonial. Un intercambio desigual en el que se supone que el hombre, el cautivador, es el único activo, mientras que su compañera debe contentarse con ser cautivante, pero ¡qué ingeniosa en su supuesta pasividad! La Marianne de Marivaux sabe perfectamente cómo anudar su bonito pañuelo. Existe una desgracia de las feas, hasta que el siglo XX la desmiente: todas las mujeres pueden ser bellas. Cuestión de maquillajes y cosmética, dicen las revistas femeninas. Y de ropa también; de allí la importancia de la moda, placer pero también tiranía, travestismo que moldea las apariencias. Un tema de voluntad, agrega Marcelle Auclair en la revista *Marie Claire*. En suma, no hay derecho a ser fea. La estética es una ética.

De allí la rebelión de algunas contra esta dependencia. "Son las ropas las que nos usan, y no a la inversa", dijo Virginia Woolf, ninguna tonta. Y George Sand, sintiéndose en la obligación de describirse en las primeras páginas de su autobiografía, transcribe con humor los datos antropométricos que figuran en sus documentos de identidad y no vuelve a tocar el tema. Ella afirma que no es bella y no le importa, porque tiene cosas más importantes que hacer que mirarse al espejo. Durante su infancia le había impresionado verse desnuda en un espejo de cuerpo entero en un palacio de Madrid donde su padre, oficial de los ejércitos imperiales, estaba acuartelado con su familia.

Elegí hablarles del cabello de las mujeres porque es el símbolo de la feminidad, una síntesis de sensualidad, una gran herramienta de seducción, un tizón de deseo.

El cabello, entre salvajismo e identidad

El cabello es en principio una cuestión de pilosidad.⁶⁷ El pelo está ligado a lo íntimo, y por partida doble: por su penetración

⁶⁶ Georges Vigarello, *Histoire de la beauté. Le corps et l'art d'embellir de la Renaissance à nos jours*, París, Seuil, 2004 [trad. esp.: *Historia de la belleza. El cuerpo y el arte de embellecer desde el Renacimiento hasta nuestros días*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005].

interna y por su proximidad respecto del sexo. Sus raíces penetran en el cuerpo, en "el yo-piel", para retomar la expresión de Didier Anzieu,⁶⁸ la delgada película que define el límite entre el interior y el exterior. El pelo recubre el sexo.

El pelo sugiere la animalidad del pelaje, la piel animal. El niño salvaje -el de Jean Itard o el de Rudyard Kipling (Mowgli en *El libro de la selva*)- tiene el cabello largo; el pelo se le corta para hacerlo ingresar a la civilización. Los salvajes tienen cabelleras largas. Buffon describe así a un hotentote, que él considera muy cercano a la animalidad: tenía "la cabeza cubierta por cabellos erizados o por una lana crespada; el rostro velado por una larga barba coronada por dos medialunas de pelos aun más groseros".⁶⁹ El pelo mal domesticado sugiere la presencia inquietante de la naturaleza. De allí la domesticación llevada al extremo por la peluca, indispensable máscara en la sociedad cortesana, cuyo rol en el proceso global de civilización mostró Norbert Elias.

El cabello y la pilosidad forman parte de la persona. El mechón de pelo es un recuerdo que el siglo XIX eleva a la categoría de reliquia. Se guardan, religiosamente conservados en un medallón, los cabellos rubios de un niño, el mechón del ser amado. Una enamorada le da a su amante un mechón para que lo guarde junto a su corazón; ella hace lo propio. Tal es el caso de Adèle y Aimé, según la Correspondencia excepcional que publicó Paula Cossart.⁷⁰

He pasado dos horas, creo, desenredando cabellos que guardo para reunirlos con los que ya tienes -escribe Adèle-. No quiero arrogarme ningún mérito por la paciencia que me hace falta para ordenarlos, pero te aseguro que nadie más que tú podría darme el coraje necesario para tomar todos esos cabellos, uno tras otro. No miento al decir que durante todo el tiempo que empleo en esta tarea me acunan mil pensamientos deliciosos.

Dar los propios cabellos es dar parte de sí mismo, una parcela del propio cuerpo al otro. Un fragmento que resiste el tiempo.

⁶⁷ Christian Bromberger, "Trichologiques: les langages de la pilosité", en Pascal Duret, Jean-Claude Kaufmann, David Le Breton, Francois de Singly y Georges Vigarello (dirs.), *Un corps pour soi*, París, PUF, col. "Pratiques physiques et sociétés", 2005, pp. 11-40.

⁶⁸ Didier Anzieu, *Le Moi-peau*, París, Dunod, 1985 [trad. esp.: *El yo-piel*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998].

⁶⁹ Citado por Claudine Haroche y Jean-Jacques Courtine, *Histoire du visage. Exprimer et taire ses émotions (XVI siècle-début du XIX siècle)*, París, Rivages, 1988 (reed. en la "Petite bibliothèque Payot", 1994), pp. 126 y 127.

⁷⁰ Paula Cossart, *Vingt-cinq ans d'amours adultères. Correspondance sentimentale d'Adèle Schunck et d'Aimé Guyet de Fernex, 1824-1849*, París, Fayard, 2005.

Rapar a alguien, hombre o mujer, es tomar posesión de él, es anonimizarlo: a los conscriptos se les pasa la "máquina cero" por razones higiénicas, pero también disciplinarias; los esclavos en la Antigüedad tienen las cabezas afeitadas, así como los reclusos o los prisioneros. En las cárceles francesas del siglo XIX los detenidos reivindican el derecho de conservar la barba y el cabello, cuya portación diferencia visiblemente a condenados y acusados. Es uno de los primeros "derechos" que se les reconocen a estos últimos bajo la Tercera República. Asimismo, a las mujeres se les dispensa de la "deshonra humillante" que representa la tonsura de sus cabellos, que se dejan de un largo medio, según el vizconde de Haussonville.⁷¹ Sin embargo, las muchachas encarceladas tienen la obligación de llevar un gorro "del que no debe asomar ni un cabello". La disciplina carcelaria pasa por la disciplina del cuerpo, por el ordenamiento de las apariencias, entre las cuales la cabellera constituye la parte más sensible.

Los deportados conocen bien la humillación del cráneo rapado, de la cabellera cortada. Simone Veil⁷² evocó el drama que representa la tonsura a la entrada de los campos de concentración; ella no lo sufrió por completo; le dejaron el cabello corto y esto la ayudó, dice. Los cabellos de los deportados constituyen la más terrible de todas las huellas, de todos los restos de los campos, porque son los últimos vestigios, cuasi vivos, de la persona.

Aunque representa un sufrimiento para todos, la pérdida del cabello es particularmente sensible para las mujeres, puesto que de él se ha hecho la insignia misma de la feminidad. Verse sin cabello en el espejo como consecuencia de una quimioterapia es una verdadera prueba.

Diferencia de los sexos y pilosidad: la barba y el cabello⁷³

⁷¹ D'Haussonville, *Enquête parlementaire sur les prisons*, 1872.

⁷² Programa de televisión emitido por el canal France 2 el 29 de enero de 2005.

⁷³ Sylviane Agacinski, *Métaphysique des sexes. Masculin/féminin aux sources du christianisme*, París, Seuil, 2005, en especial "Le voile et la barbe".

El apóstol Pablo escribe a los corintios:⁷⁴ "La naturaleza misma nos enseña que para un hombre es deshonoroso tener el cabello largo, pero que una mujer se glorifica por su larga cabellera. Le ha sido dado el cabello en lugar de velo". Está todo dicho: la "naturaleza" dicta el honor que rige el largo del cabello según el sexo. Dios sólo tiene que seguir las reglas que él mismo ha creado. Y los fieles, por supuesto, también.

La diferencia de los sexos está marcada en la pilosidad y los usos: el cabello para las mujeres, la barba para los hombres. Con frecuencia se considera el cabello largo un signo de afeminación. Las épocas andróginas dejan que crezca: es el caso del romanticismo o los años que siguieron al Mayo francés en 1968. En esta época, las empresas censuraban el "pelo largo" y amenazaban con la exclusión -o despedían efectivamente- a los jóvenes que se negaban a cortárselo. Los conflictos originados por este tema fueron frecuentes.

Muchas veces, la virilidad se afirma mediante el cráneo rapado; así ocurre en la Roma antigua y luego en la cristiana. Pablo preconiza el velo para las mujeres, pero no para los hombres que, por el contrario, deben cortarse el cabello: "Para el hombre, conservar la cabellera es una vergüenza". Los guerreros tienen el cráneo lampiño y los neonazis hacen de él una proclamación de virilidad.

La barba es otra cosa; puede ser un signo de virilidad. Molière habla del "poder de la barba". "La barba es todopoderosa", dice Arnolfo en *La escuela de las mujeres*. La santa que quiere conservar su virginidad ruega a Dios que le dé pelo en el mentón: la "santa barbuda" se preserva adoptando la identidad pilosa del otro sexo.

Existe un simbolismo viril de la barba, que significa poder, calor y fecundidad, coraje (la melena de los leones) y sabiduría: al mismo Dios Padre se lo representa barbudo, como Abraham, su sustituto. La barba muestra la ancianidad del hombre, su anterioridad respecto de la mujer, como decía Clemente de Alejandría; representa la edad, los años fundadores, el tiempo. La paternidad.

Pero la barba debe domesticarse. En el siglo IV los Padres de la Iglesia combaten a los "monjes barbudos",⁷⁵ en particular los discípulos de un tal Eustatio de Sebaste, que propugna un ascetismo riguroso y el abandono de la sexualidad, y preconiza la barba y el cabello crecidos. La indiferenciación de la melena recubre el deseo de indiferenciación sexual. Es el caso de los cortes unisex que los peluqueros urbanos anunciaron durante el último tercio del siglo XX y que hoy en día están en retroceso.

⁷⁴ Primera Epístola a los corintios 11, 14-15

⁷⁵ Sylviane Agacinski, *Métaphysique des sexes...*, op. cit., pag.183

*El cabello, insignia y símbolo de la feminidad:
representaciones e imágenes*

La representación del cabello es un tema mayor en la figura de las mujeres, sobre todo cuando quiere sugerirse su proximidad respecto de la naturaleza, la animalidad, el sexo y el pecado. Eva y María Magdalena están dotadas de tupidas cabelleras que se ven en la belleza de la estatuaria medieval y la pintura renacentista alemana (Durero, Lucas Cranach).

María Magdalena, la prostituta (para algunos, la amante de Cristo. El autor del *best-seller El código Da Vinci* la convierte incluso en la esposa de Cristo, de quien habría tenido una hija, Sarah. Es evidente que el personaje despierta fantasías...), enjuaga los pies de Cristo con sus largos cabellos. Incluso convertida en santa, se la representa con su abundante cabellera.⁷⁶

El enorme inventario de representaciones pictóricas del cabello de las mujeres reserva no pocas sorpresas: la Virgen de la anunciación visitada en su cuarto lleva largos cabellos de muchacha, en general desplegados sobre los hombros, igual que el ángel anunciador Gabriel, con tanto cabello como ella. Los ángeles siempre tienen pelo, a punto tal que hasta ciertos fideos para sopa reciben el nombre de "cabellos de ángel". Signo de la ambigüedad sexual de los ángeles y de los cabellos: los ángeles no tienen sexo, pero tienen cabello que quizá lo reemplaza. En el extremo opuesto, las mujeres crueles, como Judit o Salomé, tienen mucho cabello. Los hombres que ellas decapitan -Holofernes, Juan el Bautista- también, como si las mujeres quisieran responsabilizar por sus acciones al exceso de virilidad de sus víctimas.

La sensualidad de los pintores del Renacimiento alcanza su punto más alto en la pintura del cuerpo de las mujeres y de su cabellera: Botticelli, Tintoretto, el Veronés, pero también la escuela de Fontainebleau y la escuela alemana, que cubre con cabellos a Eva, a la Melancolía, a las brujas.

Los impresionistas se sirven de los reflejos del cabello de las mujeres que ellos pintan en interiores, al piano o cosiendo, y en sus jardines (sobre todo Renoir). Los pintores vieneses agregan una pincelada erótica.

El art nouveau concibe el cabello femenino, en forma de volutas, como uno de sus motivos principales,⁷⁷ una forma familiar, un elemento esencial de la decoración de las ciudades (fachadas de edificios, estaciones de subterráneo) y los interiores. Es el caso del arte decorativo de la escuela de Nancy, como se puede ver en la

⁷⁶ Algunos ejemplos, entre miles: en la iglesia de Notre-Dame d'Écouis, estatua del siglo XIV; en el Louvre, estatua de Gregor Erhart, 1510.

⁷⁷ Claude Coger, *Femmes et machines de 1900. Lecture d'une obsession modern style*, París, Klincksieck, col. "Bibliothèque du XX siècle", 1979.

mansión Majorelle de esa ciudad: jarrones, chimeneas, picaportes y molduras se enredan en esos cabellos.

El florilegio literario está igualmente cargado, menos en las novelas -que se limitan a evocar el color de los cabellos que se esconden bajo los sombreros- que en los poemas. Como ése que, en *Las flores del mal*, Baudelaire dedica a la "La cabellera":⁷⁸ colores, olores, evocación del mar, del oleaje de los sentidos, sensualidad y éxtasis dan ritmo a este magnífico poema, uno de los más hermosos que inspiró la cabellera femenina.

El lenguaje de Kierkegaard, torturado por la sexualidad femenina, es muy distinto. En su *Diario de un seductor*, evoca lo que le inspira esta cabellera, que cautiva a los hombres:

¿Qué hay más bello que la abundante cabellera de una mujer, que esa profusión de bucles? Sin embargo, es un signo de su imperfección, según las Escrituras, que ofrecen diversas razones para ello. ¿Y no es éste el caso? Mira a la mujer inclinándose hasta casi tocar el suelo con sus pesadas trenzas, parecidas a sarmientos floridos que la unen a la tierra; ¿no es ella una naturaleza más imperfecta que el hombre, que tiene la mirada vuelta al cielo y que simplemente toca el suelo? Y sin embargo, esa cabellera es su belleza; más aún, su fuerza. Pues por ella, según dice el poeta, cautiva al hombre, lo encadena y lo ata a la tierra. Quisiera decirle a uno de esos tontos que predicán la emancipación: mírala, aquí la tienes en toda su imperfección, más débil que el hombre; si tienes el coraje de hacerlo, corta esos bucles abundantes, rompe esas pesadas cadenas y déjala correr como una loca, como una criminal, para espanto de todos.⁷⁹

Fascinación, miedo, odio irrigan este texto emblemático, en el que se habla de rapar a las mujeres, tratadas como locas o criminales (todas lo son), para liberarse de la obsesión de su cabellera y quizá de la culpa de desearlas.

El cabello es la mujer, la carne, la feminidad, la tentación, la seducción, el pecado.

Hay una erotización del cabello de las mujeres, sobre todo en el siglo XIX, gran siglo del ocultar/mostrar, motor del erotismo. Y esta tendencia va desde el erotismo refinado de los pintores, en particular los vieneses (Klimt, Schiele), al erotismo más vulgar de las postales del 1900 que ponen en escena el desnudo y el cabello, en particular las que representan mujeres de las colonias o judías.

⁷⁸ *Œuvres complètes*, París, Gallimard, col. "Bibliothèque de la Pléiade", t. 1, p. 38 [trad. esp.: Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, Buenos Aires, Losada, 2004].

⁷⁹ Extraído de *Ou bien... ou bien. Le journal du séducteur*, París, Robert Laffont, 1993 [trad. esp.: *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I*, Madrid, Trotta, 2006]; citado por Françoise Collin, Évelyne Pisier y Elena Varikas en *Les femmes de Platon à Derrida. Anthologie critique*, París, Plon, 2000, p. 541.

*Ocultar el cabello de las mujeres:
la larga historia del velo⁸⁰*

En el mundo mediterráneo antiguo el velo era de uso corriente, pero no era ninguna obligación religiosa. Es cierto que en muchos ritos sacrificiales grecorromanos era obligatorio cubrirse la cabeza, pero eso valía para ambos sexos. Ni el Antiguo Testamento ni los Evangelios muestran ninguna exigencia en este sentido.

El apóstol Pablo innova. En su primera Epístola a los corintios (11,5-10) escribe que, en las asambleas, los hombres deben descubrirse y las mujeres cubrirse. "Toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta deshonra a su cabeza; pues es exactamente como si estuviera rapada. Si una mujer no se cubre con el velo, que se corte el cabello. Pero si es deshonroso para una mujer cortarse el cabello o raparse, que se ponga el velo." Porque la mujer ha sido creada para el hombre, "la mujer debe llevar en su cabeza la marca de su dependencia, a causa de los ángeles". Las mujeres deben callarse en las asambleas. Llevar el velo si profetizan. Llevar el velo como signo de su dependencia: "La mujer está, pues, obligada a llevar sobre su cabeza un signo de autoridad".

Después de Pablo, los Padres de la Iglesia suben la apuesta. Tertuliano, por su parte, dedica dos tratados a lo que se ha convertido en una preocupación mayor de la naciente cristiandad: *Sobre el velo de las vírgenes* y *El adorno de las mujeres*.

Así, el velo reviste múltiples significaciones religiosas y civiles, respecto de Dios y respecto del hombre, su representante. Es signo de dependencia, de pudor, de honor.

El velo es signo de autoridad: ya en Roma, una mujer casada que sale sin su pañoleta, sin la *rica*, puede ser obligada a divorciarse. Las muchachas no llevan velo, e incluso reivindican el no llevarlo. La mujer casada es una mujer apropiada, por lo tanto velada. El velo es un instrumento de pudor. Tertuliano encuentra el gorro y la pañoleta insuficientes: hay que velar el cuerpo de las mujeres y su cabellera, objetos de tentaciones.

Signo de virginidad, el velo representa el himen. El velo de la casada es un velo nupcial que sólo el marido debe deshacer, así como desgarrar el himen. Significa oblación, ofrenda, sacrificio de la esposa.

O incluso, velo de oblación de la *religiosa*, quien, el día de su ordenación, ofrece su cabellera a Dios y se vela para él. La Iglesia hace del velo de las monjas una obligación, el sello de su castidad y de su pertenencia a Dios, sobre todo a partir del siglo IV. La Iglesia impone el velo a las monjas y lo aconseja para el resto de las mujeres; como mínimo, todas deben llevar la cabeza cubierta.

⁸⁰ Rosine A. Lambin, *Le Voile des femmes. Un inventaire historique, social et psychologique*, Berna, Peter Lang, 1999; Jean-Claude Flügel, *Le Rêveur nu, de la parure vestimentaire*, París, Aubier-Montaigne (1930), 1982.

Esta prescripción a veces resulta difícil de aceptar. Marguerite Audoux, en su novela autobiográfica, *Marie-Claire*, concibe una religiosa que sufre por este atuendo: "Cuando me visto, me parece que me meto en una casa donde siempre está oscuro", dice la hermana Désirée des Anges; a la noche, se quita con placer túnica y velo. En su agonía, intenta deshacerse de ellos; se quita el velo y deja flotar sus cabellos, para gran escándalo de sus "hermanas", que la suponen culpable de traicionar sus votos de castidad. Véronique "opinó que era una vergüenza para una religiosa dejar ver su cabellera".

La cuestión del velo fue un punto central de las discusiones del concilio Vaticano II entre los clérigos y las religiosas, que pedían un aligeramiento de su vestimenta, tan poco compatible con las exigencias de la vida moderna. Fieles a los Padres de la Iglesia, los clérigos, muy prestos a laicizarse ellos mismos, resistieron y mantuvieron la obligación del velo, aunque lo simplificaron.

Las relaciones entre el Islam y el velo son controvertidas, y no las trataremos aquí. Según Malek Chebel,⁸¹ el Corán no dice que sea una obligación. Pero el Islam creció en el seno de culturas mediterráneas que ocultan a las mujeres, las encierran (gineceo, harén, mujer oculta de la cultura árabe-andalusí). La decisión de usar el velo por parte de las mujeres mismas es un tema complejo, tal como lo muestran las novelas de Assia Djebar sobre las argelinas. En un mundo de hombres, el velo les da una posibilidad única de circular en el espacio público. En la época de la guerra de Argelia, la "mujer sin sepultura" de Cesárea (Cherchell) disimula bajo el velo su relación con el militante de la Resistencia. Hoy en día, aun las mujeres iraníes muy liberadas usan el velo para protegerse, resguardarse de la mirada y el poder de los hombres. Bajo el velo, se visten como quieren.

Pero -y quizá sea un signo de resistencia a la arabización- las mujeres bereberes no se velan. Las feministas en el Magreb, por cierto minoritarias, hacen del rechazo al velo una afirmación de su libertad: tal es el caso en Marruecos.

Y esto aumenta en la medida en que el integrista pretende someterlas al uso del velo, símbolo de dominación de las mujeres y su cuerpo. Te velo porque eres mía. Es comprensible que el uso del velo sea un punto clave, representado en Francia tanto por las reivindicaciones de *Ni putas ni sumisas* como por los debates sobre la ley que prohíbe el velo en la escuela pública, debates que dividieron a las mismas feministas.

Peinarse el cabello, instrumento de seducción

⁸¹ Véanse en particular Malek Chebel, *L'Esprit de sérail. Mythes et pratiques sexuels au Maghreb*, París, Payot, 1988, reed. 1995 [trad. esp.: *El espíritu de serrallo. Estructura y variaciones de la sexualidad magrebí*, Barcelona, Bellaterra, 1997]; *Encyclopédie de l'amour en Islam*, París, Payot, 1995.

El peinado es, como consecuencia, una encrucijada de conveniencias, distinción y moda.

En el siglo XIX, una mujer "como se debe" se cubre la cabeza: una mujer de pelo suelto es popular, incluso vulgar; en los mercados se distingue a las burguesas, que hacen las compras de sombrero, de las vendedoras, en general con la cabeza descubierta. La moda enseguida se apropia del sombrero, tanto para los hombres como para las mujeres. Pero a partir de los siglos XVII y XVIII se produce una sorprendente inflación de los peinados de mujer, que se convierten en verdaderas piezas de arquitectura: un ejemplo es "*la belle poule*", el peinado con una fragata en miniatura que se hizo hacer María Antonieta en honor a una hazaña marítima.

Más tarde, la atención se concentra sobre los propios cabellos. Se los arregla de otra manera. Pero en público rara vez se los despliega; más bien se los sujeta en rodetes apretados que sólo se deshacen en la intimidad de la propia casa, incluso en el propio dormitorio. La noche de bodas, la esposa desata sus cabellos para su marido y en adelante le reserva ese privilegio. Adorno señala que entre las mujeres existe un fetichismo del peinado. La joven que se entrega a su amante se preocupa por su vestido y su peinado.

El peinado transforma el cabello en vestimenta, en objeto de arte y de moda. El pelo participa en la puesta en escena de la seducción, de la elegancia. Como la modista, el peluquero entra en escena, se convierte en cómplice, incluso en confidente, de las mujeres; las "salones de peluquería" hacen las veces de salas de recepción.

El largo, el corte, el color del cabello son objeto de códigos y modas. El color del pelo es un capítulo aparte. Los caballeros, dicen, las prefieren rubias.⁸² La mayoría de los pintores, sin duda; son aficionados a esas cabelleras que iluminan sus lienzos (el Veronés, Tintoretto). Influenciado por la España de Goya, por Oriente, el romanticismo aprecia el azabache de las melenas oscuras. Pero nuevamente el rubio gana terreno: el dulce y cándido rubio del ángel del hogar al estilo inglés; el lujurioso y sensual de Nana, cuyos cabellos de oro acaricia la novela de Zola y se instalan en las telas impresionistas, sobre todo de Renoir. En el siglo XX, las vampiras son en general rubias: Marilyn, Brigitte Bardot, Grace Kelly, Madonna. En cambio las pelirrojas, tan caras a Toulouse-Lautrec, no tienen buena reputación: la sangre les sube al rostro y son un poco brujas.⁸³

⁸² Joanna Pitman, *Les Blondes. Une drôle d'histoire, d'Aphrodite à Madonna*, París, Autrement, 2005 (traducción del inglés).

⁸³ Xayier Fauche, *Roux et rousses. Un éclat très particulier*, París, Gallimard, col. "Découvertes", 1997.

*Cortarse el cabello: signo de emancipación.
Los años veinte y treinta, llamados "locos"⁸⁴*

Las primeras en cortarse el pelo fueron las estudiantes rusas de las décadas de 1870 y 1880, nihilistas o no, que penetraron las facultades de medicina para ocuparse de la salud del pueblo. Se esboza un perfil de mujer joven con cabello corto ("rapada", dicen algunos) que sedujo a Louise Michel. Ella misma se cortó el pelo para combatir bajo la Comuna y usó siempre una melena corta. Liberación política, liberación de las costumbres, afirmación de un safismo andrógino o de una extrema feminidad (la poetisa Renée Vivien y su aspecto de paje) caracterizan a la *new woman* de la *Belle Époque*. Alrededor de 1900, el feminismo europeo, muy vigoroso, se desarrolla y reivindica la liberación del cuerpo. Caen los corsés, se acortan las faldas y el cabello. Colette, en 1902, corta las largas trenzas de Claudine (su primer alter ego literario) y ensalza los placeres de los "travestismos de un sexo incierto".

La guerra acelera el movimiento. Para estar cómodas en el trabajo, las enfermeras, las ambulancistas, las conductoras de tranvía, las *munitionettes* de las fábricas de guerra, cuyas fotos pueden verse en muchas tarjetas postales, se modernizan.

Durante la posguerra este nuevo corte se generaliza con variantes.⁸⁵ A veces se trata de cabellos rizados, "permanentes", hechos con rulos eléctricos: las mujeres parecen ovejas. A veces son cortes lacios que les dan un aire varonil, de "*garçonnes*", sobre todo cuando usan traje sastre, corbata y boquilla. La canción de Dréan hace eco de la nueva moda: "Se había cortado el cabello/ Como una niña/ Graciosa/ Se había cortado el cabello/ Pensando/ Es mucho mejor/ Pues las mujeres hacen como los señores/ Para seguir la moda/ Cómoda/ Todas se cortan el cabello".⁸⁶

Al principio, esta moda fue aceptada con reticencia incluso por Colette, quien, a pesar de haber dado el ejemplo, ahora critica tal falta de feminidad. La alta costura -Worth, Madeleine Vionnet, Poiret- se resiste a la "masculinización". Otros, por el contrario -sobre todo mujeres- experimentan un sentimiento de liberación, como la italiana Sibilla Aleramo (1876-1960) que elogia el pelo *alla maschietta*: "Es

⁸⁴ Christine Bard, *Les Garçonnes. Modes et fantasmes des Années folles*, París, Flammarion, 1998.

⁸⁵ Steven Zdatny, "La mode à la garconne, 1900-1925: une histoire sociale des coupes de cheveux", en *Le Mouvement social*, núm. 174, enero-marzo de 1996, pp. 23-56.

⁸⁶ *Elle s'était fait couper les cheveux/ Comme une petite fille/ Gentille/ Elle s'était fait couper les cheveux/ En se disant/ Ça ira beaucoup mieux/ Car les femmes font comme les messieurs/ Pour suivre la mode/ Commode/ Elles se font toutes couper les cheveux*

como una iluminación. Se tiene simplemente la sensación de haber pasado de una época a otra".

Muchas tendencias se consolidan: la juventud, la modernidad, la voluntad de emanciparse de las modas anteriores y del mundo de preguerra que murió con ellas. Un deseo de ligereza propicio al elegante sport. Y de liberación sexual: las lesbianas apoyan esa moda que les sienta tan bien. Luego esta práctica se generaliza. Algunas revistas -Minerva, Vogue- la adoptan, así como los grandes diseñadores, con Coco Chanel a la cabeza.

Así se esboza una silueta andrógina. Vestimenta nueva: el sombrero tipo campana, el traje sastre (Chanel), la falda-pantalón, el pantalón. Actitudes nuevas: fumar, conducir un automóvil, leer el diario en público, ir al café. Nueva sexualidad en una ola de homosexualidad que abarca a toda Europa.⁸⁷ Aparecen nuevos modelos de mujeres, muchas veces en pareja: Colette y la baronesa de Zuylen, Sylvia Beach y Adrienne Monnier, las famosas libreras de la rué de l'Odéon, editoras de James Joyce,⁸⁸ y Suzanne Malherbe, *alias* Marcel Moore; Gertrude Stein y Romaine Brooks, Claude Cahun, la famosa fotógrafa, etc. Las mujeres aspiran a nuevos roles, ingresan a la universidad, se apropian de nuevas disciplinas (psicoanálisis, etnología, como Germaine Tillion y Denise Griaule, que exploran el África), ejercen oficios que hasta entonces les estaban vedados, aspiran incluso a la creación literaria o artística (sobre todo a la pintura) y se cuelan hasta en las vanguardias. Estos avances, en muchos aspectos definitivos, se ven brutalmente interrumpidos o frenados por la crisis y el arribo de los totalitarismos, resueltamente antifeministas.

El corte del cabello, en esa época fulgurante de los "años locos", significa una nueva mujer, una nueva feminidad.

Rapar el cabello de las mujeres

La rapadura del pelo es, desde siempre, un signo de ignominia, impuesto a los vencidos, a los prisioneros, a los esclavos. Desde la Antigüedad y hasta la Edad Media, se rapaba a las brujas, como si el largo de sus cabellos fuera maléfico. Es el caso de Juana de Arco (María Falconetti encarnó para siempre la Juana rapada de Dreyer).

Después de la Segunda Guerra y la Ocupación, rapar a las mujeres fue en Francia una práctica aplicada masivamente contra las

⁸⁷ Florence Tamagne, *Histoire de l'homosexualité en Europe. Berlin, Londres, Paris, 1919-1939*, París, Seuil, col. "L'univers historique", 2000.

⁸⁸ Laure Murat, *Passage de l'Odéon, Sylvia Beach, Adrienne Monnier et la vie littéraire à Paris dans l'entre-deux-guerres*, París, Fayard, 2003

sospechosas de "colaboración horizontal". Es uno de los aspectos más siniestros de la Liberación: *un carnaval feo*, como dice Alain Brossat, uno de los primeros en estudiar el tema.⁸⁹ Fabrice Virgili le dedicó a esta cuestión su tesis, en la que demostró la amplitud, e incluso la generalización, de una práctica que se extendió en toda Francia y que afectó a unas veinte mil mujeres, tanto en las grandes ciudades como en el campo. La "rapadura" comienza en la primavera de 1944 y tiene una segunda vuelta en mayo-junio de 1945, con el regreso de los prisioneros y de los grupos del STO (Servicio de trabajo obligatorio), y el descubrimiento de los campos de concentración. El ritual es el mismo en todas partes: desfiles que acompañan las rapaduras públicas, muchas veces practicadas sobre un estrado; ocasión para la burla, la broma y la liberación de las tensiones sobre las mujeres capturadas como una manera de purgar las flaquezas de todos.

Lo que impresiona, una vez más, es la importancia simbólica del cabello. "¿Cuándo la afeitadora la privará [a la mujer] de una de sus armas de seducción?", se lee en un editorial del diario *La Libération de l'Aunis et de la Saintonge*. El cuerpo se ve degradado con el corte del pelo. Se pone al desnudo. Sobre el cráneo rapado se dibuja la cruz esvástica. "Con la rapadura no sólo se intenta excluir a la mujer de la comunidad nacional, sino también de destruir la imagen de la feminidad. A la erotización que prepara la tonsura le sigue un proceso de desexualización", escribe Fabrice Virgili.⁹⁰ Hay que castigar a las mujeres por su conducta vergonzosa y purificar al pueblo de Francia por sus concesiones; el cuerpo de las mujeres funciona como chivo expiatorio. "Todo sucede como si la rapadura fuera la encargada de llevarse al desierto del exilio todos los pecados, todos los crímenes de la colaboración", comenta Alain Brossat. La rapadura es un rito expiatorio de purificación. Una medida higiénica de limpieza, de desinfección y de erradicación del mal. Se sopesa el valor político del cuerpo de la mujer; se juega el honor, se juega el poder. Y en particular sus cabellos.

Esto nos permite comprender de otra manera las pasiones expresadas alrededor del velo, en Francia y en el mundo. Velar a las mujeres da cuenta de su dependencia, restablece la jerarquía de los sexos que, para algunos, es el fundamento del orden de la sociedad.

Todavía no se ha resuelto lo del cabello de las mujeres, como si la marcha del mundo descansara sobre sus cabezas.

EL SEXO DE LAS MUJERES

El sexo de las mujeres: de esto nos ocuparemos ahora.

⁸⁹ Alain Brossat, *Les Tondues. Un carnaval moche*, París, Manya, 1992.

⁹⁰ Fabrice Virgili, *La France "virile". Des femmes tondues à la Libération*, París, Payot, 2000

Como telón de fondo, el lienzo de Courbet *El origen del mundo*, hoy en el museo de Orsay. Fue realizado para un aficionado, Kalil Bey, ex embajador turco y coleccionista de cuadros eróticos, quien lo guardaba celosamente bajo una cortina, como un tesoro escandaloso. En efecto, lo era: nadie había osado jamás representar la vulva entreabierto de una mujer. Más tarde el cuadro perteneció al psicoanalista Jacques Lacan.

El sexo es "la pequeña diferencia" anatómica que inscribe a los recién nacidos en uno u otro sexo y que hace que se los clasifique como hombres o mujeres. La indiferenciación es un drama. Michel Foucault publicó en 1978 los recuerdos de *Herculine Barbin, llamada Alexina B.*, único título de una colección, que él mismo había lanzado, llamada "Las vidas paralelas". El libro cuenta el drama de un hermafrodita que, calificado de mujer, se sentía hombre y obtuvo ese reconocimiento, pero terminó suicidándose por la dificultad de vivir tal situación. Hoy en día la transexualidad es reconocida, aunque no por ello es más fácil vivirla.

En general, uno se inscribe en la dualidad, en el *arreglo de los sexos* -para retomar la expresión de Erving Goffman-,⁹¹ según el cual la sociedad organiza la diferencia. Los primeros trabajos vienen de los antropólogos, como el de Margaret Mead (1935), quien inspiró a Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* (1949). "No se nace mujer, se llega a serlo": la famosa fórmula rompió con el naturalismo e invitó a derribar las definiciones tradicionales. Las relaciones del sexo (biológico) y del género (social, cultural) están en el centro de la reflexión feminista contemporánea, que duda sobre dónde establecer el corte: ¿es el sexo la determinación primera? ¿O pertenece al género, en un cuerpo cuya historicidad sería prioritaria?

Me limitaré a algunas consideraciones sobre la historia de la diferencia de los sexos.

En primer lugar sobre la *representación* del sexo femenino. De Aristóteles a Freud, siempre se ha visto el sexo femenino como una falta, un defecto, un error de la naturaleza. Para Aristóteles, la mujer es un hombre fallido, un ser incompleto, una forma sin terminar. Freud hizo de "la envidia del pene", el centro obsesivo de la sexualidad femenina. La mujer es un ser hueco, agujereado, marcado para la posesión, para la pasividad. Por su anatomía, pero también por su biología. Sus fluidos -el agua, la sangre (sangre impura), la leche- no tienen poder creador como el esperma, sólo nutren. En la gestación, la mujer apenas provee un receptáculo, un recipiente del cual sólo puede esperarse que sea tranquilo y cálido. El mecanismo

⁹¹ Erving Goffman, *L'arrangement des sexes* (1977), París, La Dispute, 2002 (traducción del inglés).

de la ovulación no se descubrirá hasta el siglo XVIII, y recién a mediados del XIX se apreciará su importancia. La mujer es inferior en principio por su sexo, su genitalidad.

No siempre se le da la misma importancia al sexo. Algunas épocas lo minimizan. Así ocurre en la Edad Media, cuando los sexos representan variedades de un mismo género. El Renacimiento, dijimos, distingue "la parte de arriba" y "la parte de abajo" del cuerpo; exalta lo de arriba, noble trono de la belleza, y desprecia "lo de abajo", de carácter animal.

Siglo de las ciencias naturales y médicas, el siglo XVIII descubre "lo de abajo", lo referido al placer y la vida. "Inventa" la sexualidad con una insaciable "voluntad de saber" el sexo, fundamento de la identidad y la historia de los seres. Sexualiza a los individuos y en particular a las mujeres, como lo demuestra, en la estela de Foucault, Thomas Laqueur.⁹² La mujer pasa a ser su sexo, que la absorbe y la impregna toda entera. "No hay ninguna paridad entre los sexos en cuanto a la consecuencia del sexo -escribe Rousseau en *Emilio*-. El macho sólo es macho en ciertos momentos, la hembra es mujer toda su vida, o por lo menos toda su juventud; todo en ella le recuerda sin cesar su sexo, y para cumplir bien las funciones que éste le impone, necesita una constitución acorde": atenciones, reposo, "vida floja y sedentaria". Necesita la protección de la familia, la sombra de la casa, la paz del hogar. La mujer se confunde con su sexo y se reduce a éste, que determina su función en la familia y su lugar en la sociedad.

El sexo de las mujeres debe estar protegido, cerrado y poseído. De allí la importancia acordada al himen y a la virginidad, sobre todo por el cristianismo, que hace de la castidad y del celibato un estado superior. Para los Padres de la Iglesia, la carne es débil. El pecado de la carne es el más terrible de los pecados. Aún hoy, para la Iglesia de Juan Pablo II y Benedicto XVI, la sexualidad constituye un bastión de resistencia al mundo moderno, una *línea Maginot* que lo separa de la moral cristiana, e incluso de lo sagrado.

La virginidad es un valor supremo para las mujeres y sobre todo para las jóvenes. La Virgen María -lo opuesto a María Magdalena- es su modelo y su protectora. Ella, sin pecado concebida (dogma de la Inmaculada Concepción, Pío IX en 1854), concibe sin hombre, "por la gracia del Espíritu Santo". La Virgen, sin embargo, es plenamente madre; ella lleva a su hijo en el vientre, lo alimenta, lo sigue en sus prédicas, lo sostiene en su pasión, lo asiste en la muerte: madre perfecta, pero sólo madre. La Virgen es reina y madre de la Iglesia medieval, mediadora, protectora. "En el siglo XIII, Dios cambió de sexo", escribe Michelet. Las vírgenes de las catedrales y de

⁹² Thomas Laqueur, *La Fabrique du sexe. Essai sur le corps et le genre en Occident*, París, Gallimard, 1992 (traducción del inglés).

las iglesias muestran esa presencia tranquilizadora pero también obsesiva de María, reina de los conventos, patrona de las muchachas.

Hijas de María, están obligadas a la pureza. El pudor es su atavío. Llegar virgen al matrimonio es su capital máspreciado. Deben defenderse de la seducción y de la violación, derecho que se arrogan las pandillas de jóvenes en busca de iniciación sexual. Ay de las muchachas solas durante la noche: no están más protegidas que las mujeres en la vida nocturna de las ciudades modernas. El cuerpo de las mujeres está en peligro.

La virginidad de las jóvenes pertenece a los hombres que la codician. Aunque es un mito más que una realidad, el derecho de pernada no es por ello menos rico en significaciones. Es real el derecho del esposo, que se adueña de su esposa en la noche de bodas, verdadero rito de toma de posesión. Ritual público durante años (la verificación de la sábana manchada, práctica que continúa en África del Norte), la noche de bodas se vuelve cada vez más íntima. Se hace privada en los siglos XVIII y XIX, como lo demuestra la práctica del viaje de bodas.

La sexualidad de las mujeres es un misterio y así se la toma.

Misteriosa, la sexualidad da miedo. Desconocida, poco conocida, su representación oscila entre dos polos contrarios: la avidez y la frigidez. En el límite, la histeria.

Avidez: el sexo de las mujeres es un pozo sin fondo donde el hombre se hunde, perdiendo su fuerza y su vida hasta la impotencia. De allí que los soldados o los deportistas, que requieren todas sus fuerzas para ganar, necesiten que se los mantenga alejados de las mujeres. Según Kierkegaard, "la mujer inspira al hombre mientras éste no la posea". Esa posesión lo paraliza. Ese temor a la sexualidad de la mujer que no puede satisfacerse jamás es el origen del fiasco, obsesión de Stendhal.

Frigidez: la idea de que las mujeres no sienten placer ni desean el acto sexual, que es un trabajo para ellas, está muy extendida. Balzac, en su *Fisiología del matrimonio*, texto a la vez alusivo y preciso, muestra a mujeres que alegan migrañas y tratan de eludir el deber conyugal que les prescriben sus confesores.

Allí encuentran los hombres la necesidad, la justificación de hallar en otra parte su placer: amantes, prostitutas, jóvenes galantes de las casas de citas (en pleno auge en el siglo XIX), son las encargadas de paliar esa "miseria sexual".⁹³

Los hombres sueñan, codician, imaginan el sexo de las mujeres. Es la fuente del erotismo, de la pornografía, del sadomasoquismo. Y, sin duda, de la ablación de las jóvenes, uso aún hoy muy extendido en el África musulmana e incluso en Europa, como consecuencia de las olas de inmigración. ¿Es tolerable el placer femenino?

⁹³ Alain Corbin, *Les Filles de noce. Misère sexuelle et prostitution au XIX siècle*, París, Aubier, 1978.

Las mujeres de sexualidad desenfrenada son peligrosas. Son seres maléficos y se parecen a las brujas, dotadas de "vulvas insaciables". Incluso cuando son viejas y están fuera de la edad permitida para el amor, las brujas tienen fama de montar a los hombres -algo que en la cristiandad es contrario a la posición considerada natural-, o de tomarlos desde atrás: en definitiva, de hacer el amor como no se debe. Diane representa la sexualidad liberada. La bruja alimenta la perfidia de las noches de aquelarre.

La histérica es la mujer enferma de su sexo, sujeta a furores uterinos que la vuelven casi loca y la convierten en objeto de la clínica de los psiquiatras. Charcot, durante las célebres clases de los lunes en el hospital de la Salpêtrière, escruta sus movimientos convulsivos, que a veces explotan en manifestaciones colectivas en internados o fábricas del siglo XIX. Nuevas brujas, las convulsionarias se parecen a las poseídas de Loudun que Urbain Grandier intentaba exorcizar. Pero es a su útero, y no al diablo, al que se culpa. La histeria abre la puerta hacia las "enfermedades de las mujeres" y traza el camino de su psiquiatrización y su psicoanálisis.

En el siglo XIX la histérica se metamorfosea y se produce un doble movimiento, que identifica Nicole Edelman:⁹⁴ 1) la histeria "trepa" desde la matriz al cerebro; ataca los nervios, que se enferman. La mujer se pone "nerviosa"; 2) al mismo tiempo, se advierte que el mal se extiende al otro sexo: la histeria afecta a los hombres. "Estoy histérico", escribe Flaubert a Sand. Charcot lo confirma. La guerra acentuará el diagnóstico de la bisexualidad de la histeria.

La sexualidad permitida, incluso requerida, es la conyugal. Pero no sabemos gran cosa sobre ella. Altar de la sexualidad, el lecho conyugal escapa a las miradas. Incluso la Iglesia recomienda la discreción a los confesores, a pesar de que reprueba el pecado de Onán.⁹⁵ Sin embargo, no hay otra manera de evitar el embarazo, y el *coitus interruptus*, en una Francia que restringe sus nacimientos desde el siglo XVII, es practicado ampliamente. "Hasta en los pueblos se engaña a la naturaleza", escribe Moheau en su *Recherches et considérations sur la population de la France* (1778). Cada vez más preocupadas por limitar el tamaño de sus familias y prevenir embarazos no deseados, las mujeres aprecian a los maridos "que prestan atención", y ellas mismas saben evitarlos. No siempre rechazan las caricias conyugales -lejos de ello-y se quejan del descuido y hasta de la impotencia de sus compañeros.

El descubrimiento del placer femenino es antiguo. Los caballeros de la Edad Media tienen miedo de la cama y de la mujer insaciable a la que temen no poder satisfacer, según Georges Duby. Y

⁹⁴ Nicole Edelman, *Les métamorphoses de l'hystérique*, París, La Découverte, 2003.

⁹⁵ Claude Langlois, *Le Crime d'Onan: le discours catholique sur la limitation des naissances* (vers 1820-1968), París, Les Belles Lettres, col. "L'âne d'or", 2005

el Renacimiento favorece este reconocimiento del deseo. Los médicos detectan un agua femenina, que sería signo de gozo y que ayuda a la concepción. La corte de los Valois era propicia a los experimentos de todas clases e incluso a las palabras para enunciarlos.

El deseo de las mujeres aparece expresado en algunos textos de la Edad Media y sobre todo del Renacimiento: las poesías eróticas de Pernette du Guillet son un ejemplo. Las damas galantes, cuyas vidas evoca Brantôme, saben gozar del sexo. Según Piero Camporesi, Catherine Sforza se ufanaba de adoptar posturas que propiciaban el *orgasmo*,⁹⁶ palabra que no se usaba -aunque tampoco se ignorara la cosa- y que hay que buscar en eufemismos y en vueltas del lenguaje poético.

El siglo XVII de la Contrarreforma y del jansenismo es mucho más mojigato. El libertinaje del siglo XVIII es sobre todo masculino, así como el erotismo del XIX. Alain Corbin, que está preparando una antología de textos eróticos del siglo XIX, dice tener muchas dificultades para encontrar textos de mujeres. Hablar de sexo es, en esa época, objeto de profunda represión. Hasta George Sand, tan libre de costumbres, guarda silencio incluso en su autobiografía, donde se niega a cualquier confidencia íntima. Las cartas ardientes de sensualidad que le envía a Michel de Bourges, su amante, cuando éste la abandona, representan una excepción en su obra. Algunos juicios por crímenes pasionales⁹⁷ dejan oír el deseo carnal de mujeres de pueblo que esperan que sus compañeros hagan bien el amor, y que los engañan cuando eso no ocurre.

De la homosexualidad femenina se habla menos todavía, en razón de los tabúes que la disimulan. A tal punto que Marie-Jo Bonnet, una de las primeras historiadoras que trataron el tema, por poco renuncia a él; se refugió en los raros testimonios literarios, como la *Lelia* de George Sand, que causó un escándalo,⁹⁸ y más tarde lo descifró a partir de las imágenes. Sin embargo, las chicas viven entre ellas las emociones del corazón y del cuerpo en los internados -sobre todo ingleses, sin duda más libres- que estudió Carroll Smith-Rosenberg.

Todo cambia alrededor de 1900. "En esa época, Safo resucitó en París" escribió Arsène Houssaye. Las "Amazonas de París"-Natalie Clifford Barney, Renée Vivien, Colette y muchas otras- siguen los caminos de Lesbos y en la rive gauche parisina organizan círculos

⁹⁶ Brantôme, *Vies des dames galantes* (1666); Piero Camporesi, *Les Baumes de l'amour*, París, Hachette, 1990

⁹⁷ Joëlle Guillaud, *La chair de l'autre: le crime passionnel au XIX siècle*, París, Olivier Orban, 1986; Anne-Marie Sohn, *Chrysalides. Femmes dans la vie privée, XIX-XX siècles*, París, Publications de la Sorbonne, 1996.

⁹⁸ Marie-Jo Bonnet, *Les Relations entre les femmes*, París, Odile Jacob, 1995 (primera edición, 1981); *Les Femmes dans l'art*, París, La Martinière, 2004

literarios libres y refinados.⁹⁹ Es la época de las muchachas en flor que atormentan al "narrador".

La guerra separa y desgarras las parejas. La guerra autoriza los descubrimientos sexuales, que muchas veces son dramáticos. Marguerite Radclyffe Hall evoca esos sufrimientos en *El pozo de la soledad* (*Le Puits de solitude*, 1928). Los "años locos" marcan, en las grandes capitales europeas, la explosión de una homosexualidad mucho más alegre y liberada, en la que las lesbianas están muy presentes. Virginia Woolf, Violette Trefusis y sus amigos del grupo de Bloomsbury, Gertrude Stein, Romaine Brooks, Adrienne Monnier y Sylvia Beach¹⁰⁰ son las figuras más conocidas.

Sabemos que se amaban, que estar juntas les daba placer, que relacionaban gozo y creación. No mucho más.

En suma, la expresión de un erotismo femenino, incluso de una pornografía, es un fenómeno reciente, que llegó a la novela (Virginia Despentes, Catherine Millet) y sobre todo al cine (Catherine Breillat).

Rosa o negro, rosa y negro, el continente de la sexualidad femenina todavía es un territorio desconocido, un universo sin explorar.

LA MATERNIDAD

La maternidad es el gran tema de las mujeres. "La madre debería ser nuestra religión", decía Zola.

⁹⁹ Nicole G. Albert, *Saphisme et décadence dans Paris fin-de-siècle*, París, La Martinière, 2005.

¹⁰⁰ Además de Florence Tamagne, *Histoire de l'homosexualité en Europe. Berlín, Londres, París, 1919-1939*, op. cit., véase Laure Murat, *Passage de l'Odéon, Sylvia Beach, Adrienne Monnier et la vie littéraire à Paris dans l'en-tre-deux-guerres*, op. cit.

Abundan los trabajos sobre el tema, gracias en particular a Yvonne Knibiehler,¹⁰¹ que preside actualmente la Sociedad de Historia del Nacimiento, y a Jacques Gélis.¹⁰²

La maternidad es una realidad multiforme de la que debemos extraer algunos rasgos históricos mayores.

Para las mujeres es una fuente de identidad, es el fundamento de la diferencia reconocida, aun cuando no haya sido una etapa vivida. Una mujer engendra una mujer, dice Luce Irigaray; produce lo otro, pero también lo propio. Discípula italiana de Irigaray, Luisa Muraro habla del cuerpo a cuerpo con la madre, de la "felicidad extraordinaria que significa haber nacido del mismo sexo que mi madre".¹⁰³

La maternidad es un momento y un estado. Más allá del nacimiento, la maternidad dura toda la vida. Pasa lo mismo, en menor grado, con los hijos, a los que da a luz, da el alimento y una primera socialización. De ahí el drama del abandono, y las dificultades de la adopción, que da por sentado ese drama.¹⁰⁴

La sociedad occidental ha asumido una maternidad con el aura del amor, "el amor por añadidura", según la expresión de Élisabeth Badinter que describe el aumento del sentimiento maternal a partir del siglo XVII¹⁰⁵ y de la figura de la madre, tanto en la práctica (salud, puericultura, primera educación) como en lo simbólico. Uno de los rasgos más impactantes de la época contemporánea reside en la politización de la maternidad, tanto en los Estados totalitarios como en la República. Esta politización se encarna en Marianne, madre de los ciudadanos, que Zola celebra en su novela *Fecundidad*. Los Estados Unidos inventan el Día de la Madre en la década del veinte y Vichy lo legaliza en Francia.

En tanto la función materna es un pilar de la sociedad y de la fuerza de los Estados, se la socializa. El cuerpo de la madre se inviste de política, que hace del control de la natalidad uno de sus puntos clave.

¹⁰¹ Yvonne Knibiehler y Catherine Marand-Fouquet, *Histoire des mères du Moyen Age à nos jours*, París, Montalba, 1980; reed. Hachette, col. "Pluriel", 1982; Yvonne Knibiehler, *La Révolution maternelle depuis 1945. Femmes, maternité, citoyenneté*, París, Perrin, 1997.

¹⁰² Jacques Gélis, *L'Arbre et le Fruit. La naissance dans l'Occident moderne, XVI-XIX siècles*, París, Fayard, 1984.

¹⁰³ Luisa Muraro, *L'Ordre symbolique de la mère*, París, L'Harmattan, 2003 (trad. del italiano, 1991) [trad. esp.: *El orden simbólico de la madre*, Madrid, Horas y horas, 1995].

¹⁰⁴ Évelyne Pisier cuenta su experiencia en su novela *Une question d'âge*, París, Stock, 2005.

¹⁰⁵ Élisabeth Badinter, *L'Amour en plus. Histoire du sentiment maternel, XVII-XXsiècle*, París, Flammarion, 1980 [trad. esp.: *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*, Barcelona, Paidós, 1981].

El primer problema, sin duda, es el de la concepción: tener o no tener hijos. Concebir o no concebir. El mensaje del ángel Gabriel vale para todas las mujeres, que algún día conocen (o casi todas conocen) su anunciación deseada o temida. Lo que era una fatalidad se convirtió en una elección. Y hoy en día también -y quizás sobre todo- una elección de las mujeres, lo que constituye una revolución.

¿Cómo se operó la regulación de la natalidad? ¿Cómo evolucionó en el tiempo? La demografía histórica ha tratado de aportar respuestas a estas preguntas, gracias a las fuentes del Estado religioso (los registros parroquiales) que, antes que el registro civil, permiten la reconstrucción de familias, en Especial en Francia. La limitación voluntaria de nacimientos aparece en las sociedades occidentales cerca del Renacimiento. Francia lo hizo en forma precoz, desde fines del siglo XVII.

De varias maneras: por el casamiento tardío que reduce el período fértil de la pareja, por la abstinencia, que no impedía el recurso a otras formas de sexualidad, por el coito interrumpido, reprobado por la Iglesia (es el pecado de Onán), pero ampliamente practicado, por los hombres que "ponen atención" y se retiran y, hasta por las mujeres, que se sustraen.

Sin embargo, los nacimientos no deseados eran muy frecuentes, e incluso los más frecuentes. Una muy fuerte mortalidad infantil limitaba el número de hijos en las familias, que aun así eran numerosas. La muerte de un hijo se considera una predestinación, el bebé no es todavía una persona, lo que no quiere decir que una mujer no sufra por su muerte, y no lo "llore". Este mismo sufrimiento, expresado más vivamente, acompaña la toma de conciencia del baby/behé, que se precisa y se generaliza a partir de los siglos XVIII y XIX, hará del infanticidio algo cada vez más inaceptable. Igual que, en nuestros días, la toma de conciencia, la visión misma en una ecografía, del feto que antes no existía, vuelven más dolorosa todavía la decisión del aborto.¹⁰⁶

Infanticidios y abortos eran procedimientos muy utilizados, al punto que constituían métodos de regulación de los nacimientos. El infanticidio es una antigua práctica rural, más complicada en la ciudad, donde de todos modos se la lleva a cabo. En el siglo XIX continúa, pero es cada vez más reprobada y reprimida. Según los juicios bretones que estudió Annick Tillier,¹⁰⁷ se trata casi siempre de criadas rurales, jóvenes, solas, seducidas por el patrón o por un empleado. Acorraladas por el deshonor, esconden su embarazo o se deshacen subrepticamente del recién nacido, al que entierran o ahogan como a un gatito. Faldas amplias y delantales, así como la

¹⁰⁶ Luc Boltanski, *La Condition foetale. Une sociologie de l'engendrement et de l'avortement*, París, Gallimard, 2004.

¹⁰⁷ Annick Tillier, *Des criminelles au village. Femmes infanticides en Bretagne (XIX siècle)*, Rennes, Presses universitaires, 2002.

brevidad del parto, permiten disimular de manera sorprendente el acto infanticida. Las mujeres jóvenes desaparecen algunas horas y retoman el trabajo, como si nada hubiera pasado. Si se las denuncia, son llevadas a los tribunales en soledad extrema: los padres se escabullen y no se los persigue porque lo prohíbe el código napoleónico. El infanticidio es un asunto de la mujer; la joven puede a lo sumo contar con su madre. A principio de siglo, sobre todo bajo la Restauración, que es más rigurosa, las mujeres infanticidas son con frecuencia condenadas a muerte, aunque casi siempre su pena es conmutada. Pero se afirma una indulgencia cada vez mayor. Los jueces, que estiman demasiado severos los artículos 300 y 302 del Código Penal (que prevén la pena de muerte), prefieren absolver y para ello aceptan la tesis del niño muerto al nacer.

El *recurso al aborto* era mucho mejor tolerado, pues el feto no representaba nada. Parteras, curanderos, médicos furtivos prestaban ayuda, pero en secreto y en condiciones sanitarias a menudo deplorables, ligadas a la clandestinidad. El aborto era practicado no sólo por mujeres solas, sino también por madres de familia múltiparas que veían en ello el único medio de limitar una familia que estimaban suficientemente numerosa. Hacia 1900, se dan a conocer cifras muy elevadas. Esta relativa generalización es denunciada por los médicos demógrafos (el doctor Bertillon le atribuye *la despoblación de Francia* en 1912), y por los republicanos, como Zola en *Fecundidad* (1899). De allí la intervención creciente del Estado, alarmado por la baja de la natalidad en Francia. Después de la Gran Guerra, las leyes de 1920 y 1923 refuerzan una represión que apunta no sólo al aborto sino a la propaganda sobre la anticoncepción, que tiene grandes dificultades para hacerse oír.

Sin embargo, los neomalthusianos eran muy activos, en Gran Bretaña (Annie Besant) y en Francia. El movimiento Generación Consciente, con militantes como Paul Robin o Eugéne y Jeanne Humbert, repartía ingeniosas propagandas entre los obreros y mujeres, por medio de folletos, volantes y comunicados con eslóganes simples, del tipo: "Mujer, aprende a ser madre sólo a tu voluntad". El sindicalismo de acción directa se apropió ampliamente de estas tesis, que incluso convirtió en un artículo de los estatutos sindicales: un obrero consciente y organizado debe controlarse y tener pocos hijos.

Los militantes neomalthusianos fueron perseguidos, condenados y hechos prisioneros.

Entre las dos guerras, el *Birth Control* de Marie Stopes y Margaret Sanger abre clínicas y centros de prevención en los Estados Unidos y en Gran Bretaña. Los países protestantes están a favor del control de natalidad, que consideran una cuestión de responsabilidad. En Francia, Lucien Dalsace y Bertie Albrecht intentan hacer otro tanto, pero la resistencia es muy fuerte, incluso de parte de las feministas, muy divididas.

El *Birth Control* es el precursor de la planificación familiar, desarrollada en Francia después de la guerra, a mediados de los cincuenta, por Évelyne Sullerot y la doctora Lagroua-Weill-Hallé, creadoras de "Maternidad feliz" y opuestas, por otra parte, al aborto, tema que posteriormente las enfrentó al MLAC (*Mouvement pour la liberté de l'avortement et de la contraception*) [*Movimiento para la libertad del aborto y de la anticoncepción*]. Los problemas de la anticoncepción y del aborto son el centro de las luchas del MLF de los años setenta. A medida que la ciencia progresaba (en 1956 el médico estadounidense Pincus inventó la píldora), se operaba cierta flexibilidad, gracias a una parte del cuerpo médico, a la influencia de la francmasonería y a los progresos del liberalismo. La Ley Neuwirth, en 1967, legaliza los anticonceptivos. La Ley Veil (1975), votada por la izquierda contra una parte de los diputados de derecha, legaliza en Francia la interrupción voluntaria de embarazo. Simone Veil tuvo mucho coraje.

¿Por qué esos *obstáculos* a un control de natalidad que se hacía inevitable por la reducción de la mortalidad infantil y la preocupación creciente de los padres y, en especial de las madres, por la educación de sus hijos? Venían de la Iglesia y del Estado.

La Iglesia católica es resueltamente contraria a todo lo que no sea medios "naturales" de anticoncepción. Martine Sèvegrand¹⁰⁸ mostró las dificultades de las jóvenes parejas cristianas del período de entreguerras, enfrentadas a la intransigencia de Roma; la encíclica *Casticonnubii* no hace ninguna concesión al deseo de amarse cuerpo a cuerpo. El método Ogino, que descansa sobre la observación azarosa del ciclo fértil femenino, da origen a muchas "fallas".

Los Estados nación, ya se trate de Estados totalitarios o de democracias, tienen una política demográfica natalista, a favor de las familias numerosas y de las mujeres en el hogar. La legislación persigue el aborto como un crimen de Estado, se opone a la anticoncepción y desarrolla los primeros subsidios familiares.¹⁰⁹

Tolerantes con el aborto, los Estados y los partidos comunistas detestan la anticoncepción, en la tradición marxista básicamente antimalthusiana (tiempo atrás, Marx se había rebelado contra Malthus, su pesimismo y su apelación a la restricción de nacimientos para resolver la cuestión social). El desarrollo de las fuerzas productivas debía por sí solo permitir que todos los pobres se sentaran al "banquete de la vida". Nada podría frenar el crecimiento del proletariado, actor de las revoluciones por venir. A los comunistas no les gustan los neomalthusianos, pequeños burgueses individualistas. Las mujeres del pueblo debían tener todos los hijos que pudieran y no imitar "los vicios de las mujeres de la burguesía", según Jeannette Vermeersch. La compañera de Maurice Thorez,

¹⁰⁸ Martine Sèvegrand, *Les Enfants du Bon Dieu. Les catholiques français et la procréation (1919-1969)*, París, Albin Michel, 1995.

¹⁰⁹ Janine Mossuz-Lavau, *Les Lois de l'amour: les politiques de la sexualité en France de 1950 à nos jours*, París, Payot, 1991.

secretario general del PCF, se opuso vivamente a Jacques Derogy, quien en 1956 (*Des enfants malgré nous*) cuestionaba este punto de vista. Derogy deploraba la hipocresía que obligaba a tantas mujeres de las clases populares a recurrir al aborto en condiciones dramáticas y preconizaba la libre anticoncepción. Fue expulsado del Partido.

Las feministas dudaban en abordar las cuestiones sexuales. Sólo una minoría sostenía el neomalthusianismo: Nelly Roussel, Gabrielle Petit y la doctora Madeleine Pelletier, quien en 1912 publicó un libro que sostenía el derecho al aborto. Pero la mayoría estaba francamente en contra y era reservada sobre la anticoncepción y muy mojigata sobre la sexualidad, tema siempre tabú para el pudor femenino. Esto da cuenta de la novedad de las reivindicaciones del MLF.

"Un hijo si quiero, cuando quiero, como quiero": la conquista de la libertad de anticoncepción y más aún del derecho al aborto no tiene nada de evidente. Constituye el fundamento de un *habeas corpus* para las mujeres (Yvonne Knibiehler). Una revolución de consecuencias determinantes sobre las relaciones entre los sexos. Quizás el acontecimiento más grande en su historia contemporánea, capaz de "disolver la jerarquía" de lo masculino y lo femenino, que sin embargo parecía una estructura simbólica inmóvil y universal.

El *nacimiento* evolucionó mucho.¹¹⁰ Por lo pronto en la práctica del parto, durante mucho tiempo problemático, a menudo dramático. Era la principal causa de mortalidad de las mujeres y el primer factor de su baja esperanza de vida. La mortalidad infantil también era elevada. Hoy es un índice de subdesarrollo.

La cesárea, inventada en Italia en la época moderna, pone en evidencia el conflicto que se jugaba alrededor del dilema: ¿la madre o el hijo? La mayoría de las veces, los médicos elegían al hijo.

Los progresos del siglo XVIII fueron decisivos. Gracias a los médicos de la Ilustración y a las parteras (como Louise Bourgeois, que diseñó maniqués para enseñar los mejores métodos de alumbramiento), muchas vidas fueron salvadas. Esta medicalización creciente del parto revestía a veces aspectos ambiguos; encubría conflictos de saber y de poder que enfrentaban a médicos y parteras. Éstas se sintieron excluidas por el despliegue de saberes más formalizados que desembocaron en nuevas ramas de la medicina: la obstetricia y la ginecología, y luego la pediatría y la puericultura. Las mujeres tuvieron que hacerse un lugar, por medio del estudio y el diploma, pero algo queda de esas rivalidades en las dificultades que hasta hace poco tuvo la ginecología para hacerse reconocer como una verdadera disciplina médica.

El parto -en principio cosa de mujer, practicado en la casa, por una matrona o una partera, entre mujeres, separadas de los hombres, casi ajenos al acontecimiento y a la escena- se medicalizó, se masculinizó, se hospitalizó. Al principio, el parto en el hospital tuvo

¹¹⁰ Exposición del Musée de l'Homme, París, 2005-2006.

que ver con las mujeres pobres, o solas, demasiado desprovistas para llamar a un partero o a una comadrona. Después el hospital se volvió el lugar más jerarquizado de la medicalización y la seguridad, y la relación se invirtió totalmente. Las mujeres acomodadas tomaron el rumbo de la clínica y, desde el período de entreguerras, el de las maternidades. Después de la Segunda Guerra Mundial, la práctica se generalizó y el nacimiento a domicilio se volvió una excepción.

Otro punto sensible: el dolor, la maldición bíblica -"Darás a luz con dolor", le dice Dios a Eva cuando la echa del Paraíso-, fatal, considerada inevitable, incluso indispensable, en particular por algunos médicos católicos, empapados del espíritu del Génesis. Aún hoy, algunos practican el aborto sin anestesia como si fuera necesario castigar a las mujeres. De ahí la lucha casi ideológica alrededor del "parto sin dolor", cuyo epicentro entre 1950 y 1960 fue la clínica de Bleuets. Para vencer este dolor se instaba a las mujeres a hacerse responsables de sus partos, signo arcaico de aceptación pasiva del destino, hasta el punto de hacer nacer un sentimiento de culpabilidad en caso de dolor persistente. La idea de que el sufrimiento no es el ineluctable compañero del parto, sin embargo, es positiva. Más segura y más alegre, la escena del nacimiento, que volvió a integrar a los compañeros masculinos, cambió mucho.

Paralelamente, en Inglaterra y en Francia, en el siglo XVIII se efectuaba la toma de conciencia del *baby*. Jean-Jacques Rousseau le expide títulos de nobleza y de utilidad social. En particular, consagra la leche como elixir de larga vida del recién nacido. *La nueva Eloísa* celebra la lactancia materna y el honor de las madres que la practican. El pecho materno se descubre, se exhibe y se convierte en el símbolo mismo de la República. En *Memorias de dos jóvenes casadas* (Balzac), Renée de l'Estoril encarna a la joven madre escrupulosa y feliz de estar absorbida por los cuidados del recién nacido frente a su amiga, mundana y enamorada infeliz.

Sin embargo, en el siglo XIX, la mundana le disputa el lugar a la madre. Los maridos encuentran excesiva la atención al bebé, tanto más cuanto que el acto conyugal es desaconsejado para las madres que amamantan. Burguesas y comerciantes recurren entonces a nodrizas "a domicilio", seleccionadas por médicos, que las palpan en agencias de reclutamiento de candidatas llegadas del campo. Están bien alimentadas y son estrictamente vigiladas, en especial en el aspecto sexual.

Más a menudo se ubica a los hijos en el campo, en casas de nodrizas llamadas "para llevar". Morvan era la principal región de crianza. Miles de bebés parisinos han mamado la leche de esas nodrizas. Pero el transporte era peligroso y mortífero. Algunos años, la mitad de los bebés morían en la ruta. Cada vez más criticado por los médicos, el sistema fue reglamentado tan estrechamente por la Ley Roussel (1876) que terminó por desaparecer.

Ya no se lo necesitaba: con la pasteurización, el biberón dejaba de ser un artefacto mortal. El museo de Fécamp muestra su éxito, al mismo tiempo que el final de las nodrizas.

La Tercera República declara la guerra a la mortalidad infantil instituyendo una vigilancia más estrecha de la salud de los lactantes y de las madres a través de una red cada vez más densa de dispensarios y de asociaciones como La Gota de Leche. La medicalización de la maternidad y de la primera infancia es en adelante un compromiso nacional¹¹¹ que apoya hasta la obsesión el cuerpo de la madre.

El bebé se vuelve una persona acariciada y mimada por la madre y, en menor medida, por el padre. La pintura impresionista muestra pocos bebés, pero se aferra a las cunas (por ejemplo Berthe Morisot). Auxiliares de médicos, agentes de puericultura, las madres son incitadas a consignar por escrito el crecimiento de sus bebés, su peso, su talla, sus mamadas. Algunas llevan, de esta manera, verdaderos diarios, más psicológicos, como la madre de Hannah Arendt, cuyas libretas encontró Laure Adler.¹¹² No es la única. Paralelamente al control de la natalidad, y en sus recovecos, se desarrollan una individualización de la maternidad y del deseo de tener hijos.

También ocurre que, más allá de las vicisitudes de la historia, lo esencial sigue siendo el engendramiento.

Todo nacimiento es una natividad, decía con razón Hannah Arendt.

"Un hijo nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado."

¿Y por qué no una hija?

CUERPOS SOMETIDOS

Aunque deseado, a lo largo de la historia el cuerpo de las mujeres también es un cuerpo dominado, sometido, a menudo apropiado incluso en su sexualidad. Cuerpo comprado, también, a través de la prostitución, de la cual quisiera hablarles ahora.

La gama de las violencias ejercidas sobre las mujeres es a la vez variada y letánica. Lo que cambia es la mirada sobre ellas, el

¹¹¹ Catherine Rollet, *La politique à l'égard de la petite enfance sous la III République*, París, PUF-INED, núm. 127, 1990.

¹¹² Laure Adler, *Dans les pas de Hannah Arendt*, París, Gallimard, 2005 [trad. esp.: *Hannah Arendt*, Barcelona, Destino, 2006]; los cuadernos de Martha Arendt, *Unser Kind*, se encuentran en el fondo Arendt, en la Biblioteca del Congreso de Washington

umbral de tolerancia de la sociedad y el de las mujeres, la historia de su queja. ¿Cuándo y cómo las vemos nosotros? ¿Se consideran ellas víctimas?

El derecho de pernada medieval, por ejemplo, es una delicada frontera de percepción. El derecho que el señor habría tenido de disfrutar de la noche de bodas de sus siervos es controvertido, menos en sus rastros jurídicos que en su realidad. Alain Boureau pone en duda sobre este punto la tesis de Marie-Victoire Louis.¹¹³ Según él, se trata de un mito construido en el contexto de desvalorización de una oscura Edad Media.

En cambio, la violación colectiva es identificada por los medievalistas (Jacques Rossiaud, Georges Duby) como una práctica bastante usual de bandas de jóvenes, un ritual de virilidad. Las "tournantes", esas bandas callejeras de los barrios populares de hoy, aun si han sido exageradas por los medios, responden a un resorte análogo que sin embargo hoy en día es estigmatizado.

Lo que nosotros llamamos "acoso sexual" era todavía más frecuente, en especial en el trabajo. Era una amenaza para diversas categorías de jóvenes y de mujeres, entre ellas las criadas rurales, embarazadas con facilidad en el sopor de los graneros estivales, y las "mucamitas" de los últimos pisos urbanos que describe Zola en *Pot-Bouille*, expuestas a los ataques de sus patronos. A veces ocurría con la complicidad de las dueñas de casa, que después de todo preferían que sus hijos tuvieran sus primeras experiencias sexuales con estas jóvenes antes que en el burdel, donde corrían el riesgo de una sífilis.

Las obreras estaban expuestas a los avances de los capataces, más todavía que a los de los directores de las fábricas, que estaban más apartados. A fines del siglo xix, los diarios obreros del norte de Francia -*Le Forçat*, *Le Cri du forçat...*- abren "tribunas de los abusos" donde denuncian la lubricidad de los "perros serviles del capital". En 1905, en Haviland, el principal negocio de porcelana de Limoges, un hecho de este tipo da origen a una de las huelgas más duras de la época. Georges-Emmanuel Clancier lo relató en *Le Pain noir* (1975), que dio lugar a una telenovela. En todos esos casos las jóvenes eran el blanco preferido, lo cual reforzaba la oposición de los moralistas -y también de los obreros- al trabajo de las mujeres en las fábricas, lugar brutal, contrario a la feminidad.

Las mujeres golpeadas en el matrimonio eran legión. Para el jefe de la familia, golpear a la mujer y a los hijos era una manera casi normal de mandar en casa. Siempre que lo hiciera con moderación, el entorno lo toleraba, sobre todo si las esposas tenían reputación de "malas amas de casa". Por otra parte, algunas mujeres se defendían, como lo cuenta Marguerite Audoux. Una de las obreras de *El taller de María Clara* (1920) se jacta de los pugilatos con su marido, quien no

¹¹³ Marie-Victoire Louis, *Le Droit de cuissage, France, 1860-1930*, París, L'Atelier, 1994; Alain Boureau, *Le Droit de cuissage. La fabrication d'un mythe*, París, Albin Michel, 1995.

siempre lleva las de ganar. Los golpes eran cosa de todos los días para muchos matrimonios (y no sólo populares), y aumentaron por el incremento del alcoholismo en la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, la reprobación de estas prácticas es cada vez más fuerte. Para empezar, respecto de los hijos, que en caso de brutalidad pueden ser separados de la familia, puesto que la ley hace posible, en 1889, "la caducidad de la patria potestad". Más tarde, incluso hace muy poco, para las mujeres, gracias a las asociaciones y a los "hogares para mujeres golpeadas", abiertos desde hace unos treinta años.

En estas condiciones, la *sexualidad venal* sería casi un progreso si se limitara a la remuneración de un "servicio sexual". En nombre de esto -la mujer libre en un mercado libre-, algunas feministas defienden el derecho a la prostitución. Pero asociada la mayor parte de las veces a la miseria y la soledad, la trata está acompañada de una explotación, incluso de una sobreexplotación, del cuerpo y del sexo de las mujeres, lo que plantea la cuestión de la mercantilización del cuerpo.

La prostitución es un sistema antiguo y casi universal, organizado de diferentes modos con estatutos diferentes y jerarquías internas, y está considerado de maneras diversas. La reprobación que recibe es muy variada. Depende del valor dado a la virginidad y la importancia acordada a la sexualidad. Las civilizaciones antiguas u orientales no tienen la misma actitud que la civilización cristiana, para la cual la carne es el asiento de la infelicidad, y la fornicación, el pecado más grande. Figura compleja, María Magdalena encarna a la vez la seducción, el pecado y la dulzura del arrepentimiento. Introduce en el universo austero de la santidad una dulzura extraña. Paradójicamente, Zola es mucho más sombrío: flor extenuada y venenosa de la lujuria, Nana condensa la podredumbre de la burguesía parisina. Está dedicada a la decadencia y al desastre.

Nada que ver con las mujeres galantes del Japón medieval que describe Jacqueline Pigeot,¹¹⁴ a partir de una abundante documentación literaria y casi etnográfica. Esas mujeres tienen como ocupación divertir a los hombres con el canto, la danza y eventualmente el sexo. Pero no están encerradas ni estigmatizadas. Proviene de medios modestos y a menudo son las madres las que recluían a las hijas. Viven de manera relativamente libre y autónoma, en grupos autoadministrados y bastante jerarquizados. Algunas son verdaderas artistas que dejaron un nombre (la bailarina Shizuka Gozen; Gio, favorita de un ministro del Imperio) en el arte de vivir, incluso en la creación musical y la puesta en escena. "Menos tabú sobre el sexo, menos denigración de la prostitución", escribe Jacqueline Pigeot, que sin embargo observa cómo se degrada su

¹¹⁴ Jacqueline Pigeot, *Femmes galantes, femmes artistes dans le Japon ancien (XI-XIII siècle)*, París, Gallimard, 2003

condición en el siglo XIII, en especial bajo la influencia del budismo tántrico que predica la pureza.

En el Occidente cristiano la prostitución era más sospechosa. Su auge acompañaba el auge de las ciudades y fue considerable en el siglo XVIII. Londres y París eran las capitales de la prostitución, con cifras enormes, incluso fantásticas. Se hablaba de cincuenta mil prostitutas en París (Parent-Duchatelet bajó esa cifra a doce mil) en vísperas de la Revolución, de la cual ellas participan: en 1789, las prostitutas desfilaron por la capital pidiendo el reconocimiento de sus derechos y la libertad de circulación.

Se produjo lo contrario: el miedo a la sífilis, una "peste" sanitaria, condujo, al revés, a una completa reorganización en el marco del reglamentarismo preconizado por el doctor Parent-Duchatelet, explorador de los bajos fondos. Su libro, *De la prostitution dans la ville de Paris* (1836), es una notable investigación médica y social sobre el reclutamiento, las prácticas, la vida cotidiana y la salud de las prostitutas.

Parent-Duchatelet intenta encerrar a las prostitutas en "casas de lenocinio", muy fáciles de distinguir por el número grande de la fachada y por el farol rojo, tal como puede vérselos aun hoy en Stuttgart; burdeles autorizados, cerrados por la Ley Marthe Richard de 1946. Las casas de tolerancia están administradas por las "madamas", ellas mismas antiguas prostitutas, en complicidad con las autoridades policiales y garantes del orden. Existen dos categorías de jóvenes: "en regla", autorizadas y sometidas a control médico, y "clandestinas", a las que la policía persigue todo el tiempo (equivocándose a veces, lo que acarrea incidentes con las mujeres "honestas" víctimas de confusiones). Arrestadas, son sometidas a visitas domiciliarias y eventualmente encarceladas: en París, Saint-Lazare es la prisión-hospital de las mujeres, en la que Edmond de Goncourt se inspiró para *La ramera Elisa* (1877).

La prostitución, como mundo en expansión, diversifica su oferta. Las casas de citas, más refinadas, se distinguen de los lupanares sórdidos, donde las chicas hacen turnos de algunos minutos. La mayoría viene del campo y circula por estos lugares, según edad y antigüedad, en París y el interior. Hacen carrera hasta el retiro o hasta un siempre posible matrimonio. La reprobación popular de la prostitución al principio es moderada. En el último tercio del siglo XIX la "trata de blancas" ensanchó el mercado, desde las polacas y las judías de los guetos pobres de Europa Central hasta las chicas de los cálidos barrios de las ciudades sudamericanas.

Este modelo de reglamentación es exportado a toda Europa y también a las colonias, como lo muestra Christelle Taraud para los países del Magreb.¹¹⁵ La colonización no importa la prostitución, pero la modifica con la reglamentación y el encierro. Un ejemplo extremo

¹¹⁵ Christelle Taraud, *La Prostitution coloniale. Algérie, Tunisie, Maroc, 1830-1962*, París, Payot, 2003.

lo ofrece Bousbir, en los suburbios de Casablanca. Se trata de un barrio totalmente cerrado y controlado, con una doble jerarquía (europea e indígena) y una coexistencia de sistemas (antiguo y nuevo). Reinan la violencia y la explotación bajo el barniz de lo pintoresco y del exotismo cinematográfico. Los testimonios de prostitutas son raros y recientes. El de Germaine Aziz es abrumador. Nancy Huston publicó las memorias de Marie-Thérèse,¹¹⁶ prostituta, que habla de su sujeción y su sufrimiento.

Las feministas se movilizaron en contra de la prostitución, símbolo de la explotación de las mujeres. Josephine Butler y las angloamericanas preconizaron el abolicionismo radical. La energía protestante se cristalizaba en la higiene y la responsabilidad moral. En Francia la suiza Émilie de Morsier funda la asociación de las "Liberadas de Saint-Lazare", convertida en el más alto lugar de solidaridad anti-prostitucional. Los trabajos de protección a las jóvenes intentaban hacer prevención en los lugares de captación de clientes, principalmente las estaciones, donde las militantes con brazaletes abordaban a las jóvenes migrantes de las provincias.

Un siglo más tarde, en 1975, las feministas manifestaron su apoyo a los movimientos de prostitutas, especialmente en Lyon, alrededor de la iglesia de Saint-Nizier. Pero esta vez, como en 1789, las prostitutas toman las riendas de su destino. Piden el reconocimiento de su profesión y las consiguientes garantías de la seguridad social, lo que choca a las abolicionistas como la aceptación de lo inaceptable.

En la actualidad las feministas están todavía divididas entre las que ven en la prostitución la suprema alienación del cuerpo de las mujeres y se niegan a considerarla como un oficio, y las que defienden el derecho de las mujeres a disponer de su cuerpo y por lo tanto a venderlo. Este debate recurrente fue especialmente agitado en 2002. La visión de la mercantilización del sexo da a la obra de Michel Houellebecq algunos de sus acentos más potentes.

Por detrás de todo esto actúan las redes estructuradas y globalizadas que hurgan en todos los bolsillos de la pobreza: Europa del Este, África subsahariana, el "paraíso tailandés", etc., y utilizan los infinitos recursos de internet para aumentar la circulación en un mercado que se expande y ofrece ventajas considerables. Un mercado en el cual el cuerpo de la mujer es el objeto y el premio.

¹¹⁶ Nancy Huston, *Mosaïque de la pornographie: Marie-Thérèse et les autres*, París, Denoël, 1982; Germaine Aziz, *Les Chambres closes*, París, Stock, 1980

III. EL ALMA

DESPUÉS DEL cuerpo, el alma: la religión, la cultura, la educación, el acceso al conocimiento, la creación. Santas y brujas, lectoras y escritoras, artistas y actrices serán nuestras compañeras a lo largo de este capítulo.

Pero antes, ¿las mujeres tienen alma? Se atribuye esta pregunta al concilio de Mâcon, celebrado en 585. Da toda la impresión de tratarse de un mito, forjado a partir de los siglos XVI y XVII -sobre todo por Pierre Bayle- y luego retomado una y otra vez como prueba de la barbarie de la Iglesia durante esos siglos de hierro. Precisamente, la novedad del cristianismo consistía en la afirmación de la semejanza espiritual de hombres y mujeres, exactamente iguales y desnudos el día del Juicio Final.¹¹⁷

MUJERES Y RELIGIONES

Entre las religiones y las mujeres las relaciones han sido siempre y en todo lugar ambivalentes y paradójales, porque las religiones son al mismo tiempo poder sobre las mujeres y poder de las mujeres.

Poder sobre las mujeres: las grandes religiones monoteístas hicieron de la diferencia de los sexos y de su valor desigual uno de sus fundamentos. La jerarquía de lo masculino y lo femenino se les presenta como el orden de una Naturaleza creada por Dios. Esto es cierto para los grandes libros fundantes -la Biblia, el Corán- y más aún para las interpretaciones que se han dado de ellos, sujetas a controversias y revisiones. Es el caso del relato de la creación de Adán y Eva en el Génesis, que hoy es objeto de debate entre las teólogas feministas. Según la versión original,¹¹⁸ el hombre y la mujer habrían sido creados al mismo tiempo. Según una versión ulterior,¹¹⁹ habrían sido creados uno después del otro; la mujer sería segunda y derivada, "extraída de un hueso supernumerario", tal como lo recuerda Bossuet para incitarlas a la humildad. La Iglesia católica adoptó esta segunda versión.

¿La religión, poder sobre las mujeres? Ya entre los fundadores esto es un hecho, pero más aún entre los organizadores de esas religiones que establecen la dominación del clero y subordinan a las mujeres, a menudo excluidas del ejercicio del culto (iglesia o

¹¹⁷ Émeline Aubert, "La femme a-t-elle une âme? Histoire d'un mythe, du concile de Mâcon à nos jours", en *La Religion et les femmes*, actas de coloquio reunidas por Gérard Cholvy, Montpellier, 2002, pp. 18-34.

¹¹⁸ Génesis 1, 27

¹¹⁹ Génesis 2, 21-22.

sinagoga) y hasta de su espacio: es el caso de las mezquitas del islam, por ejemplo, aun cuando el profeta Mahoma estuviera rodeado de mujeres, según cuenta Assia Djebar (*Loin de Médina*).

Para empezar, el catolicismo es resueltamente clerical y masculino, a imagen de la sociedad de su tiempo. Los hombres son los únicos que pueden acceder al sacerdocio y al latín. Ellos retienen el poder, el saber y lo espiritual. Sin embargo, reservan a las mujeres pecadoras algunas escapatorias: la oración, el convento para vírgenes consagradas, la santidad. Y el prestigio creciente de la Virgen María, el antídoto de Eva, la reina de la cristiandad medieval.

Con todo eso, las mujeres construyeron la base de un contrapoder y una sociabilidad. La piedad y la devoción eran un deber para ellas, pero también proporcionaban compensación y placer. En las iglesias parroquiales, en la dulzura de los responsos y del canto coral, podían darse cita, sentir "los perfumes del altar, la frescura de las pilas bautismales, el brillo de los cirios" (Flaubert: *Madame Bovary*, a propósito de la educación de Emma en un internado religioso). Podían encontrar socorro y hasta oídos atentos por parte de los curas, sus confesores y confidentes. La Iglesia ofrecía a las mujeres amparo para sus miserias mientras les predicaba la sumisión.

Los conventos eran lugares de reclusión y de clausura, pero también refugios contra el poder de los hombres y de las familias. Lugares de apropiación del saber y hasta de creación. Las voces de las mujeres fueron en un principio voces místicas. Jacques Maitre mostró la aplastante superioridad de las mujeres en este rubro desde el siglo XVIII. Desde Margarita Porete hasta Teresa de Ávila o Teresa de Lisieux, la vida mística se conjuga en femenino. Plegaria, contemplación, estudio, ayuno, éxtasis y amor ferviente tejen la felicidad inefable y dolorosa, torturante y tierna de estas mujeres que exploran los límites de la conciencia. Y la Iglesia, que según Guy Bechtel no ama mucho más a sus místicas que a sus santas, a menudo desconfía de ellas como de criaturas irreflexivas, en las fronteras de la locura.

Las santas son mucho menos numerosas que los santos, dice Bechtel; sobre todo a partir de la Contrarreforma, porque las condiciones para las mujeres eran mucho más difíciles de cumplir: debían conjugar la virginidad y un rol público. Hubo mujeres excepcionales de gran brillo, como Catalina de Siena (1347-1380). Hija de unos tintoreros de Umbría que habían tenido veinticinco hijos, Catalina era virgen y mística, pero laica. Fue miembro de una orden tercera dominica y tuvo un papel público, incluso político. Trabajó a favor del retorno del Papa desde el Condado Venesino (Aviñón) hasta Italia. Quería reformar la Iglesia, promover la paz en la Península y fortalecer Europa, si fuera necesario mediante una cruzada. Su influencia fue considerable. Por esta razón, Juan Pablo II la consagró segunda patrona de Europa.

Otras mujeres se destacan como fundadoras de órdenes, misioneras, educadoras. Natalie Z. Davis, en *Mujeres de los márgenes*,¹²⁰ cuenta la historia de una judía, una protestante y una católica que actúan de acuerdo con sus religiones respectivas. La judía se ocupa sobre todo de su familia, la protestante de la ciencia y la católica de religión. María de la Encarnación (1599-1672), ursulina en Tours, funda una orden misionera en Canadá y evangeliza a los hurones. En el siglo XIX, el desarrollo de las congregaciones dedicadas a la enseñanza, el de los internados y el de los talleres de caridad, sumados al auge de las misiones, abren horizontes interesantes para las religiosas.

En el mundo, las mujeres cristianas actuaban desde los salones. En el barrio de Saint-Germain el salón de madame Swetchine, amiga de Tocqueville y de Montalembert, era el centro del liberalismo. Mediante la caridad y las obras, las damas "benefactoras" ejercían una verdadera función social que los protestantes llamaban "filantropía". También intervenían por medio de la escritura, en especial de novelas que poblaban las revistas educativas y cristianas, como *La Veillée des chaumières*. Mathilde Bourdon, novelista del norte de Francia, autora de un centenar de novelas rosas; Zénaïde Fleuriot, escritora de novelas juveniles; Berthe Bernage, con la serie novelesca de *Brigitte*, fueron particularmente productivas.

En una época en la que el sindicalismo se inspiraba en valores viriles y ostentaba cierto antifeminismo, algunas mujeres crearon asociaciones y sindicatos cristianos. Desarrollaron un sindicalismo no mixto, más susceptible de atraer a las mujeres de profesiones terciarias pero también industriales, sobre todo en la región lionesa. Durante el siglo XX este movimiento se reveló como un sindicalismo no confesional y productor de dirigentes mujeres, como Jeannette Laot y Nicole Notat. De este modo, una cultura católica pudo favorecer la expresión de las mujeres, con o a pesar de la Iglesia; en su seno o en sus márgenes.

En la familia las mujeres transmiten la fe, "religión de mi madre", según Jean Delumeau.¹²¹ En los pueblos, son ellas quienes mantienen las iglesias y propician el toque de campanas. A tal punto que en la sociedad -por lo menos en Francia- se convirtieron en una verdadera encrucijada de poder entre los republicanos y la Iglesia y, en parte, estuvieron en el origen de la lucha por la laicidad. Michelet denunciaba la intrusión del cura en la pareja a través de la confesión. Zola demostraba el ascendente de las supersticiones sobre las

¹²⁰ Natalie Z. Davis, *Juive, catholique, protestante. Trois femmes en marge au XVII siècle*, París, Seuil, col. "La Librairie du XX et du XIX siècle", 1997 (Inducción del inglés) [trad. esp.: *Mujeres de los márgenes: tres vidas del siglo XVII*, Madrid, Cátedra, 1999],

¹²¹ Jean Delumeau, *La Religión de mi madre. Le rôle des femmes dans la transmission de la foi*, París, Cerf, 1992.

mujeres mediante los peregrinajes -por ejemplo a Lourdes- y el antisemitismo: esa es la trama de *Verdad*.¹²² La batalla se concentró sobre la escuela y desembocó en la Ley de Separación de la Iglesia y el Estado en 1905. En la "bata-la de los inventarios" (confiscación de los bienes eclesiásticos por parte del Estado) las mujeres creyentes estuvieron en la primera fila, sobre todo en Bretaña.

En los países protestantes las relaciones entre los sexos eran diferentes, lo que lleva a preguntarse por la cuestión de la Reforma del siglo XVI: ¿existió la Reforma para las mujeres?

Sí, sobre todo para la instrucción. El libre acceso a la Biblia suponía que las niñas también supieran leer. La Europa protestante las alfabetizó por medio de una red de escuelas; en este aspecto, el contraste entre países septentrionales y mediterráneos se profundizó durante mucho tiempo.

No lo hizo en el orden doméstico. Lutero y Calvino tenían una concepción muy patriarcal de la familia y, de alguna manera, con el pastorazgo reforzaron los poderes del marido-padre sobre las mujeres. La mujer del pastor, modelo de las mujeres reformadas, es el arquetipo mismo de la esposa auxiliar de su marido en el ejercicio del ministerio. Sin embargo, las mujeres protestantes estaban más emancipadas que las católicas, más presentes en el espacio público. Cada vez eran más numerosas las que tomaban la palabra a favor de los "despertares" (*Revivals*), especialmente en Gran Bretaña y en Nueva Inglaterra. En los países protestantes desarrollaron, alrededor de colegios o de universidades femeninas, una sociabilidad original, fundamento de una expresión literaria vigorosa y de un feminismo precoz.

En Francia las protestantes estaban, por supuesto, a favor de la laicidad, y fueron muy activas en el feminismo de 1848 (Eugénie Niboyet) y bajo la Tercera República. Mujeres como Isabelle Bogelot, Sarah Monod, Julia Siegfried o Ghénia Avril de Sainte-Croix organizaron asociaciones (el Consejo Nacional de Mujeres Francesas, fundado en 1901, en la esfera de influencia del movimiento americano), luchan por el derecho de voto y apoyan la modernidad. Judías y protestantes pueblan los primeros liceos de señoritas, ignorados por las familias católicas. Van a la universidad, se presentan a concursos y apoyan masivamente asociaciones como la *Association française des femmes diplômées des universités* (AFDU). Reivindican la igualdad profesional y hasta la anticoncepción. Apoyan las iniciativas del *Birth Control* y luego, en la posguerra, del *Planning Familial* (Évelyne Sulterot). Cuando Simone de Beauvoir publica en 1949 *El segundo sexo*, las lecturas más atentas surgen del movimiento Jóvenes Mujeres.

¹²² Esta novela, la última de *Les quatre Évangiles* [Los cuatro Evangelios] y la última de Zola, muestra el desgarramiento de una pareja: Marc Froment, el tutor laico, y su mujer Geneviève, ganada por la devoción y el antisemitismo, en los tiempos del caso Dreyfus.

En Europa, las mujeres judías, obligadas por los pogromos al exilio, tuvieron un rol preponderante en el acceso a la medicina y a las carreras universitarias, en los contactos culturales y en el compromiso político. Su fe religiosa actuaba en esas ocasiones como soporte intelectual y cultural.¹²³

En el caso de las minorías religiosas, no hay duda de que se trata menos de dogma que de identidad y de comunidad. Se podría decir lo mismo del islam hoy, aunque parezca aún más patriarcal. Lo que se juega bajo el velo depende también de las mujeres mismas y de esa mezcla sutil de consentimiento y subversión que tan a menudo caracteriza al vínculo que establecen con las religiones que las oprimen.

HEREJES Y BRUJAS

"Mujeres, ustedes son todas herejes", decía George Sand a las "fieles lectoras" de *Consuelo* y de *La condesa de Rudolstadt*, una gran novela sobre las sectas y las sociedades secretas en la Alemania moderna. Es una humorada, sin duda, pero que traduce algo de verdad. Las mujeres, que en general consienten en desempeñar su rol, han sucumbido en ocasiones a la tentación de rebelarse a un poder religioso que las domina y las niega. El poder de los curas y los príncipes es un poder de hombres misóginos porque están convencidos de la impureza y de la inferioridad de la mujer, y hasta de su maldad. De ahí la atracción de estas mujeres por eso que Michel Foucault llama las "contraconductas", que es de lo que yo quisiera hablarles ahora.

Hubo muchas mujeres en las sectas que expresaron la inquietud religiosa del final de la Edad Media (del siglo XII, a decir verdad). La mayoría de las sectas cuestionaban el poder de los curas -los husitas preconizaban la comunión bajo las dos especies y el cáliz para todos- y la jerarquía de los sexos. Además, preconizaban una mayor igualdad cultural y sexual: así ocurría entre los lolardos, los begardos y los husitas de Bohemia.

Uno de los movimientos más interesantes es el de las beguinas. Se trataba de comunidades de mujeres que vivían en el mismo recinto, en parte de la limosna, pero sobre todo del salario ganado con la práctica de la enfermería o el trabajo textil. Fueron especialmente numerosas en Alemania y en Flandes, donde había una superabundancia de mujeres solas, lo que instalaba la "cuestión de las mujeres": *Frauenfrage*. Todavía hoy se pueden admirar los beguinajes de Brujas o de Amsterdam, tan llenos de encanto. Fuera

¹²³ Nancy Green, "La femme juive", en *Histoire des femmes en Occident*, t. IV, París, Plon, 1992, pp. 215-229 [trad, esp.: *Historia de las mujeres en Occidente*, Madrid, Taurus, 2000]; Nelly Las, *Femmes juives dans le siècle. Histoire du conseil international des femmes juives de 1899 à nos jours*, París, L'Harmattan, 1996

de las órdenes religiosas, a estas mujeres no se las controlaba y se las consideraba peligrosas. La Inquisición se ensañó con ellas: un ejemplo es Margarita Porete, mística culta y autora del *El espejo de las almas simples*, un tratado sobre el espíritu libre donde osaba expresar ideas teológicas y decir que el amor de Dios no pasaba necesariamente por los curas. Compareció ante el tribunal de la Inquisición de París y fue quemada en 1310. Durante toda la baja Edad Media las mujeres no cesaron de tomar la palabra, incluso en situaciones políticas explosivas.¹²⁴

Son los primeros fuegos de un incendio que calcinaría toda la Europa de las brujas, sobre todo después de la publicación del *Malleus maleficarum* ("El martillo de las brujas") de los dominicos Kraemer y Sprenger en 1486, que tuvo un éxito enorme: más de veinte ediciones en treinta años. Esta investigación -que había sido encomendada por la Inquisición- pretendía describir a las brujas y sus prácticas, y a la vez decir qué convenía pensar de ellas. Convenía pensar mal, sin duda, y ello justificaba su condena al fuego purificador. Muchas mujeres fueron detenidas y quemadas masivamente, en especial en Alemania, Suiza y el este de la Francia actual (Lorena, Franco Condado), pero también en Italia y España. Se estima en cien mil el número de víctimas, el 90% mujeres. La ola de represión iniciada a fines del siglo XV (de la que en cierto aspecto Juana de Arco fue víctima) tuvo su punto álgido en los siglos XVI y XVII. Es inquietante pensar que coincide con el Renacimiento, el humanismo, la Reforma. Los protestantes estaban de acuerdo con los católicos sobre la nocividad de las brujas, lo cual explica el lugar de Alemania en la geografía de las hogueras, y el de la pintura alemana -Lucas Cranach, Hans Baldung Grien- en la representación de las brujas. Con excepción de Cornelius Agrippa, perseguido por complicidad con las hijas del diablo, los humanistas también estaban de acuerdo: Marsilio Ficino, Pico della Mirándola y Bodino (tan moderno en otro sentido) forman el coro. Bodino publica *De la demonomanía*, clásico del género. Esther Cohen, en *Con el diablo en el cuerpo*,¹²⁵ señala ese curioso dúo: el filósofo y la bruja forman pareja. En nombre de la ciencia, la racionalidad occidental erradica las figuras de la alteridad: el judío, el extranjero, la bruja. Esta historia confirma la reflexión ulterior de Adorno y de Walter Benjamín, para quienes existe un vínculo entre el proceso de civilización y la barbarie, el progreso y la violencia. Las brujas aparecen como chivos expiatorios de la modernidad.

¿Qué se les reprocha puntualmente? Muchas cosas mezcladas.

¹²⁴ Claudia Opitz, "Un mouvement de femmes au Moyen Âge?", en *Histoire des femmes en Occident*, op. cit., t. 2, pp. 328-335 [trad. esp.: *Historia de las mujeres en Occidente*, op. cit.].

¹²⁵ Esther Cohen, *Le corps du diable. Philosophes et sorcières à la Renaissance*, París, Leo Scheer, 2004 [traducción del español: *Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el Renacimiento*, México, UNAM-Taurus, 2003].

Para empezar, ofenden a la razón y a la medicina moderna con sus prácticas mágicas. Pretenden curar los cuerpos no sólo con remedios simples, sino con elixires que ellas mismas componen y con fórmulas esotéricas.

En segundo lugar, manifiestan una sexualidad desembozada: tienen la "vagina insaciable", según *El martillo de las brujas*, y practican una sexualidad subversiva. Subversión de las edades: muchas brujas viejas hacen el amor a una edad en la que ya no se hace, después de la menopausia. Y de los gestos: atrapan a los hombres por detrás o los montan, invirtiendo la posición que la Iglesia considera la única posible (la mujer sobre su espalda, el hombre sobre ella). Se ubican del lado de Lilit, la primera mujer de Adán, que lo dejó porque él se negaba a ser montado por ella. En la condena de las brujas, la dimensión erótica es esencial. Las brujas encarnan el desorden de los sentidos, la "parte maldita" (Georges Bataille) de una sociedad que ordena los cuerpos.

Por último, tienen contacto con el diablo. Ese diablo cuya existencia estableció el concilio de Letrán, que además desarrolló su doctrina. La bruja es hija y hermana del diablo. Ella es el diablo, y su mirada mata: tiene "el mal de ojo". Pretende el saber. Se burla de todos los poderes: el de los curas, el de los soberanos, el de los hombres, el de la razón.

Una sola solución: extirpar el mal, destruirlas, quemarlas.

Así se gestó ese gigantesco incendio en la aurora de la modernidad.

Más tarde las brujas fueron rehabilitadas. Michelet les consagró un libro deslumbrante, *La bruja* (1862), verdadero himno a la mujer, bienhechora y víctima. La bruja de Michelet no es fea ni vieja, ni siquiera malhechora. Es simplemente una de las encarnaciones de la Mujer, esa "madre tierna, guardiana y nodriza fiel", personaje central de su obra, víctima y no criminal. Pero Michelet no abandona la lógica que denuncia: existe un vínculo privilegiado entre la mujer y las fuerzas ocultas,¹²⁶ que también se manifiesta, aunque de manera distinta, en el sonambulismo y la videncia, prácticas profundamente femeninas.¹²⁷

Desde hace unos treinta años se escribe mucho sobre las brujas, con las que las feministas se identifican a veces con humor: así por ejemplo Xavière Gauthier funda la revista *Sorcières (Brujas)*, una mirada muy libre sobre la historia y la actualidad. Robert Mandrou investigó las relaciones entre magistrados y brujos.¹²⁸ Carlo

¹²⁶ Jean-Michel Sallmann, "Sorcière", en *Histoire des femmes en Occident, op. cit.*, t. 3, pp. 455-462 [trad. esp.: *Historia de las mujeres en Occidente, op. cit.*].

¹²⁷ Nicole Edelman, *Voyantes, guérisseuses et visionnaires en France*, París, Albin Michel, 1995; *Histoire de la voyance et du paranormal. Du XVIII siècle à nos jours*, París, Seuil, 2006.

¹²⁸ Robert Mandrou, *Magistrats et sorciers en France au XVII siècle. Une analyse de psychologie historique*, París, Seuil, col. "L'univers historique", 1989.

Guinzburg¹²⁹ estudió los *benandanti*, esos hombres que en el Friuli del siglo XIV partían a combatir a los brujos para preservar sus cosechas, y se hundió en la noche del aquelarre de las brujas. Jeanne Favret-Saada escrutó como etnóloga las prácticas de brujería del oeste de Francia, en *Les Mots, la Mort, les Sorts*, que se convirtió en un clásico. Jean-Michel Sallmann publicó en 1989 *Las brujas, amantes de Satán*, y proporcionó al tercer tomo de la *Historia de las mujeres en Occidente* una síntesis esclarecedora. Además, se acaba de traducir *Con el diablo en el cuerpo*, de Esther Cohen, etc. Como si los historiadores sintieran que hay allí un capítulo esencial de la historia cultural y sexual de Occidente.

Después de todo, "mi mujer es una bruja".

EL ACCESO AL SABER

La prohibición de saber

Desde la noche de los tiempos pesa sobre las mujeres una prohibición de saber cuyos fundamentos ha señalado Michèle Le Doeuff.¹³⁰ El saber es contrario a la feminidad. El saber, que es sagrado, es exclusividad de Dios y del hombre, su delegado en la Tierra. Por eso Eva cometió el peor de los pecados. Ella, mujer, quiso saber; sucumbió a la tentación del diablo y fue castigada. Las religiones del Libro (judaísmo, cristianismo, islam) confían la Escritura y su interpretación a los hombres. La Biblia, la Torá, los versículos islámicos del Corán son asunto de ellos. Los hombres se inician en las Escrituras en escuelas y seminarios especiales, altos lugares de transmisión, gestualidad y sociabilidad masculinas. La Iglesia católica reserva la teología a los curas que tienen el monopolio del latín, lengua del saber y de la comunicación, y también lengua del secreto: las cosas cultas y las sexuales se dicen en latín para escapar de los débiles y de los ignorantes.¹³¹ Recuérdese a la madre de Francois Villon: "Mujer soy, nada sé ni he leído". Ella se instruye mirando los vitrales y los frescos del monasterio del que es parroquiana. A falta de letras, los humildes y las mujeres de la cristiandad tenían la imagen, de la que el islam los priva.

¹²⁹ Carlo Ginzburg, *Les Batailles nocturnes*, Lagrasse, Verdier, 1980; *Le Sabbat des sorcières*, París, Gallimard, 1992 [trad. esp.: *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre*, Barcelona, Muchnik, 1991] (traducciones del italiano).

¹³⁰ Michèle Le Doeuff, *Le Sexe du savoir*, París, Aubier, 1998

¹³¹ Françoise Wacquet, *Le Latin ou l'Empire d'un signe, XVI-XX siècle*, París, Albin Michel, col. "L'évolution de l'humanité", 1998.

Desde este punto de vista, la Reforma es una ruptura. Al transformar la lectura de la Biblia en acto y obligación de cada individuo, hombre o mujer, el protestantismo contribuye a desarrollar la instrucción de las niñas. La Europa protestante del Norte y del Este se cubre de escuelas para ambos sexos. En Francia se hace evidente la asimetría sexual de la alfabetización a un lado y otro de la línea Burdeos/Ginebra. La instrucción protestante de las niñas tendría consecuencias de largo aliento sobre la condición de las mujeres, sobre su acceso al trabajo y a la profesión, sobre las relaciones entre los sexos y hasta sobre las formas del feminismo contemporáneo. El feminismo anglosajón es un feminismo del saber, muy diferente del feminismo de la maternidad de la Europa del Sur. El contraste se observa en los cuidados sanitarios: Florence Nightingale preconizaba un oficio calificado, paramédico y con salarios decentes para las niñas de clase media que ella formaba en la época de la guerra de Crimea. El *nursing* se diferencia del empleo de las muchachas de sala, reclutadas por la República laica del doctor Bourneville entre las bretonas domésticas, ayudantes-cuidadoras más que enfermeras autónomas.

Por supuesto, las cosas cambian con el tiempo. Por una parte, porque las mujeres actúan: en el siglo XVII la marquesa de Rambouillet hizo de su famoso "salón azul" un lugar de refinamiento de las costumbres y del lenguaje, punto de apoyo de las Preciosas que reivindicaban la escritura y el hablar florido del que se burla *El burgués gentilhomme* de Molière.¹³² Por otra parte, porque la Iglesia de la Contrarreforma, consciente de la influencia de las mujeres, invierte en su educación, multiplica las escuelas y los talleres de caridad. ¡Pero con cuántas reservas! Fénelon, en su tratado *La educación de las niñas* (1687), escrito para madame de Maintenon, deplora la ignorancia de las muchachas y preconiza su formación, pero las invita a desconfiar del saber, por el cual deberían sentir un "pudor casi tan delicado como el que inspira el horror del vicio".¹³³

Los filósofos de la Ilustración no piensan de manera muy diferente. A las niñas hay que dispensarles "luces tamizadas", filtradas por la noción de sus deberes. Rousseau lo dice así: "Toda la educación de las mujeres debe ser relativa a los hombres. Gustarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos; cuando jóvenes, educarlos; cuando grandes, cuidarlos; aconsejarlos, consolarlos, hacerles la vida agradable y dulce: he aquí los deberes de las mujeres en todas las épocas, y lo que se les debe enseñar desde su infancia"; así escribe a propósito de Sofía, la compañera que destina para Emilio y a la cual consagra el quinto libro de la obra. Los revolucionarios lo

¹³² Claude Dulong, "De la conversation à la création", en *Histoire des femmes en Occident*, op. cit., t. 3, pp. 403-427 [trad. esp.: *Historia de las mujeres en Occidente*, op. cit.].

¹³³ Francois Collin, Évelyne Pisier y Éleni Varikas, *Les femmes de Platon à Derrida*, op. cit., p. 267.

siguen en este punto como en tantos otros y, excepto Condorcet y el diputado Le Peletier de Saint-Fargeau, no prevén ninguna disposición para las niñas, que deberán aprender de sus madres, en el seno de la familia.

En 1801, Sylvain Maréchal, un hombre de "extrema izquierda", publica un *Proyecto de ley para la prohibición de enseñar a leer a las mujeres*, que puede ser broma, pero cuyos 113 considerandos y 80 artículos recogen, como en una compilación de dislates, todas las objeciones a la instrucción de las niñas. Allí puede leerse:

Considerando que la intención de la buena y sabia naturaleza ha sido que las mujeres, ocupadas exclusivamente de las necesidades domésticas, se sintiesen honradas por tener en sus manos no un libro ni una pluma sino más bien una rueca o un huso. [...] Que las mujeres que se ufanan de saber leer y de escribir bien no son las que mejor saben amar. [...] Que hay escándalo y discordia en un hogar cuando una mujer sabe tanto o más que su marido.

Siguen los artículos de la ley:

La Razón quiere que las mujeres no metan jamás las narices en un libro, jamás la mano en la pluma. [...] Al hombre, la espada y la pluma; a la mujer, la aguja y el huso. Al hombre, la maza de Hércules; a la mujer, la rueca de Ónfale. Al hombre, los productos del genio; a las mujeres, los sentimientos del corazón. [...] La Razón quiere que, en adelante, solamente a las cortesanas les sea permitido ser mujeres de letras, espíritus refinados y virtuosas. [...] Una mujer poeta es una pequeña monstruosidad moral y literaria, así como una mujer soberana es una monstruosidad política,

y hasta aquí llego. A lo largo de todo el siglo se reitera la afirmación de que la instrucción es a la vez contraria al rol de las mujeres y a su naturaleza: feminidad y saber se excluyen. La lectura abre las puertas peligrosas de la imaginación. Una mujer instruida no es una mujer. El conservador Joseph de Maistre y el anarquista Proudhon están de acuerdo sobre este punto. "El gran defecto de una mujer -escribe el primero- es ser un hombre. Y querer saber es querer ser un hombre". El republicano Zola no está lejos de pensar lo mismo. Sin embargo, deberían prestar atención: monseñor Dupanloup, guardián de una Iglesia que apuesta a las niñas, publica en 1868 *Mujeres sabias y mujeres estudiosas*. Rechaza el punto de vista de Joseph de Maistre, aun cuando se opone firmemente a la enseñanza secundaria para las niñas:

¡Usted quiere que esta joven, su hija, llegada a los 18 años, con toda la gracia que tiene y que ignora, vaya a dar un examen público, reciba un diploma y premios en los comicios agrícolas, y se incline delante del señor subprefecto para que él deposite sobre su frente una corona de papel pintado!

En realidad, el obispo de Orleans teme, sobre todo, la seducción del librepensamiento...

Hay que educar a las niñas, entonces, más que instruir las.¹³⁴ O instruir las justo lo necesario para volverlas agradables y útiles: un saber social, en pocas palabras. Formarlas para sus roles futuros de mujeres, de amas de casa o de dueñas de casa, de esposas o de madres. Inculcarles buenos hábitos de economía y de higiene, los valores morales de pudor, obediencia, gentileza, renunciamiento y sacrificio que trenzan la corona de las virtudes femeninas. Este contenido, así como los métodos utilizados para enseñarlo, se aplica a todas las mujeres pero varía según las épocas y los medios sociales.

En las familias aristocráticas o acomodadas, preceptores y gobernantas dispensan sus lecciones a domicilio y todo depende de su calidad, a menudo muy alta. Las niñas aprenden equitación y lenguas extranjeras, francés y sobre todo inglés. Las condiciones políticas del siglo XIX diseminan exiliados por toda Europa: para 1850 hay quince mil alemanes en Londres, por ejemplo. Malwida von Meysenbug, llegada de Hamburgo, se ocupa de las hijas del revolucionario ruso Alexandre Herzen, viudo y rico, y muy preocupado por su educación. En las familias burguesas las niñas toman cursos, y entre los 15 y los 18 años perfeccionan su educación en internados. Allí aprenden las artes recreativas: dibujo y piano, "hachís de las mujeres" que les permitirá animar las veladas familiares y mundanas. En el siglo XIX se multiplican los internados religiosos y con ellos la prosperidad de las congregaciones femeninas; al mismo tiempo, una miríada de pequeños internados laicos representan una entrada de dinero para mujeres instruidas pero empobrecidas. Las muchachas de pueblo ayudan a sus madres y frecuentan talleres de "hermanas" donde aprenden a leer, contar, rezar y coser, pues la costura sigue siendo la obsesión de ese gran siglo de la ropa.

Familia y religión son los pilares de esta educación casi exclusivamente privada. El Estado, en Francia, instruye a los varones, sus cuadros y trabajadores. No a las niñas, que deja a sus madres y a la Iglesia. Cuando en 1833 Guizot, ministro de Instrucción Pública, hace votar una ley que obliga a toda comuna de más de cinco mil habitantes a abrir una escuela primaria, se trata únicamente de escuelas para varones. Él era protestante, y su primera esposa militaba a favor de la instrucción de las niñas. Su primera hija, Henriette, era muy culta, había tomado cursos particulares de griego y de latín. Más tarde fue la interlocutora favorita y la principal colaboradora de su padre.¹³⁵

¹³⁴ Guyonne Leduc (dir.), *L'Éducation des femmes en Europe et en Amérique du Nord. De la Renaissance à 1848*, París, L'Harmattan, 1997; Michèle Hecquet (dir.), *L'Éducation des filles au temps de George Sand*, Arras, Presses universitaires d'Artois, 1998.

¹³⁵ Francois Guizot, *Lettres à sa fille Henriette, 1836-1874*, París, Perrin, 2002. Por desgracia, se ofrecen pocas cartas de Henriette en esta publicación: es el

Los cambios contemporáneos

Sin embargo, las cosas cambiaron por toda Europa, casi al mismo tiempo.

La escolarización de las niñas se operó en la primaria en la década de 1880, y en la secundaria alrededor de 1900; su entrada a la universidad se efectuó entre las dos guerras, y masivamente después de 1950. En la actualidad, hay allí más mujeres que varones.

Efecto de la modernidad, sin duda: los hombres quieren tener "compañeras inteligentes". Los Estados desean madres instruidas para la primera educación de los hijos. El mercado del trabajo necesita mujeres calificadas, especialmente en el sector terciario de los servicios: empleadas de correo, dactilógrafas, secretarías.

En Francia, tuvieron papeles políticos: la Tercera República triunfante quería sustraer a las niñas de la Iglesia de monseñor Dupanloup. De allí, las Leyes Ferry (1881), que crearon la escuela primaria gratuita, obligatoria y laica, para los dos sexos, con los mismos programas, pero en lugares separados por razones de reputación moral. Problemática durante largo tiempo, la enseñanza mixta se implementaría sin la menor dificultad y sin particular reflexión entre 1960 y 1970: signo y factor de una igualdad de sexos todavía en ciernes.

¿Y las mujeres? ¿Qué papel jugaron?

Muchas de ellas han deseado el saber como a un amante. De alguna manera, la figura de Eva es emblemática: ella muerde la manzana por ávida curiosidad. La Iglesia medieval la sustituyó por la imagen serena y meditativa de la Virgen con el libro. Se observa un inmenso esfuerzo de autodidactismo femenino, realizado por todo tipo de canales: en los conventos, los castillos, las bibliotecas. Saber arrancado, a veces hurtado, en los manuscritos vueltos a copiar, en los márgenes de los diarios, en las novelas pedidas en préstamo a las salas de lectura y leídas ávidamente a la luz de la lámpara y en la calma del dormitorio. Esa "escuela del dormitorio" de la que habla Gabrielle Suchon, ese "cuarto propio" que Virginia Woolf considera una de las condiciones de su escritura. Y esto en todas las clases sociales. Marguerite Audoux, pastora en Soloña a principios del siglo XX, cuenta cómo descubrió, en el granero de la granja donde trabajaba, un *Telémaco* (Fénelon) que se convirtió en su compañero (*Marie Claire*).

Las mujeres de la élite reivindicaron muy temprano el derecho a la instrucción. Desde Cristina de Pizán hasta Mary Wollstonecraft, Germaine de Staël o George Sand, se oyen sus voces que se

prócer quien monopoliza la atención; a ella hay que adivinarla en los huecos.

amplifican en los siglos XVIII y XIX. Tuvieron que sortear los obstáculos uno por uno. En 1861 Julie Daubié fue la primera en conquistar el bachillerato con ardua lucha. Para vencer las reticencias del rector de Lyon fueron necesarios el apoyo del sansimoniano Arlès-Dufour y la influencia de la emperatriz Eugenia sobre el ministro Víctor Duruy, él mismo bastante convencido. Cada etapa superada hacia un nuevo nivel de saber, cada acceso a una nueva clase de estudio fue ocasión de batallas libradas por las pioneras, como Jeanne de Chauvin, primera abogada en 1900. A menudo se necesitó que el poder y la ley intervinieran para modificar el derecho.

Las mujeres desconfiaban de la enseñanza que se les concedía, temían su desvalorización. Es por ello que las feministas de la *belle époque* reivindicaban la "coeducación" de los sexos y el carácter mixto de los programas y de los espacios, que garantizarían cierta igualdad. Ese carácter mixto es una condición necesaria, pero no suficiente. El éxito escolar de las niñas, ¿sería acaso "falso"? Hoy, en Francia, la educación mixta y la igualdad escolar están casi logradas, pero queda todavía un largo camino para llegar a la igualdad profesional y social. Otra historia que abordaremos más adelante.

MUJERES Y CREACIÓN: ESCRIBIR

Así pues, las mujeres tienen alma. Pero ¿tienen espíritu? Sí, dice Poulain de la Barre,¹³⁶ uno de los primeros en afirmar, en pleno siglo XVII, la igualdad de los sexos, siguiendo los pasos de su maestro Descartes, para quien "el espíritu no tiene sexo". Sí, afirman de un lado y otro del Canal de la Mancha Mary Astell y Marie de Gournay, comprometidas también en "la querrela de las mujeres", sustrato de un pre-feminismo innovador.¹³⁷

Pero ¿las mujeres son capaces de crear? No, suele decirse general y continuamente. Los griegos hacen del *pneuma*, el soplo creador, una propiedad exclusiva del hombre. "Las mujeres jamás hicieron obras de arte", dice Joseph de Maistre. Augusto Comte las ve solamente capaces de reproducir. Como Freud, que les atribuye sin embargo la invención del tejido: "Se estima que las mujeres aportaron pocas contribuciones a los descubrimientos e invenciones de la historia de la cultura, pero quizás, después de todo, inventaron una técnica: la del trenzado y el tejido".¹³⁸ ¿Por qué? Algunos atribuyen esta deficiencia a un fundamento anatómico. Los fisiólogos de fines del siglo XIX, que escrutan las localizaciones cerebrales,

¹³⁶ Poulain de la Barre, *De l'égalité des deux sexes*, 1671

¹³⁷ Según una expresión de Guyonne Leduc.

¹³⁸ Françoise Collin, Évelyne Pisier y Eleni Varikas, *Les Femmes de Platon à Derrida*, op. cit., p. 602.

afirman que las mujeres tienen un cerebro más pequeño, más liviano, menos denso.¹³⁹ Y algunos neurobiólogos de hoy buscan todavía en la organización del cerebro el fundamento material de la diferencia sexual. Catherine Vidal y Dorothee Benoist-Browaeyns exponen y discuten estas hipótesis en un libro reciente: *Cerveau, sexe et pouvoir*.¹⁴⁰ Se les niegan a las mujeres las capacidades de abstracción (las matemáticas les serían particularmente inaccesibles), de invención, de síntesis. En cambio, se les otorgan otras cualidades: intuición, sensibilidad, paciencia. Son inspiradoras, incluso mediadoras del más allá. Médiums, musas,preciadas colaboradoras, copistas, secretarias, traductoras, intérpretes. No más.

Escribir, pensar, pintar, esculpir, componer música... nada de esto es para esas imitadoras. Hasta la costura o la cocina, prácticas acostumbradas de las mujeres, tienen necesidad de volverse masculinas para ser "alta" (la alta costura) o "grande" (la gran cocina). Hace unos años, las mujeres de las cocinas de Auvernia se rebelaron contra las costumbres patriarcales de la gastronomía y crearon una asociación de "cocineras de Auvernia". Felizmente, aun en ese terreno, hoy existen creadoras reconocidas como Hélène Darroze (París). En la alta costura, Madeleine Vionnet, Coco Chanel, Jeanne Lanvin y, más cercanas a nosotros, Sonia Rykiel o Agnès b., por no hablar más que de Francia, supieron imponerse y a la vez introducir otra concepción de la moda y del cuerpo femenino. Participan directamente de la historia de las apariencias, donde se juegan también las relaciones entre los sexos.

Escribir no fue fácil para las mujeres.¹⁴¹ Su escritura estaba limitada al espacio privado, al correo familiar o a la contabilidad de la pequeña empresa. Entre los artesanos, la "madre" posadera era, a menudo, una mujer instruida que llevaba las cuentas de los obreros y desempeñaba el rol de escribano público.

Pero publicar era otra cosa. Christine Planté mostró los sarcasmos de los que fueron víctimas las "autoras" en el siglo XIX.¹⁴² En esos años son cada vez más las mujeres que tratan de ganarse la vida con su pluma. Escriben en diarios, en revistas femeninas; publican obras de educación, tratados del buen vivir, biografías de "mujeres ilustres" -género histórico muy en boga-, novelas. La novela es el introito de las mujeres en la literatura.

¹³⁹ Steven J. Gould, *La Mal-Mesure de l'homme*, París, Odile Jacob, 1997 [trad. esp.: *La falsa medida del hombre*, Crítica, Barcelona, 1997].

¹⁴⁰ Catherine Vidal y Dorothee Benoist-Browaeyns, *Cerveau, sexe et pouvoir*, París, Belin, 2005, prólogo de Maurice Godelier.

¹⁴¹ Marie-Claire Hoock-Demarle, "Lire et écrire en Allemagne", en *Histoire des femmes en Occident*, op. cit., t. 4, pp. 147-167 [trad. esp.: *Historia de las mujeres en Occidente op. cit.*].

¹⁴² Christine Planté, *La Petite Sœur de Balzac. Essai sur la femme auteur*, París, Seuil, 1989.

En el último cuarto del siglo XIX las folletinistas eran relativamente numerosas (del orden del 20% en Inglaterra, aunque apenas más del 10% en Francia) debido sobre todo a la existencia de los periódicos femeninos (como *La Veillée des chaumières*). Esas mujeres se ganan la vida trabajosamente y no pretenden llamarse "escritoras": frontera prestigiosa y muy difícil de franquear, habida cuenta de la resistencia que generan. En el coro de aquellos a quienes "no les gustan las mujeres que escriben" encontramos hombres de la Ilustración, como Necker,¹⁴³ conservadores como Joseph de Maistre, liberales como Tocqueville, republicanos como Michelet o Zola. Los dandys y los poetas, como Barbey d'Aurevilly, Baudelaire o los hermanos Goncourt, sumos sacerdotes de las letras, van más allá todavía. Estos últimos decían, para explicar la excepción de George Sand, que ella debía tener sin duda "un clítoris grueso como nuestras vergas". Es verdad que cultivaban una misoginia indecente.

George Sand constituye justamente el ejemplo mismo de la posición siempre fronteriza, aun en un caso como el suyo, de "mujer escritora". En primer lugar, por su determinación: en el convento sentía "la rabia de escribir", e hizo realidad su ambición contra la opinión de los suyos, especialmente de su suegra. En segundo lugar, por su elección de un seudónimo masculino cuya complejidad ha señalado Martine Reid.¹⁴⁴ ¿La ausencia de s en George es voluntariamente andrógina? Sin duda, buscaba escapar a la oscura cohorte de "mujeres autoras" para inscribirse en la gloriosa senda de los grandes escritores. En todo caso, asume la masculinidad -al menos en su vida profesional-, habla de ella misma en masculino, se siente perfectamente cómoda como única mujer en las cenas literarias del restaurant Magny. Y, cosa excepcional, hace de su seudónimo un patronímico que lega a su descendencia.

La escritura es para ella un trabajo, "el pico y la pala", como le dice a Flaubert, con que cumple a conciencia, sobre todo de noche. Trabajar significa identidad, utilidad. Una jornada sin *trabajo* -palabra que vuelve sin cesar en sus *Agendas cotidianas* (mantenidas desde 1854 hasta 1876)- es un fracaso. Es también un medio de ganarse la vida y de mantener un grupo familiar que excede ampliamente los límites de los allegados. Por eso discute con rigor los contratos con sus editores, Buloz, Herzel o Michel Lévy. La escritura, por cierto, es un oficio: "El oficio de escribir es una pasión violenta y prácticamente indestructible". Pero Sand nunca se "encerró en la literatura". En 1836 escribe a un amigo (Fortoul, ministro de Instrucción Pública): "Hay, en esta tierra, mil cosas más valiosas [que la literatura]: la

¹⁴³ Jean-Denis Bredin, *Une singulière famille (les Necker)*, París, Fayard, 1999.

¹⁴⁴ Martine Reid, *Signer Sand. L'œuvre et le nom*, París, Berlin, col. "L'extrême contemporain", 2003.

maternidad, el amor, la amistad, el buen tiempo, los gatos y mil otras cosas más". Habría podido agregar: la equitación, la jardinería, los dulces, los viajes. Muchas escritoras hicieron declaraciones similares: rechazan la absorción de la vida por la obra. A semejanza de Germaine de Staël, sofrenada en este punto por su padre, Necker, temen que la "gloria [no sea más que] el duelo brillante de la felicidad". Ahora bien, en la construcción de las identidades, la gloria es masculina y la felicidad, femenina. La felicidad, para las mujeres, es una obligación candente, individual y familiar, a veces colectiva (y entonces clave de los compromisos sociales).

Por último, George Sand quiere ser útil, ponerse al servicio de su ideal de justicia social, lo que la opone a su amigo Flaubert, partidario del arte por el arte y atormentado por la preocupación de la forma. Ella lo exhorta a una mayor distensión y espontaneidad. "Creo que usted se toma más esfuerzo del que hace falta y que debería dejar actuar al otro [= el otro que hay en usted] más a menudo", le escribe en 1866.

La recepción de la obra de Sand ilustra también las dificultades del reconocimiento. Su espectacular éxito, en Francia y más aun en el extranjero, hasta en Rusia, no impide la crítica misógina y feroz, que se mofa de su abundancia, de su estilo "fluido": ella sería "la vaca lechera" de la literatura francesa. Sus mejores obras habrían sido inspiradas por hombres (Musset), e incluso escritas por ellos (Pierre Leroux sería el autor de *Spiridion* y hasta de *Consuelo*). Más tarde viene la controversia política a propósito de su compromiso (1848) o de sus repliegues (la Comuna), y luego el olvido de quien no es, a los ojos de la posteridad, más que la "buena señora de Nohant", autora de novelas campestres para la Biblioteca rosa cuya lectura recomendaba la abuela de Proust a su nieto para practicar el estilo.

El caso Sand, en sus paradojas, ilustra la dificultad que existe para una mujer en cuanto a franquear la barrera de las letras. Y, sin embargo, las mujeres franquearon esa barrera. A lo largo de los siglos XIX y XX conquistaron la literatura, en particular la novela, convertida en el territorio de las grandes novelistas inglesas (Jane Austen, las hermanas Brontë, George Eliot, Virginia Woolf y otras) y francesas (Colette, Marguerite Yourcenar, Nathalie Sarraute, Marguerite Duras, Françoise Sagan, etc.). Ellas se volcaron a todo tipo de novelas: la clásica y el *nouveau roman*, la novela rosa y la negra, la literatura sentimental y el policial (este último patrimonio hasta hace poco de los hombres y convertido en los últimos años en uno de los géneros favoritos de las escritoras). Siete mujeres obtuvieron el premio Nobel de literatura: entre ellas, Nadine Gordimer, Toni Morrison y, en 2004, la austríaca Elfriede Jelinek, cuyo *opus nigrum* trata de dar cuenta de lo trágico, privado y público, del mundo contemporáneo.

Otras fronteras resisten más todavía: las ciencias y en particular las matemáticas, cuya naturaleza abstracta fue considerada

siempre un obstáculo insalvable para su ejercicio por parte de las mujeres. Y el cristal del pensamiento: la filosofía. En la antología *De Platón á Derrida. Anthologie critique*, hay cincuenta y cinco hombres para cuatro mujeres: las inglesas Mary Astell y Mary Wollstonecraft, Hannah Arendt y Simone de Beauvoir, a las que yo, por mi parte, hubiera agregado con gusto a Simone Weil, autora de *La gravedad y la gracia* y de *Ensayos sobre la condición obrera*. Hannah Arendt es la única que hoy es verdaderamente reconocida como filósofa y hasta estudiada en clases de filosofía. Su reflexión sobre la democracia, el totalitarismo, la judeidad, la "banalidad del mal" (recordamos el juicio a Eichmann, que ella siguió en Israel) la convirtió en una de las principales teóricas de *La condición humana*, título de uno de sus libros. La cuestión de la diferencia de los sexos no era central para ella: era una obviedad que había que tener en cuenta y que no merecía una teoría. Sin embargo, escribiendo la vida de Rahel Varnhagen, una "judía alemana de la época del romanticismo", se enfrenta con el doble obstáculo de la judeidad y de la feminidad que, sin duda, la preocupaba más de lo que se dice.¹⁴⁵

Para Simone de Beauvoir, al contrario, la reflexión, sobre *El segundo sexo* -las mujeres- es cardinal. Analizando la feminidad no como un hecho natural, sino como un producto de la cultura y de la historia, inaugura un pensamiento de la deconstrucción de gran alcance, pero sin duda más difícil de recibir en su tiempo. De alguna manera, es la madre del género (sin esta palabra, que ella no usaba).

¿Por qué hay tan pocas mujeres filósofas? ¿Les falta experiencia del mundo? ¿o del pensamiento? ¿Les falta formación?, ¿audacia teórica?, ¿ambición? El particularismo de las mujeres, por lo menos el que se les atribuye y al cual se las asocia, ¿les permite acceder a lo universal? ¿O esto es simplemente impensable? Un poco de todo, sin duda.

Pintar, componer música, más allá de las artes recreativas, no era mucho más simple.

LA VIDA DE ARTISTA

Escribir fue difícil. Pintar, esculpir, componer música, crear arte lo fue aún más. Existen razones de fondo: la imagen y la música son formas de creación del mundo. La música, sobre todo, lenguaje de los dioses. No es propio de las mujeres. ¿Cómo podrían participar en este dar forma, esta orquestación del universo? Las mujeres pueden a lo sumo copiar, traducir, interpretar. Ser cantantes, por ejemplo. La

¹⁴⁵ Como lo han mostrado Françoise Collin, en *L'homme est-il devenu superflu? Hannah Arendt*, París, Odile Jacob, 1999, y Julia Kristeva, en *Le Génie féminin, I. Hannah Arendt*, París, Fayard, 1999 [trad. esp.: *El genio femenino I. Hannah Arendt*, Buenos Aires, Paidós, 2000].

cantante es una gran figura femenina del arte y es con razón que George Sand la eligió como heroína de su novela más importante, *Consuelo*.

Las mujeres pueden pintar para los suyos, dibujar los retratos de los hijos, bosquejar arreglos florales o paisajes. Tocar en el piano Schubert o Mozart para una velada amistosa o mundana.

Una buena educación permite este uso privado del arte, mediante la iniciación en las *artes recreativas* que Sand llamaba "artes aburridas" y que sin embargo a ella le dieron una iniciación musical y pictórica fuerte. "Un bello oído", como decía Liszt.

Pero esta iniciación no debía conducir ni a una profesión ni a la creación. A lo sumo una mujer podía, en caso de necesidad, dar lecciones de dibujo o de piano, fabricar objetos (Sand dibujó cajas y pintó dendritas) o copiar obras de arte en las salas de los museos (como se ve en el cuadro de Hubert Robert, *Proyecto de acondicionamiento de la Gran Galería del Louvre*). Los museos: de ellos decía Baudelaire que eran los únicos lugares convenientes para una mujer.

Un auténtico aprendizaje estaba descartado. Bajo el pretexto de que el desnudo debía ocultarse a las jóvenes, se les negaba el acceso a la escuela de Bellas Artes, que recién les abrió sus puertas en París en 1900, no sin alboroto de los estudiantes. Las niñas debían conformarse con las escuelas y las academias privadas de las cuales la más célebre fue, en París, la academia Jullian. Maestros menores como Robert-Fleury o Bastien-Lepage dispensaban una enseñanza académica fundada en la Antigüedad y el desnudo. Las jóvenes acudían a ella desde toda Europa. Era un ambiente muy animado, que Denise Noël describió en su tesis, lamentablemente inédita, sobre las mujeres pintoras de París en la segunda mitad del siglo xx.¹⁴⁶ Noël se apoya en los diarios y la correspondencia que dejaron artistas como Louise Breslau, Sophie Shaeppi o Marie Bashkirtseff. Esta última, una joven aristócrata rusa muerta a los 27 años de tuberculosis (1858-1885), escribió un diario de diecinueve mil páginas, depositado por su madre en la Biblioteca Nacional.¹⁴⁷ Es un testimonio notable sobre la vida cotidiana y los sufrimientos de una mujer joven que aspiraba a ser una verdadera artista y chocaba con la incompreensión de su familia, que sólo pensaba en casarla, y con los prejuicios de su época. En la academia Jullian, cuya atmósfera de camaradería igualitaria apreciaba, era feliz: "En el taller todo desaparece; uno no tiene ni nombre ni familia. [...] Se es uno mismo, se es un individuo y se tiene delante de sí el arte y nada más". Pero deplora la insuficiencia de la formación, el machismo y la condescendencia de la que dan muestras los profesores: "Estos

¹⁴⁶ Véase su artículo en "Femmes et images", *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, núm. 19, 2004

¹⁴⁷ Publicación integral en curso en la editorial L'Âge d'homme. Hasta ahora apareció un volumen en 1999. Véase la biografía de Colette Cosnier, *Marie Bashkirtseff. Un portrait sans retouches*, París, Horay, 1985

señores nos desprecian -escribe-, y sólo quedan satisfechos cuando encuentran una obra fuerte y brutal. Es un trabajo de varón, dijeron de mí. Tiene nervio, es natural". La joven está gratificada, contenta, pero no se engaña. Sabe el camino que debe recorrer para volverse grande de verdad. "¡Me haría partidaria de la Comuna nada más que para hacer saltar las casas, los viviendas familiares!" escribe esta rebelde que colabora con *La Citoyenne*, de Hubertine Auclert, sufragista francesa, y apoya la creación de la Unión de Mujeres Pintoras y Artistas, fundada en 1881 por la escultora Hélène Bertaux. A pesar de todo, Bashkirseff logró ser admitida en el Salón, principal instancia de legitimación oficial. Hoy se pueden ver cuadros de esta artista talentosa, fallecida demasiado temprano, en diversos museos, especialmente en Niza.

En el Salón, los jurados, masculinos en su totalidad, esperaban que las mujeres se conformaran con los cánones de la feminidad, en primer lugar para los temas: naturalezas muertas, retratos, escenas de interior y sobre todo arreglos florales (que constituían una sección entera); luego, para la ejecución: ni desnudos ni pintura histórica. El desnudo, ese tabú absoluto, fue la conquista de las mujeres en el siglo XX, como lo demostró Marie-Jo Bonnet.¹⁴⁸ Todo ello inducía al conformismo. De allí las protestas de Baudelaire contra esa "invasión" de mujeres que desmerecen la pintura. O los gritos de los futuristas (Marinetti) contra "el moralismo, el feminismo" y el llamado a la guerra como higiene de un mundo desvirilizado. En las vanguardias las mujeres no son numerosas, salvo cuando están vinculadas con ellas por lazos familiares. Es el caso de Berthe Morisot, la cuñada de Édouard Manet; este último la convirtió en una de sus modelos favoritas, pero nunca la consideró pintora. Berthe ni siquiera tenía un taller propio, se limitó a la pintura de interiores y sobre todo de su hija Julia, desde la cuna hasta la adolescencia. "El deseo de gloria después de la muerte me parece una ambición desmesurada -escribe en sus cuadernos- La mía se limitaría a querer fijar algo de lo que pasa".¹⁴⁹ Tenemos de ella algunos pocos autorretratos, apenas esbozados, como si hubiera tenido vergüenza.¹⁵⁰ Morisot sufría su marginalidad artística: "No creo que haya habido jamás un hombre que tratara a una mujer de igual a igual, y eso es todo lo que hubiera pedido, porque sé que yo lo valgo". Detrás de la melancólica dulzura de Berthe se adivina la violencia de la creación herida.

¹⁴⁸ Marie-Jo Bonnet, *Les Femmes dans l'art*, París, La Martinière, 2004. Este libro renueva el tema por la información proporcionada y el enfoque que adopta.

¹⁴⁹ Anne Higonnet, *Berthe Morisot, une biographie, 1841-1895*, París, Adam Biro, 1989 (traducción del inglés).

¹⁵⁰ *Berthe Morisot, 1841-1895*, catálogo de la exposición del museo de Bellas Artes de Lille, 2002.

La vida cotidiana de las mujeres pintoras no es sencilla. El taller es un mundo de hombres en el que ellas sólo son admitidas como modelos. Las mujeres no tienen los medios para tener un taller: pintan en un rincón de su vivienda y les falta dinero para comprar los materiales necesarios. No es simple plantar el caballete afuera: para poder hacerlo, y para obtener el derecho de usar pantalón, Rosa Bonheur tuvo que pedir la autorización del prefecto de policía; sus inmensas telas animalistas son un desafío a los cánones del arte en femenino. Para paliar estos problemas las mujeres pintoras buscaban agruparse, formaban parejas de amigas, a menudo de lesbianas -como Anna Klumpke y Rosa Bonheur-,¹⁵¹ tal como las pintan Tamara de Lempicka o Leonor Fini. Inventaban soluciones originales para ejercer su arte y para vivirlo.

Nada de esto favorecía la creación ni el reconocimiento necesario para vender telas. Desde hace ya algunos años las investigadoras localizaron en los Estados Unidos y en Francia, por medio de los catálogos de salones y de museos, decenas de artistas, incluso centenares. Pero la mayoría son oscuras. ¿Quién se acuerda de las italianas Artemisia Gentileschi (pintora del siglo XVI, retratada por Agnès Merlet en una película de 1997 y obsesionada por el heroísmo femenino, Ester, Betsabé y en especial Judit), o Rosalba Carriera (1675-1758), cuyos bellos cuadros pueden admirarse en el Museo de la Academia de Venecia? Una y otra parecen haber tenido una suerte trágica, ligada a su voluntad de emancipación. Es preferible trabajar para un hombre célebre y limitarse al retrato de mujer, en lo posible de reina, como Élisabeth Vigée-Lebrun. Más vale dedicarse a los géneros secundarios, a las artes decorativas, donde, en los siglos XIX y XX, hay cada vez más mujeres; Charlotte Perriand, colaboradora de Le Corbusier, hace de estas artes un modo de vida. O incluso a la fotografía, "un arte menor" como decía Pierre Bourdieu. De Julia Cameron a Diane Arbus, pasando por Claude Cahun, Janine Niepce y tantas otras que todos los días redescubrimos gracias a las exposiciones, el objetivo traza el camino luminoso de la mirada femenina. Y no hablo aquí de la creación cinematográfica, donde se afirman hoy tantos talentos, desde Agnès Varda hasta Jane Campion.

¿Cambiaron las cosas en el siglo XX? Sí, pero sin estruendo. Por una parte, hay cada vez más parejas de pintores, hombres y mujeres, especialmente en los talleres de la Europa central de los años veinte y treinta, el expresionismo alemán, el Blaue Reiter, la Bauhaus. Es el caso de Jean Arp y Sophie Taeuber-Arp, o de Robert y Sonia Delaunay. Por otra parte, una minoría de mujeres alcanza su independencia: Vieira da Silva, Frida Kahlo, Niki de Saint Phalle. De todas maneras, es una minoría y los grandes nombres siguen siendo masculinos. Más aun tratándose de la escultura, como lo demuestra

¹⁵¹ Britta C. Dwyer, Anna Klumpke. *A Turn-of-the-Century Painter and her World*, Boston, Northeastern University Press, 1999.

la dramática historia de Camille Claudel y la de Louise Bourgeois, algo más sosegada. La arquitectura, arte del plano y la construcción, se afirma como viril por excelencia. Gae Aulenti es una italiana de excepción.

¿Y la música?

La música acumula obstáculos. Por lo pronto, por parte de las familias. La madre de madame Roland se negaba a que su hija fuera una virtuosa porque "ella quería por sobre todas las cosas que a mí me gustaran las obligaciones de mi sexo y que fuera ama de casa y madre de familia", escribe en sus *Memorias*. En 1820, el padre de Félix y Fanny Mendelssohn, ambos igualmente dotados, escribe a esta última, a propósito de la música: "Quizás para él se transforme en una profesión, mientras que para ti nunca será más que un ornamento".

Peor aún cuando los reproches vienen del marido o del compañero. Clara Schumann se sacrifica por Robert; Alma Mahler por Gustav. Durante su noviazgo, éste le había pedido explícitamente que renunciara a su música. "¿Cómo te figuras tú un matrimonio de compositores? ¿Te imaginas hasta qué punto será ridícula una rivalidad tan extraña? [...] Hay algo seguro, y es que tú tienes que ser lo que yo necesito, [...] una esposa y no mi colega." Lo que él le propone es la colaboración y el amor fusionado de sus almas y sus músicas.¹⁵²

Las compositoras fueron escasas y olvidadas. Por ejemplo Augusta Holmès, pareja de Catulle Mendès, amiga de Richard Wagner, autora de una ópera, varias sinfonías y muchas obras para piano, y célebre a fines del siglo XIX. ¿Por qué fue tan rápidamente olvidada? "Sin duda porque no fue un modelo de madre, porque desestimó los códigos mundanos [...] y se empeñó en tener un oficio de hombre, a diferencia de otras músicas como Alma Mahler, Fanny Mendelssohn o Clara Schumann" nos dice su biógrafa, Michèle Friang, que trata de que se la redescubra.¹⁵³

Hoy las dificultades persisten en el campo musical. Hay cada vez más mujeres intérpretes brillantes, no solamente pianistas (Marta Argerich, Hélène Grimaud), sino violinistas (Anne-Sophie Mutter). Pero las compositoras y hasta las directoras de orquesta son poco frecuentes; parecería que las orquestas se resisten a ser dirigidas por una mujer. El reconocimiento tardío que se le otorga hoy a Betsy Jolas (nacida en 1926), gran dama de la música dodecafónica, próxima a Pierre Boulez y a Henri Dutilleux, antes de trabajar como solista, es un caso excepcional.

Sin embargo, hoy en día las mujeres son las principales consumidoras de arte. Pueblan los conjuntos corales y frecuentan

¹⁵² Jacqueline Rousseau-Dujardin, "Compositeur au féminin", en *Geneviève Fraisse et al., L'Exercice du savoir et la Différence des sexes*, Paris, L'Harmattan, 1991

¹⁵³ Michèle Friang, *Augusta Holmès ou la Gloire interdite. Une femme compositeur au XIX siècle*, Paris, Autrement, 2003

conciertos y exposiciones. También son mecenas, aun cuando las grandes colecciones de arte son por lo general masculinas, dado que el dinero y el poder son asunto de hombres. Sin embargo, cuando los tienen, saben aprovecharlos. María de Médicis le encargó a Rubens la serie que se puede ver en el Louvre;¹⁵⁴ Catalina la Grande y madame de Pompadour conocían la influencia del gusto; Nelly Jacquemart fue la aguda compañera de su marido, el banquero André. Anne Pingeot fue sin duda la principal inspiradora de la remodelación del Louvre que llevó a cabo François Mitterrand. Y el mecenazgo musical femenino fue esencial para la música francesa contemporánea. Debussy, Gabriel Fauré, César Franck, Vincent d'Indy Satie, Saint-Saëns y muchos otros deben su notoriedad al apoyo de la condesa Greffulhe, de Marguerite de Saint-Marceaux o de la princesa Singer-Polinac. Ellas actuaron con sus encargos y sus salones, lugares de creación, de audición e incluso de conciertos, donde la música no era solamente un accesorio en las recepciones mundanas¹⁵⁵ sino el corazón del arte.

El rol de las mujeres en la creación artística, tanto ayer como hoy, debe ser revaluado.

¹⁵⁴ Fanny Cosandey, "Marie de Médicis et le cycle de Rubens au palais du Luxembourg", en *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, núm. 19, 2004, pp. 63-83.

¹⁵⁵ Myriam Chiménes, *Mécènes et musiciens. Du salón au concert à Paris sous la III République*, París, Fayard, 2004.

IV. EL TRABAJO DE LAS MUJERES

LAS MUJERES siempre trabajaron. Un trabajo del orden de lo doméstico, de la reproducción; un trabajo no valorizado, no remunerado. Las sociedades jamás hubieran podido vivir, reproducirse ni desarrollarse sin el trabajo doméstico de las mujeres que, sin embargo, es invisible.

Las mujeres no siempre ejercieron oficios reconocidos, profesiones que dieran lugar a la remuneración. A lo sumo fueron auxiliares de sus maridos, en el taller, en la tienda, en el mercado. Su manejo del dinero solía plantear problemas, sobre todo cuando estaban casadas, pero sabían contar, y el célebre cuadro de Bassano con la escena de los Portinari muestra a una pareja de cambistas con actitudes similares.

En las sociedades occidentales, el salariado, y sobre todo la industrialización, plantearon a partir de los siglos XVIII y XIX la cuestión del "trabajo de las mujeres". ¿Pueden o deben las mujeres acceder al salario, es decir, recibir una remuneración individual y, sobre todo, abandonar la casa, el hogar, que fue siempre su anclaje y su utilidad?

LAS CAMPESINAS

Durante mucho tiempo las mujeres fueron campesinas atadas a los trabajos rurales; en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, en Francia, ésa era la condición de casi la mitad de las mujeres. Sin duda, las campesinas todavía son mayoría en el mundo si pensamos en África, Asia y América Latina.

Pues bien, son las mujeres más silenciosas que hay. Sepultadas bajo la jerarquía de las sociedades patriarcales, individualmente sobresalen poco, fundidas como están en el grupo, en la familia, en los trabajos y en los días de una vida rural que parece escapar a la historia y que más bien describen los etnólogos. No es de sorprender que nuestro conocimiento sobre las mujeres del campo provenga de ellos. En Francia, por ejemplo, de la Sociedad de Etnología y de su revista, *Ethnologie française*. Los museos de artes y tradiciones populares muestran sus instrumentos, sus mobiliarios, sus vestimentas, sus tocados, invalorable testimonios que, sin embargo tienen como efecto fijarlas en posturas y atuendos impecables, lejos del rigor de su vida cotidiana. Martine Segalen, Agnès Fine (Sudoeste), Anne Guillou (Bretaña), Yvonne Verdier y otras se

dedicaron en especial al estudio de los papeles masculinos y femeninos en el trabajo y la cultura rural.

El libro de Yvonne Verdier, desaparecida demasiado pronto, hizo época. *Façons de dire, façons de faire. La laveuse, la couturière, la cuisinière, la femme qui aide*,¹⁵⁶ resultado de una larga investigación realizada en Borgoña, en torno al pueblo de Minot, muestra con sutileza lo que se juega alrededor de estos personajes en el funcionamiento cotidiano y en la transmisión de gestos, de conocimientos y de un saber simbólico fuertemente marcado por el cuerpo y los líquidos: el agua, la sangre, la leche.

Los testimonios directos son extremadamente infrecuentes. Puede citarse a Marguerite Audoux (*Marie Claire*, 1910) y a Jakez Hélias (*Le Cheval d'orgueil*, 1975). Joëlle Guillaud recogió las memorias de *La Berthe* (1988), campesina del distrito de Mortagne-au-Perche. Algunas novelas tienen valor etnológico, como las de George Sand, una de las primeras en plantear personajes de mujeres rurales: Valentine, Jeanne, Nanon y la célebre *Petite Fadette*. La pintura, cuando toma en cuenta el mundo rural, lo hace a menudo de manera convencional: de Brueghel y Le Nain a Jean-Baptiste Millet, cuyos croquis son superiores a *El Ángelus*, y hasta Van Gogh, con sus famosos *Comedores de papas* no exentos de rusticidad. Tratándose de la tierra, preponderan las representaciones; florecen los estereotipos, productos del regionalismo y de las ideologías políticas. Y las mujeres son el soporte privilegiado. Esto puede verse bien en la novela de Zola *La tierra*.

Los conflictos, cuando dan lugar a juicios, hacen oír voces menos convencionales. De ahí el interés de las investigaciones que los toman como palanca, por ejemplo la de Élisabeth Claverie y Pierre Lamaison¹⁵⁷ sobre el Gévaudan, región que procura perseverar en el derecho de mayorazgo y la práctica de un sistema de alianzas al servicio de un holismo familiar desgarrado por el ascenso inexorable de un individualismo que tiene en las mujeres agentes eficaces. O la de Annick Tillier sobre las mujeres infanticidas en Bretaña en el siglo XIX.

Es poco. Estas mujeres, nuestras abuelas, que hace tres o cuatro generaciones vivían en un pueblo, desaparecieron con él. Apenas disponemos de fotos viejas en las que posan en grupo, para un casamiento, endomingadas, con sus esposos, el día de su boda o en vísperas de la partida al Ejército, sobre todo en 1914. Mucho menos frecuentes son las cartas, escritas en los momentos de separación de la pareja, durante el servicio militar o durante la guerra. Las hemos dejado ir sin guardar sus recuerdos. Mi bisabuela Agathe, del Poitou, no sabía ni leer ni escribir: enriaba e hilaba el

¹⁵⁶ Yvonne Verdier, *Façons de dire, façons de faire. La laveuse, la couturière, la cuisinière, la femme qui aide*, París, Gallimard, 1979.

¹⁵⁷ Élisabeth Claverie y Pierre Lamaison, *L'Impossible Mariage. Violence et parenté en Gévaudan*, París, Hachette, 1982.

cáñamo, y no me legó más que un torno desarmado que se perdió en una mudanza.

La vida cotidiana

La vida de las campesinas estaba regulada por la vida familiar y el ritmo del campo en una muy fuerte división de roles, tareas y espacios. Al hombre le tocaban la labranza y las transacciones de la feria. A la mujer, la casa, el cuidado del ganado, del corral y de la huerta, cuyos productos vendía en el mercado, como la lechera de la fábula de La Fontaine. Según su edad y su lugar en la familia, ellas trabajaban en el campo en la época de la cosecha, en todas las recolecciones, en las de la papa o en las vendimias, inclinadas sobre la tierra o bajo el peso de su carga. La campesina anciana era una mujer encorvada. Se ocupaban del rebaño, de las vacas que cuidaban y ordeñaban; de las cabras, porque con su leche fabricaban artesanalmente el queso que les dejaba dinero. "Sin mujer no hay vaca, no hay leche, ni gallina, ni pollo, ni huevo." La campesina es una mujer ocupada, preocupada antes que nada por vestir (sabe hilar) y alimentar a los suyos (autosustento y preparación de la comida) y, si es posible, por aportar al hogar un dinero suplementario, a partir del momento en que el campo se abrió al mercado: mercado alimentario, mercado textil. Desde muy temprano, hila para afuera, o hace encaje (por ejemplo en las regiones del Puy, de Alençon o de Bayeux) que los fabricantes acuden a buscar a los pueblos. El lujo, en la corte y en la ciudad, sobre todo a partir del siglo XVII; acrecentó la demanda en dirección a las mujeres, que de esta manera entraron en el circuito del dinero.

Este mundo rural cuyo pilar es la pareja conyugal -el hogar, *household*- está muy jerarquizado, entre los sexos (el amo es él) y entre las mujeres. La dueña de casa reina sobre el resto de los ocupantes del hogar. Vela por sus hijas, preocupada por sus relaciones y por sus ajueres como un modo de transmisión privilegiado entre madre e hija.¹⁵⁸ Se ocupa de la ropa, y los días de lavado son días de ceremonia. Cuida a sus padres ancianos, no sin antes rezongar por una convivencia persistente pero cada vez menos tolerada. Vigila a las sirvientas -a menudo, blanco de las provocaciones de los criados o del amo-, sobre todo si su talle aumenta bajo la blusa o el delantal. Esas sirvientas, colocadas por las familias numerosas que no pueden valerse de ellas ni alimentarlas, pertenecen a la clase más pobre y más expuesta del mundo rural.

La vida ruda tiene sus ritos y sus placeres para las mujeres, cuyo poder oculto a menudo es muy fuerte. Este poder se ejerce con

¹⁵⁸ Agnès Fine, "À propos du trousseau, une culture féminine?", en Michelle Perrot (dir.), *Une histoire des femmes est-elle possible?*, Marseille, Rivages, 1984, pp. 156-180.

la mirada y con la palabra. En la iglesia, donde son las más devotas. En los mercados, donde manejan la venta al por menor. En el lavadero las mujeres hablan entre ellas, y la ropa lleva a la confidencia. Los hombres temen el parloteo de los lavaderos, que opera como una suerte de censura y puede destruir una reputación. En las veladas, las ancianas cuentan historias y transmiten leyendas y noticias de la región. Pero muy pronto los jóvenes trabajadores estacionales les sacan ventaja con sus relatos en los que resuenan los rumores de la ciudad. Así, la vieja Fouénouse se calla en un rincón de la chimenea, en el pueblo limusino que ella suele animar con sus cuentos, según relata Martin Nadaud en sus *Mémoires de Léonard*,¹⁵⁹ testimonio muy rico de los efectos de las migraciones sobre las relaciones entre los sexos en el siglo XIX.

La investigación de Yvonne Verdier data de más de treinta años. En Minot, los roles de las mujeres están muy marcados por una cultura del cuerpo del que son las sacerdotisas. La lavandera sabe los secretos de la lencería, palimpsesto de las noches de una pareja. La costurera, mediadora entre la ciudad y el campo, confidente de los deseos de lujo y de seducción, recibe cada invierno a las niñas que cumplirán 15 años para enseñarles a bordar la *marquette* en el ajuar y, al mismo tiempo, los misterios de la vida de mujer. La cocinera transmite las recetas rurales. Presente en todas las grandes circunstancias de la vida -bautismos, casamientos y entierros-, la "mujer que ayuda" es la guardiana de la memoria de la familia, la testigo de sus conflictos, que aparecen cuando los padres no logran ponerse de acuerdo sobre el menú de una cena de bodas. Intenta conciliaciones, incluso reconciliaciones. Da una mano a la partera, o llegado el caso la reemplaza. Enterradora, hace el lavado de los muertos y vela por su último tránsito. Hace treinta años esta cultura ya declinaba. Hoy desapareció.

Cambios en la vida del campo y de las mujeres

En apariencia inmóvil, la vida del campo cambia, y la de las mujeres también. Por el comercio y las comunicaciones. Por la industrialización. Por la educación. Por el éxodo rural. Por el papel que desempeñan las guerras, sobre todo la de 1914-1918, que vació el campo de sus hombres jóvenes y transfirió parte de sus tareas y de sus poderes a las mujeres: ellas aprendieron a labrar la tierra, gesto viril, y a administrar el establecimiento rural. Estos factores acumulados modificaron el equilibrio de las familias y las relaciones entre los sexos, y cambiaron la vida de las familias.

¹⁵⁹ Martin Nadaud, *Mémoires de Léonard, ancien garçon maçon* (1895), París, Hachette, 1976

El éxodo rural concernía a las mujeres, y no sólo porque se quedaran en el interior: también ellas abandonaban el campo. Por lo menos las jóvenes. Sus padres las ubicaban por intermedio del cura, del dueño de una mansión o de un primo, como sirvientas en las granjas o como criadas en la ciudad, pero también en las fábricas: en el sudeste, en Ardèche y en el Lyonnais, había fábricas de seda -torsión, hilado, tejido- cuya patronal había copiado el modelo de Lowell, ciudad-dormitorio estadounidense (cerca de Boston). Esas fábricas-internado suscitaron el interés de los moralistas, que vieron en ellas un ideal de equilibrio femenino, y también de los investigadores (Armand Audiganne, Louis Reybaud),¹⁶⁰ que las describieron con atención. Las fábricas empleaban a las jóvenes a partir de los 14 años. Para tranquilizar a las familias campesinas de donde las sacaban, confiaban la vigilancia de las internas a las religiosas. Hasta se creó una orden a este efecto. La disciplina era estricta y reglamentada al detalle, y la práctica religiosa era obligatoria. Las jóvenes permanecían allí varios meses sin regresar con sus familias, a las que se les entregaba directamente el salario. Este aporte era fuertemente apreciado y contribuyó a revalorizar a las jóvenes dentro de la economía familiar.

Ese tipo de internado industrial se dio en numerosos países de Europa (Suiza, Alemania) y de todo el mundo. Surgió bajo una forma aún más rigurosa en Extremo Oriente -en Japón, Corea, China-, donde todavía existen, aunque suavizados. En China son muy numerosos, y algunos reportajes muestran su austeridad laboriosa. Constituyen una de las razones de los bajos salarios y de la mano de obra barata china.

Una vez que las jóvenes campesinas se iban, no siempre volvían. El llamado de la ciudad y del tren era demasiado fuerte. Marguerite Audoux contó su partida improvisada a París. Acaba de perder su empleo de pastora en Soloña; acompaña a su hermana a la estación: "Los empleados corrían sobre el andén gritando: '¡Crucen los que viajan a París!' En ese instante, imaginé París con sus casas altas, semejantes a palacios, y de techos tan altos que se perdían entre las nubes". Marguerite sube al tren. Aprendió costura en el orfanato de hermanas. Entrará en un taller de confección que describirá en otra novela, *El taller de María Clara*. La mayoría de las obreras vienen del campo, a menudo con una escala en una pequeña ciudad de provincia, primera etapa. Jeanne Bouvier cuenta más o menos la misma historia, desarrollada en secuencias análogas.

Estas jóvenes eran migrantes en potencia, porque aspiraban a una vida mejor y más libre. Más instruidas, deseaban otra cosa: convertirse en empleadas de correos o en institutrices, por ejemplo, y para eso se presentaban al concurso de la escuela normal, que funcionó para muchas de ellas como una palanca formidable.

¹⁶⁰ Armand Audiganne, *Les populations ouvrières et les industries de la France*, 2 vols., París, Capelle, 1860; Louis Reybaud, *Étude sur le régime des manufactures. Condition des ouvriers en soie*, París, Michel Lévy, 1859.

Aspiraban también al aseo, a una intimidad que las casas rurales no les proporcionaban. Lectoras de novelas folletinescas, soñaban con un amor que, por cierto, aunque no estaba excluido, no constituía la finalidad del matrimonio. En el siglo XX muchos campesinos no encuentran esposas y el celibato masculino aumenta. Para que las mujeres se queden en el campo las granjas deberán hacerse más confortables y la familia tendrá que dejar de ser patriarcal.

En la segunda mitad del siglo XX las mujeres de la tierra¹⁶¹ de las que habla Rose-Marie Lagrave son mujeres modernas que conducen su auto, manejan la chequera, llevan las cuentas del establecimiento, a veces se suben a un tractor (por ejemplo en el Perche, tan machista sin embargo, de las novelas de Joëlle Guillaud),¹⁶² se comprometen con las asociaciones o el sindicalismo. Nicole Notat era hija de agricultores loreneses, fue institutriz y al principio trabajó en educación especial, para luego entrar en la Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT) y asumir allí responsabilidades en favor de Mayo del 68. Hasta se vio a una mujer dirigir la Confederación de Jóvenes Agricultores, pero en una agricultura que se tornó residual y que representa, en Francia, apenas el 4% de la población. El campo desaparece a medida que se transforma.

EL TRABAJO DOMÉSTICO

El trabajo doméstico es fundamental en la vida de las sociedades -a las que les asegura el funcionamiento y la reproducción-, y en la de las mujeres. Pesa sobre sus hombros, son responsables de él. Pesa también sobre su identidad: la "buena ama de casa", la dueña de casa perfecta encarna el modelo soñado, el ideal de la buena educación, el deseo de los hombres, la obsesión de las mujeres. Lo doméstico marca todo el trabajo femenino: la mujer siempre es dueña de casa. También se espera de la perfecta secretaria que lo sea: que ponga flores y que cuide a su jefe. Así, por lo menos, funcionaba el trabajo de oficina de estilo antiguo para la secretaria ejecutiva descrita por Josiane Pinto.

El trabajo doméstico se resiste a la evolución igualitaria. Se lo comparte poco entre hombres y mujeres. Varios rasgos lo caracterizan: es invisible, fluido, elástico. Es un trabajo físico, que pone en juego el cuerpo, es poco calificado y poco mecanizado a pesar de los cambios contemporáneos. El trapo, la pala, la escoba, el esparadrapo siguen siendo los instrumentos preferidos. Parece intacto desde el origen de los tiempos, de la noche de las cavernas al alba de

¹⁶¹ Rose-Marie Lagrave, *Celles de la terre. Agricultrices, invention politique d'un métier*, París, EHESS, 1987

¹⁶² En particular, *Les Champs de la colère*, París, Robert Laffont, 1998.

las HLM (*habitations à loyer modéré*, viviendas de alquiler módico). Y, sin embargo, cambia en sus prácticas y en sus agentes.

Estas son tres figuras del trabajo doméstico: el ama de casa, la dueña de casa, la criada (a la que sucedió la empleada doméstica).

El ama de casa

Recién en los siglos XVIII y XIX se toma conciencia de la importancia del trabajo doméstico en la vida de las familias y las sociedades. La "buena ama de casa" se vuelve objeto de consejos, de tratados de economía doméstica o de educación, y más tarde de escuelas, especialmente en las grandes fábricas, que gustan de formar a las mujeres de los obreros; por ejemplo, en el Creusot que dirige el politécnico Émile Cheysson, ferviente partidario de este aprendizaje. Los economistas y los moralistas hacen del ama de casa de las clases populares el eje del equilibrio económico y familiar. En consecuencia, la observan. Frédéric Le Play y su escuela llevan a cabo profundas investigaciones sobre familias populares elegidas en función de su representatividad, indagan su presupuesto y la manera en que el ama lo administra. Estas "monografías de familia" son documentos excepcionales sobre los hogares y las viviendas populares, pero fundamentalmente sobre las mujeres, cuyas vidas y prácticas se nos describe. Es el caso de "la mujer del carpintero de París" del Segundo Imperio.

Ella vive en una pequeña casa de dos piezas, más un cuartito para la cocina. Se ocupa de los trabajos de la casa, de la ropa, de las compras, de la preparación de las comidas, lo más barata posible (guisada más que asada). Fabrica y remienda ella misma la ropa de la familia: el marido y dos hijos, únicos sobrevivientes de los seis que trajo al mundo. Ella es el médico de la familia y sobre todo su "ministro de finanzas", porque administra el presupuesto. El marido le entrega su paga cada semana: práctica frecuente en Francia (mucho menos en Inglaterra o en Alemania), sin duda como resultado de la presión de las mujeres. El día de pago es un día de discusión para muchos matrimonios. Además, la mujer del carpintero gana un poco de dinero haciendo las compras y lavando la ropa de la vecina. Le importa mucho esta entrada extra, como a la mayoría de las amas de casa. Veinte años más tarde habrá podido alquilar o comprar una máquina de coser, una Singer, para trabajar desde su casa en la industria de la confección. Ésta es la clave de un *sweating system*, un sistema del sudor, que resulta agotador para las mujeres y que las feministas y los reformadores combaten alrededor de 1900. El ama de casa está, pues, muy ocupada, y se comprende que las familias obreras la prefieran en el hogar más que en la fábrica. Incluso para la CGT, ése es el ideal que hay que defender. Si el ama de casa deja de

ser una buena ama de casa, la pareja, el hogar se van a pique. Es la triste historia de Gervaise en *La taberna* (Zola, 1878).

La dueña de casa burguesa

La burguesa que describieron Bonnie Smith y Anne Martin-Fugier¹⁶³ no tiene el mismo tipo de preocupación; al menos si tiene dinero, porque depende de la suma que le asigna su marido y que es causa frecuente de discusiones como las que Zola reproduce en *Pot-Bouille*. Ella es responsable del mantenimiento del hogar: del orden de la casa o del apartamento, de la ropa, de lo que se ha de comer, del cuidado de los hijos y su educación temprana, de la organización de las tardes familiares, de las recepciones mundanas. Una burguesa, aun de la burguesía media, tiene su salón, su "día", fastuoso o austero según sus posibilidades. Para una madre de familia que tiene hijas casaderas, es una obsesión.

La dueña de casa reina (en principio) sobre los hijos, en particular sobre las hijas, y sobre la servidumbre. El personal doméstico constituye su mayor inquietud. Aunque es numeroso en la aristocracia y en la burguesía acomodada -véase su importancia, social y narrativa, en *En busca del tiempo perdido-*, en la mediana y pequeña burguesía tiende a reducirse a la única "mucama para todo servicio", a la que las dueñas de casa se aferran como a un bote salvavidas. "Hacerse servir" es la marca máxima de rango. "Ya no poder hacerse servir" es signo de una decadencia de estatus.

Estas mujeres, reducidas al círculo estrecho de sus casas, desarrollan una verdadera mística femenina del trabajo doméstico y de la reproducción, murmuran los versos de Verlaine sobre "la vida simple y fácil, elección que requiere mucho amor". Sus hijos deben colmarlas. Su labor, tejido o bordado, "las pequeñas cosas" de la vida cotidiana las ocupan y las justifican, pues el "trabajo" se volvió un valor indispensable para la utilidad social. Algunas se ocupan de obras, tienen sus pobres, ejercen la caridad y la filantropía. A veces usan su poder dentro del hogar de manera despótica. Las novelas de Francois Mauriac ofrecen abundantes retratos de madres abusivas.

Algunas viven alegremente en hogares cálidos, como los que describe Jane Austen. La vida cotidiana es una interminable novela, llena de intrigas y de repercusiones. Otras son desabridas o melancólicas, y se parecen siempre un poco a las heroínas de Virginia Woolf, a la espera eterna del acontecimiento que no llega. La situación de dueña de casa es una variedad peligrosa del estado de mujer.

¹⁶³ Bonnie Smith, *Les Bourgeoises du nord de la France*, París, Perrin, 1989 (traducción del inglés); Anne Martin-Fugier, *La Bourgeoise, Femme au temps de Paul Bourget*, París, Grasset, 1983, reimp. 1988.

Personal doméstico

Una parte importante del trabajo doméstico es remunerada. En vísperas de la guerra de 1914 ése fue, incluso, el principal sector de empleo de las mujeres. Las empleadas domésticas, por otra parte, no son asalariadas como las otras. Alimentadas, alojadas, reciben un "sueldo" que se les paga irregularmente y está sujeto a descuentos si ellas rompen la vajilla o estropean la ropa. La jornada de trabajo es casi ilimitada. El domingo libre no está garantizado, aun cuando esta práctica se va extendiendo. Además de su tiempo y de su fuerza de trabajo, se les pide su persona y su cuerpo, en una relación personal que excede el compromiso salarial.

Hay una gran variedad de domésticas: cocineras, doncellas, lavanderas, ayudantes de cocina, mucamas para todo servicio; todas ellas no tienen el mismo estatuto, ni los mismos sueldos. Las primeras se las arreglan bien. Las últimas, mucho peor. Llegan del campo (a París, muchas bretonas), ubicadas por sus padres; son jóvenes y están sobreexplotadas. Se alimentan de las sobras y se alojan en piezas sórdidas y mal caldeadas, en los últimos pisos, verdaderos antros de tuberculosis. Inexpertas, en la casa o fuera de ella son presas fáciles, seducidas con facilidad por el hijo de la casa o por un charlatán que encontraron en el baile del sábado a la noche y que les deja "un premio adentro", según la expresión popular. Para colmo, se las despide si están encintas. Es cierto que hay buenas patronas y buenos recuerdos. Y algunas, ahorrando, llegan a hacerse de una dote que las convierte en buenos partidos para los obreros, endeudados o no. La condición doméstica lleva a la perdición o al ascenso. Pero, con todo, no tiene buena reputación. En especial por el riesgo de la prostitución y de la sífilis, el "mal parisino". Por eso las provincias son cada vez más reticentes a enviar a sus hijas a la ciudad, y ante todo a París. Después de 1914 las chicas del interior se hacen menos frecuentes. "Ya no hay quien le sirva a uno" es una queja generalizada. Principalmente en la medida en que se abren otras posibilidades de ganarse la vida en los hospitales laicizados, que incorporan gente, y en las fábricas, más acogedoras y mejor protegidas por el incipiente derecho laboral.

Las "mucamas" desaparecen en pro de las "empleadas domésticas", reclutadas a menudo entre las inmigrantes españolas, portuguesas y, más tarde, africanas y asiáticas, que dejan su marca en la literatura. La Félicie de Flaubert (*Un corazón simple*) es la figura más emocionante. La mucama de Octave Mirbeau, la más desvergonzada. Bécassine (de la revista ilustrada *La Semaine de Suzette*, 1906), la más cruelmente caricaturizada. En *Las criadas*, Genet pone en escena una anécdota trágica: las hermanas Papin

asesinaron a su patrona. Le arrancaron los ojos. Y creíamos que eran unos ángeles. Acto de locura asesina jamás del todo elucidado. Símbolo, quizás, de un desprecio intolerable y de una condición doméstica que se tornó insoportable.

¿Cambió el trabajo doméstico?

Sí. En cierto sentido, desapareció. La crisis de la domesticidad y los artículos para el hogar -la industria del frío y la mecanización- lo modificaron por completo. La aspiradora, a la que en el período de entreguerras se llamaba la "mucama eléctrica", cautivó al ama de casa. Ésta se volvió consumidora de las exposiciones de artículos para el hogar ideadas por un socialista, Jules Lebreton, dirigidas por el *Centre Nationale de Recherches Scientifiques* (CNRS) y organizadas en los años cincuenta en el marco prestigioso del Grand Palais. Todo lo cual muestra la voluntad de promover un ama de casa profesional, una mujer elegante que fuma un cigarrillo mientras pasa la aspiradora y administra la cocina como un ingeniero.

Los trabajos domésticos propiamente dichos disminuyeron. Pero los hijos -su salud, sus estudios, sus distracciones- los reemplazaron. A tal punto que lo doméstico sigue teniendo el mismo peso en la ocupación del tiempo femenino, sin que los hombres intervengan mucho más. En veinte años, los cambios son ínfimos, de apenas un porcentaje pequeño. Sociólogo de lo doméstico, teórico del trabajo casero, observador sagaz de la pareja vista a través de su ropa o sus cacerolas, Jean-Claude Kaufmann analiza la resistencia masculina a planchar y a muchas otras tareas, como también la persistencia en el reparto de roles sexuales en el teatro cotidiano.¹⁶⁴

Hay allí una estructura de larga data -material y mental- que desafía a la historia.

OBRERAS

Fue la industrialización la que planteó la cuestión del trabajo de las mujeres. La manufactura y la fábrica significaban un cambio más brusco para ellas que para sus compañeros. ¿Cómo conciliar el trabajo doméstico, su tarea principal, con las largas horas en la fábrica?

Los obreros temían la competencia de las mujeres: un "ejército de reserva" que inevitablemente haría bajar los salarios, decía Marx.

¹⁶⁴ Jean-Claude Kaufmann, *La Trame conjugale. Analyse du couple par son linge*, París, Nathan, 1992 (Pocket, 1997); *Le Cœur à l'ouvrage. Théorie de l'action ménagère*, París, Nathan, 1997 (Pocket, 2000); *Casseroles, amour et crises. Ce que cuisiner veut dire*, París, Armand Colin, 2005.

Un hombre digno de esa denominación debe poder alimentar a su familia y necesita un ama de casa en el hogar. Y además, la fábrica con sus máquinas, su mugre, su promiscuidad sexual no es para ellas. "Obrera: palabra impía", escribe Michelet. Y en un congreso obrero de 1867 un delegado declara: "Al hombre, la madera y el metal; a la mujer, la familia y el telar". Una gran división material y simbólica del mundo. Lo duro para los hombres, lo blando para las mujeres.

Fábricas

El rubro textil fue el gran sector de empleo de las mujeres, en las oficinas y en los talleres. Entraron en masa, en las hilanderías y tejedurías de la primera revolución industrial, en Manchester, en Roubaix, en Mulhouse, donde, en 1838, el doctor Villermé las imagina como cortejos tristes a la entrada de las fábricas, a menudo escoltadas por sus hijos. Los trabajos en las fábricas tienen todos rasgos idénticos. Son temporarios: las obreras no pasan toda su vida en la fábrica; entran jóvenes -incluso muy jóvenes, desde los 12 o 13 años- y allí se quedan hasta su casamiento o el nacimiento del primer hijo; ello no impide que más tarde vuelvan, cuando los hijos ya crecieron; si es necesario, los traen con ellas. Es, pues, un trabajo cíclico, sin perspectiva de carrera. La juventud de las obreras se ve claramente en las tarjetas postales de la salida de las fábricas (tarjetas que, a comienzos del siglo XX, estuvieron entre los primeros usos que dieron los obreros a la fotografía).

En segundo lugar, es un trabajo poco calificado, monótono, reducido a gestos simples y repetitivos, pero cuya cadencia se acelera cada vez más: se pasa de la supervisión de un telar a la de dos telares y después a la de varios. Las máquinas están mal protegidas, al aire libre, y los accidentes -manos, dedos cortados- son frecuentes. Las jornadas son muy largas: hasta catorce horas en los comienzos de la industrialización, diez horas alrededor de 1900.

Hay pocas pausas. Los locales son incómodos, mal aireados, poco o excesivamente caldeados, sin espacios libres: no hay refectorios, las obreras comen su vianda en el lugar, entre los telares grasos; no hay vestuarios; ir al baño es un problema. Se sospecha siempre que las obreras están ahí, fumando un cigarrillo, charlando y perdiendo el tiempo. La disciplina es severa; las multas por retraso, ausencia o fallas en la fabricación son recurrentes y reducen aún más los magros salarios.

Es también un trabajo obligado. Los capataces y los inspectores se creen con permiso para todo con estas jóvenes. El acoso sexual forma parte de los motivos de huelga.

Hay muchas huelgas en el sector textil, pero las obreras, más que provocarlas, adhieren a ellas. Están poco sindicadas o no lo están, y no se las incita mayormente a ello, excepto en las fábricas de seda del sudeste de Francia, internados-conventos cuyas jóvenes toleran cada vez menos el encierro. Allí se ven grandes huelgas a principios del siglo XX, con bellos rostros de "cabecillas", como Lucie Baud que -cosa rara- dejó una breve autobiografía.¹⁶⁵ Las mujeres son numerosas en las industrias alimentarias y químicas. Las manufacturas de tabaco son muy requeridas a causa del estatuto garantizado por el Estado (relativa seguridad social, jubilaciones): las mujeres realizan allí verdaderas carreras, se recluían de madre a hija y tienen un índice de sindicalización excepcional. En cambio, son raras las mujeres en la metalurgia o la construcción mecánica, oficios viriles más calificados. En la imprenta, los obreros hasta se oponen al ingreso femenino porque lo consideran un factor de desvalorización. Los quehaceres relativos al libro son nobles y, por lo tanto, masculinos.

La Primera Guerra Mundial cambia las cosas: en Francia y en Inglaterra las mujeres reemplazan en la retaguardia a los hombres que están en el frente, movilizados. La llegada masiva de las "*munitioinettes*" (alrededor de trescientas mil en Francia) obliga a las fábricas a acelerar la división del trabajo y a reorganizar su espacio con la creación de lugares para el amamantamiento y la introducción de superintendentes de usinas cuyos informes constituyen un precioso testimonio sobre las mujeres en la fábrica.¹⁶⁶

Es un proceso irreversible que se produce entre las dos guerras, en las fábricas de automóviles taylorizadas y sobre las cadenas de montaje. Simone Weil se emplea en Citroën sin mucha dificultad. Las obreras se generalizan. Tienen carreras más largas, apenas interrumpidas por las licencias por maternidad que la legislación empieza a proteger. Es entonces cuando viven al Frente Popular. Se las ve en grupos numerosos en las manifestaciones, con el pelo corto. Participan de las ocupaciones de fábricas, administran los comedores y bailan en las fiestas. Algunas se animan a tomar la palabra: hay fotos que las muestran arengando a sus camaradas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, nuevas industrias -electromecánica, electrónica- absorben una mano de obra femenina surgida de una enseñanza profesional no adaptada. Por ejemplo Moulinex, cuyo pisa-puré "libera a la mujer", desarrolla sus fábricas en la Baja Normandía. Cuando las fábricas cierran, treinta años más tarde, es un drama para esas obreras que no tienen otras calificaciones. Franck Magloire ayudó a su madre a contar su propia

¹⁶⁵ Michelle Perrot, "Le témoignage de Lucie Baud, ouvrière en soie", en *Le Mouvement social*, núm. 105, octubre-noviembre de 1978, pp. 133-138.

¹⁶⁶ Annie Fourcaut, *Femmes á l'usine dans l'entre-deux-guerres*, París, Maspero, 1982. Bertie Albrecht fue superintendente

historia en *Ouvrière*,¹⁶⁷ testimonio infrecuente sobre la vida laboral, las esperanzas y las decepciones de las mujeres entre 1950 y 1980. ¿Es el fin de las obreras? Seguramente no a escala mundial. Pero ya no es, en nuestros países, el futuro de las muchachas de pueblo.

Obreras de la costura

En los años cincuenta todavía había muchas jóvenes que preparaban, dentro de la enseñanza profesional, un difuso *Certificat d'aptitude professionnel* (CAP) de costura que sólo les servía para desarrollar una habilidad manual muy preciada en las fábricas de montaje de las que acabo de hablar. Se alababa su habilidad como si ésta fuera una aptitud natural. Las famosas "cualidades innatas" de las mujeres, de hecho, cubren calificaciones adquiridas como resultado de aprendizajes pacientes y poco formalizados. Este proceso es el meollo de la famosa "subcalificación" femenina, pretexto esgrimido para su menor remuneración. De las primeras dactilógrafas se decía que el piano las había predispuesto a la máquina de escribir. Después de todo, no hacían más que cambiar de teclado.

La *costura* fue durante siglos una inmensa cantera de empleos, de oficios, de calificaciones para las mujeres. Está ligada a la importancia que tiene la vestimenta y la ropa blanca en la cultura en ese punto del desarrollo de las sociedades occidentales. En la corte, en la ciudad, el lujo se traduce en pecheras de puntillas, puños de seda y pasamanería. La primera revolución industrial es la textil. El siglo XIX es pujante: es el gran siglo de la mantelería, de la lencería y de la ropa interior femeninas, el siglo de la moda. En esa senda se desarrolla toda clase de oficios: lenceras, camiseras, corseteras, pantaloneras, floristas-plumajeras, modistas, bordadoras, confeccionistas de pasamanería, cada cual con decenas de especialidades diferentes. Sin contar todo el sector de mantenimiento de ropa blanca, en el que operan blanqueadoras y planchadoras, al por mayor, al detalle: probablemente las tres cuartas partes de los empleos en París. Cada ciudad tiene su taller de costura, cada aldea tiene su costurera, persona importante, confidente de las mujeres, mediadora entre la capital y la provincia, donde las "modas de París" marcan la ley. Hace veinticinco años, en Ouarzazate (Marruecos), podía verse una tienda con un letrero que decía "*Au bonheur des dames*" (El paraíso de las damas), después de la descolonización y en los límites del desierto.

¹⁶⁷ Franck Magloire, *Ouvrière*, La Tour-d'Aigues, L'Aube, 2003; véase también la novela autobiográfica de Lise van der Wielen, *Lise du plat pays*, presentada por Françoise Cribier, Lille, Presses universitaires, 1983.

De las niñas se dice que nacieron con "una aguja entre los dedos". En realidad, todas aprendieron costura: de sus madres, en los talleres de las religiosas, de alguna costurera de la aldea o el pueblo. Cuando son hábiles, después de cierta práctica en la provincia van a emplearse a París y, de casa en casa, mejoran su posición. Los hermanos Bonneff describieron la dura condición de las obreras de la costura parisina. Roger Convard, hijo de una florista-plumajera, reconstruyó la vida de su madre. Jeanne Bouvier y Marguerite Audoux¹⁶⁸ contaron su derrotero. Por una vez, el trabajo femenino bien documentado está al alcance de la mano, lo que no impide que surjan representaciones contradictorias que oscilan entre la miseria por una parte y la idealización por la otra, de las oficialas, las *midinettes* (modistillas que se contentan con una *dînette à midi*, "una comidita al mediodía") y otras costureritas.

Veamos el taller de María Clara descrito por Marguerite Audoux. Es un taller familiar, no lejos de Montparnasse, dirigido por un matrimonio de bordadores. Las obreras son jóvenes, llegadas de todas las provincias. Viven en pequeños desvanes, a menudo tienen un segundo oficio y llevan vidas materiales y sentimentales difíciles, pero bastante independientes. Entre ellas hay una cantidad de muchachas "seducidas y abandonadas", libradas a su suerte, con embarazos no deseados. En el taller, las estaciones muertas (los veranos) alternan con períodos de presión (otoño-invierno): para satisfacer los pedidos de las casas y los caprichos de los clientes hay que pasar veladas que duran, a veces, toda la noche, a fuerza de café y hasta de opio. La vida de taller es, a pesar de todo, bastante alegre. Las obreras tienen conciencia de tener un "lindo oficio"; se cuentan sus aventuras, cantan de buena gana. Pero el taller se mecaniza para lograr un mejor rendimiento: tras la muerte del dueño la viuda no logra sostener el ritmo ni la competencia de las grandes casas de confección, que directamente recurren al trabajo a domicilio de obreras aisladas. Estas últimas son mujeres que compraron a crédito máquinas Singer y cosen las piezas de camisa que cada semana llevan al taller de ensamblado. Por la mañana, en el ómnibus, se las ve terminar sus dobladillos. Las jornadas del *sweating system* se prolongan sin límite. Las obreras, sedentarias, se alimentan mal: "la costillita de la costurera" es un pedazo de queso brie. La tuberculosis las diezma, lo cual inquieta a los médicos y a las feministas. Algunas -madame Henriette Brunhes-Delamarre, entre ellas- organizan una Liga Social de Compradores que, para limitar la "presión" sobre las obreras, incita a los clientes adinerados a la

¹⁶⁸ Léon y Maurice Bonneff, *La Vie tragique des travailleurs. Enquête sur la condition économique et morale des ouvriers et ouvrières d'industrie*, París, Rouff, 1908; Jeanne Bouvier, *Lingeries et Lingères*, Niort, Imprimerie Saint-Denis, 1928; Marguerite Audoux, *L'Atelier de Marie-Claire* (1920), París, Grasset, col. "Les cahiers rouges", 1987 [trad. esp.: Margarita Audoux, *El taller de María Clara*, Madrid, Estrella, 1930]. El relato de Roger Convard es inédito.

previsión y la paciencia. Otras -Marguerite Durand, Jeanne Bouvier- crean una Oficina del Trabajo Femenino (1907) que realiza encuestas precisas y propone una ley para fijar convenciones colectivas. Esta ley es votada en 1915 y se convierte en la primera del género, una innovación jurídica.

La industria bélica ofrece otras posibilidades. El trabajo a domicilio ya no goza de popularidad y no volverá a tenerla. Las costureras tampoco. Para bien o para mal, se convertirán en obreras. O en dactilógrafas.

LOS NUEVOS OFICIOS DE NIVEL TERCIARIO: EMPLEADAS, INSTITUTRICES, ENFERMERAS

Hoy el terciario es un sector de empleo creciente en general y para las mujeres en particular. Tres cuartas partes de ellas trabajan allí. La mayoría de los empleos que ejercen están fuertemente marcados por su carácter doméstico y femenino: lugar del cuerpo y la apariencia, papel de las cualidades llamadas femeninas, entre las cuales la dedicación, la gentileza, la sonrisa, etc., ocupan la primera fila. Al menos así era hasta los años entre 1980 y 1990. Desde entonces, la revolución informática cambió la situación y modificó el reparto sexual de los empleos: el trabajo es más técnico, más solitario, más masculino. ¿Más igualitario? Habría que ver.

Recorramos el amplísimo abanico de los "oficios" terciarios, aquellos de los que se dice, justamente, que son "buenos para una mujer".

Empleadas

Desde hace mucho tiempo las mujeres han sido empleadas de comercio: en las tiendas, con la familia o apartadas de ella, o como meseras en los restaurantes y los albergues (donde son sospechosas de prostitución). Esos lugares públicos no tienen buena reputación. La novedad del siglo XIX fueron las *grandes tiendas*. Al comienzo los empleados eran hombres. Bajo el Segundo Imperio hasta hicieron huelga en contra del empleo de mujeres, que consideraban desvalorizante. Se convirtieron en jefes de sección y empezaron a contratar a las mujeres, subordinadas suyas, según un proceso clásico de segmentación que limita o anula la competencia entre los sexos. Los reglamentos eran severos: las vendedoras debían ser solteras y disciplinadas y no sentarse jamás durante largas jornadas, hasta que la Ley de Sillas, a principios del siglo XX, las autorizó a hacerlo. Los salarios eran mediocres y algunos directores

aconsejaban sotto voce a las jóvenes empleadas buscar un protector. Sin embargo, el atractivo de un trabajo limpio en un local caldeado y la seducción del lujo que describió Zola (*El paraíso de las damas*) hacían afluir las candidaturas y se necesitaba una recomendación para ser aceptada. Con toda rapidez, la profesión se feminiza y se organiza. En 1936 las mujeres, que ya son mayoría, ocupan las grandes tiendas. Hasta duermen ahí, garantía de bromas más o menos subidas de tono. Hoy la cajera de supermercado es uno de los típicos empleos femeninos.

Las *empleadas de oficina* fueron más tardías. En el siglo XIX, los hombres cumplían la función de amanuenses, contadores y secretarios. Estaban orgullosos de su formación y eran muy celosos de sus prerrogativas. Balzac, Maupassant y Feydeau describieron las pretensiones de esos "chupatintas", pusieron muchos reparos al ingreso de mujeres, sobre todo en los ministerios y los organismos públicos. En Nièvre, por ejemplo, los empleados de la administración prefectoral rechazaron hasta 1930 la introducción de máquinas de escribir por miedo a tener que admitir dactilógrafas.¹⁶⁹

En efecto, mecanización y feminización van de la mano. "¿Usted ya no puede dotar a sus hijas? Envíelas a la Escuela Pigier", podía leerse en los anuncios publicitarios. Y el mensaje llegaba muy bien a una pequeña y mediana burguesía empobrecida, que buscaba empleos convenientes y limpios para sus hijas, sobre todo después de la Primera Guerra Mundial.

El servicio de correo se prestaba a ello. En el campo se confiaban los puestos de trabajo a mujeres viudas de oficiales o de funcionarios. Estas "dependientas caseras" sellaban las cartas mientras tejían. En la ciudad las "señoritas del correo" reinaban del otro lado del mostrador, que las protegía de todo contacto con el público. Se las afectó sistemáticamente al teléfono, y Proust ensalzó el encanto de su voz. Los hombres no se opusieron a su empleo porque se reubicaron de manera ventajosa, según un proceso bastante frecuente que muestra que las mujeres no eran necesariamente competencia para los hombres.

Otro sector de empleo: los cuidados del cuerpo enfermo, hasta entonces confiados a las religiosas de los hospitales y los hospicios. Es la guerra de Crimea, hacia 1850, la que cambia la situación. La británica Florence Nightingale organiza un servicio de enfermería para los ejércitos, muy castigados por los combates. El reclutamiento y la disciplina son severos. El *nursing* a la inglesa apela a la clase media y descansa sobre la calificación, con salarios aceptables.

No es la vía que sigue Francia. En la década de 1880 el doctor Bourneville -un radical-, emprende la laicización de los hospitales parisinos. Opta por el modelo de muchachas de sala, poco calificadas, auxiliares de los médicos. Mal pagadas, jóvenes, solteras, se las

¹⁶⁹ Guy Thuillier, *Pour une histoire du quotidien au XIX siècle en Nivernais*, París, EHESS, 1977, p. 191

obliga a vivir cerca y se las controla. El modelo de la monja pesa sobre ellas. Se conchaban muchas bretonas: prefieren el servicio doméstico en el hospital al de las familias burguesas. Más tarde se desarrolló una enseñanza libre de enfermería en escuelas privadas, en especial bajo el impulso de mujeres protestantes que se inspiraban en Florence Nightingale; un ejemplo es la escuela de enfermería de Burdeos. Era necesario tener formación y diplomas, claves de capacitación reconocidas y mejores salarios; pasar del servicio doméstico a un oficio verdadero, uniendo conocimientos médicos y saber sobre el cuerpo.¹⁷⁰

En cuanto a ser médico, eso ya es otra cosa. Los hombres se resisten a la entrada de las mujeres. Las primeras estudiantes son rusas o polacas, judías en su mayoría, que han comenzado sus estudios en las universidades del Este. Echadas por los pogromos de fines del siglo xix, quieren seguir sus estudios en Londres, Zúrich o París. A menudo optan por la ginecología. Antes de 1914, en Francia ya son algunos cientos. Por ejemplo Blanche Edwards-Pilliet o la doctora Madeleine Pelletier, la primera mujer en presentarse al concurso del internado de psiquiatría; se vestía como hombre y fumaba cigarros pero quería feminizar el nombre profesional. Partidaria de la anticoncepción y el aborto, fue perseguida e internada en 1938 en un asilo psiquiátrico, donde murió en 1939.

Por suerte no todas las médicas tuvieron ese destino trágico. La profesión hoy en día está ampliamente feminizada, aun en bastiones antes idealizados/admirados, como la cirugía o la anestesiología.

Se podría contar una historia paralela de las profesiones del derecho. En 1899 se necesitó una ley para autorizar a Jeanne Chauvin a litigar, a tal punto el ejercicio de la palabra pública del oficio de abogado parecía inadmisibles para una mujer. Era un acontecimiento y *Le Petit Journal Illustré* le dedicó al tema la primera plana, el 26 de diciembre de 1900, con el juramento de Sophie Balachowsky-Petit, su colega. Entre 1900 y 1917 hubo diecisiete abogadas: la progresión era débil. Pero las abogadas -Marie Vérone, Suzanne Grinberg, Yvonne Netter- desempeñaron un papel activo en el feminismo de la época y en la lucha por la igualdad de derechos, especialmente el del sufragio. Fue necesaria otra ley, en 1946 (Ley del 11 de abril), para que la magistratura se abriera a las mujeres en la Francia de la Liberación. Hoy las mujeres representan cerca de la mitad de los funcionarios judiciales, sin que su presencia haya trastornado el ejercicio de la profesión. Pero las funciones de presidente de cámara (13% de las mujeres) y de procurador (11,5% en 1997) se les resisten todavía.¹⁷¹

¹⁷⁰ Quisiera aprovechar para rendirle homenaje a Marie-Françoise Collière, de la Escuela Nacional de Enfermería Superior de Lyon (1965-1994), quien desarrolló este punto de vista.

¹⁷¹ Anne Boigeol, "De la difficile entrée des femmes dans la magistrature a la féminisation du corps", en Christine Bard, Frédéric Chauvaud, Michelle Perrot y Jacques G. Petit (dirs.), *Femmes et justice pénale, XIX-XX siècles*, Rennes, Presses

Institutrices y profesoras

Rebecca Rogers¹⁷² contó las mutaciones que sufrieron las profesiones de la enseñanza en los últimos dos siglos. En la actualidad, las mujeres representan el 98% de los maestros de jardín de infantes, el 78% de los docentes de primaria, el 56,7% de los de secundaria y el 34% de los de educación superior (solamente el 16% de los profesores). La representación es, pues, muy diferente según los niveles. La feminización es un proceso complejo que tiene en cuenta la edad de los niños y la idea que uno se hace de su aprendizaje. Si se trata de instrucción, un hombre conviene mejor: los "húsares negros", profesores de capa oscura de la República, no podían ser sino masculinos. Sin embargo la Ley Ferry, al instaurar la obligación escolar para los dos sexos -en escuelas distintas dentro de lo posible-, permitió ensanchar mucho el reclutamiento femenino: se necesitaban mujeres para las niñas y para los pequeños. Hubo escuelas normales de institutrices, y ese oficio se volvió para las jóvenes de la pequeña burguesía y de las clases populares, rurales y obreras, una figura de identidad, una ambición digna. Sin embargo, la condición de institutriz es dura. Léon Frappié pintó un retrato bastante lastimoso en *L'Institutrice de Province* (1897). A menudo soltera, peor remunerada que los hombres, a la maestra se le asignan con frecuencia puestos perdidos, casi con desconfianza, confrontadas a la sospecha y a la soledad, sobre todo en el momento de la separación de la Iglesia y el Estado. En algunas regiones, como Bretaña, no se les perdona a las mujeres estar en contra de los sacerdotes, ellas que deberían ser sus aliadas "naturales". No importa. Jacques y Mona Ozouf¹⁷³ describieron este medio relativamente igualitario, primera profesión de la función pública a la que, en 1920, la ley obliga a la igualdad salarial. Las parejas de tutor e institutriz son cada vez más frecuentes, modelo de la pareja republicana, tal como Zola la esboza en *Verdad*, no sin paternalismo: el marido representa la ilustración y contrasta con la superstición de su esposa, a quien debe convertir a la República. Las institutrices son, desde hace mucho, mujeres comprometidas con la educación de las niñas (Victoire Tinaire),¹⁷⁴ con el socialismo, incluso con la Revolución,

universitaires, 2002.

¹⁷² Rebecca Rogers (dir.), *La Mixité dans l'éducation. Enjeux passés et présents*, París, ENS, 2004, prefacio de Geneviève Fraisse.

¹⁷³ Jacques y Mona Ozouf, *La République des instituteurs*, París, Gallimard, 1992.

¹⁷⁴ Claude Schkolnyk, *Victoire Tinayre (1831-1895). Du socialisme utopique au positivisme prolétaire*, París, L'Harmattan, 2000.

como Louise Michel. Bajo la Tercera República militan en el sindicalismo (Marie Guillot) y se convierten en cuadros del feminismo. Algunas toman partido por la anticoncepción y el aborto y se enfrentan a los tribunales. Las institutrices son las primeras intelectuales.

Más aún que las profesoras. Éstas eran al principio menos numerosas, más individualistas, más solitarias. Expuestas al desprecio de los hombres que las consideran intrusas, "cerebritos", como decía la novelista católica Colette Yver: son las que no se casan y que, en consecuencia, no cumplen con su destino de mujeres. Sus grandes escuelas, como Sévres o Fontenoy, en vano tienen directoras prestigiosas: su reputación no es la misma que la de la École Normale Supérieure. La mayoría de las veces las estudiantes prescinden de las cátedras separadas y menos cotizadas, salvo en filosofía (Simone de Beauvoir, en 1924). La enseñanza secundaria es su única salida. Los liceos de señoritas parecen conventos laicos, austeros y grises. La vida de las jóvenes profesoras no es siempre muy alegre: Marguerite Aron y Jeanne Galzy han dejado recuerdos más bien melancólicos.

En la universidad las mujeres son "indeseables", sobre todo en París. Durante los años treinta, con el pretexto de que la voz de una mujer no podría dominar un anfiteatro de estudiantes, la Sorbona se niega a elegir a la germanista Geneviève Bianquis, a pesar de ser superior a su contrincante. En ciencias, la primera mujer nombrada en la Sorbona fue Marie Curie antes de 1914, y en letras, Marie-Jeanne Dury en 1947.

Después de la Segunda Guerra Mundial la situación cambió radicalmente, y hoy en día la enseñanza es una profesión ampliamente feminizada, de las que se dice que están "bien para una mujer". Eso no es necesariamente una buena señal, pero una relativa paridad sexual es una garantía de igualdad.

Es así como la frontera sexual de los oficios se desplaza hacia un sector terciario en expansión que conforma el terreno de los empleos en la actualidad. El hecho de que las mujeres estén presentes allí indica un progreso en la conquista de los saberes. Sin embargo, ambos sexos están lejos de ser iguales en la jerarquía de las responsabilidades y de los poderes, incluidos los de la función pública.

ARTISTAS DEL ESPECTÁCULO

¿El espectáculo es un oficio "bueno para una mujer"?

A primera vista, sí. Las mujeres saben expresar emociones, simular, parecer. Interpretar, prestar su voz y su cuerpo a otros. Ponerse en la piel del otro. Ser una imagen y una voz. Es como la esencia misma de la feminidad dedicada a las apariencias.

Por otra parte, no. Porque, como escribió Rousseau a D'Alembert, "una mujer que se muestra se deshonor. [...] La audacia de una mujer es signo seguro de su vergüenza". Ser actriz es faltar al pudor, entrar en el círculo dudoso de la galantería e incluso de la prostitución. Y la condesa de Segur pone en guardia a las niñas que tanto gustan de jugar a la comedia: "Mademoiselle Yolande, mal educada, sin espíritu, sin corazón y sin religión, se hizo actriz cuando creció, y murió en el hospital". Niñas, itengan cuidado!

En verdad, el cristianismo nunca fue muy benévolo con los actores, excomulgados durante mucho tiempo. En Francia hubo que esperar la presión de la República y el concilio de Soissons, en 1849, para que ya no lo fueran *de facto*: "En cuanto a los comediantes y los actores trágicos, no los contamos entre los infames y los excomulgados". Sin embargo, si representan obras impías u obscenas se les negarán los sacramentos. Están marginados y controlados. Los monarcas los utilizan pero desconfían de ellos; entre otros Napoleón, que apreciaba el teatro y que reforzó el papel de los conservatorios. Recién en 1852 la Constitución reconoce a los actores como ciudadanos comunes: es la expresión de una marginalidad que afectaba más a las mujeres. El vocabulario, por otra parte, es significativo: una actriz es una simuladora, una mujer con historias, y la bailarina representa el lujo, lo superfluo que un hombre rico es capaz de ofrecer. En Gran Bretaña, donde Shakespeare encarna al genio nacional, es diferente: los actores pueden ennoblecerse y las actrices son *ladies*. En Francia, en los países latinos en general, planea todavía la sombra de la prostituta. Para Zola, la rubia y pulposa Nana, actriz de variedades, teatro de los bulevares, cortejada y cortesana, encarna la decadencia de las mujeres y la decadencia de las costumbres, aunque sea una buena madre. Ella termina tan mal como la "mademoiselle Yolande" de la condesa de Segur.

Sin embargo, el siglo XIX marca una integración progresiva en la sociedad de las comediantes, actrices, cantantes y bailarinas: es el proceso que describe Anne Martin-Fugier en su libro dedicado a la condición de las actrices y a su profesionalización.¹⁷⁵ Las actrices procedían la mayor parte de las veces de medios populares y pobres. Muchas eran hijas de la farándula, como Rachel, hija de un buhonero judío alemán, enamorado de la música, que se la confió a un profesor del Conservatorio. Las "*petits rats*", bailarinas principiantes de la Academia de la Ópera eran ubicadas por sus madres bajo la tutela de "madres de la Ópera" que les encontraban "protectores". Sarah

¹⁷⁵ Anne-Martin-Fugier, Comédienne. *De Mlle Mars à Sarah Bernhardt*, París, Seuil, 2001.

Bernhardt no quería ser actriz, pero igual su madre la empujó hacia el conservatorio; éste era garantía de calificación y reconocimiento. Cuando se obtenía un "premio", se podía aspirar a la Comédie Française, cumbre de la jerarquía teatral. De las que salían del conservatorio sin mención, se decía que eran el "desecho para las provincias".

Muchas no tenían siquiera esa suerte. La mayoría aprendía sobre la marcha y trataba de mejorar su posición de un escenario a otro. Se tomaban en cuenta muchas cosas: su talento, es verdad, pero también su belleza, sus relaciones, los favores que sabía hacer. Un éxito y sobre todo una buena crítica (el rol de los diarios era capital) podían poner a una mujer en órbita. Los "debuts" eran esenciales.

Las condiciones de vida eran duras, y los contratos draconianos. Veamos lo que una joven actriz suscribe en París en 1914. Se compromete a

actuar, cantar, bailar o figurar al menor pedido [del director] -en cualquier momento, a toda hora, en todo lugar, aun en el interior o en el extranjero, varias veces y en diversos teatros el mismo día, en la función de la matinée o a la noche- en todos los papeles que le sean atribuidos, sin distinción de género ni de empleo.

Debe aprender cincuenta líneas por día, dirigirse al teatro todos los días sin excepción, media hora antes de que se levante el telón, aun si no actúa. Todo eso por 200 francos al mes que sólo le serán librados si participa en más de un acto en la misma representación. Si cae enferma no se le paga. No digo más. Sólo esto: está obligada a vivir en París, a una distancia de a lo sumo un cuarto de hora del teatro. Esto habla de su dependencia y de la mediocridad de su condición. La compensación: una fuerte sociabilidad. Incluso una intensa vida familiar. Las actrices tienen amantes, pero también vínculos de larga duración. Tienen hijos y "casi todas son madres de una ternura inefable y de un coraje heroico. [...] En ninguna parte los lazos de sangre son más fuertes que entre los artistas de teatro", escribe George Sand, que veía en esas familias reconstituidas un modelo envidiable de la vida de familia.

Las giras por el interior del país eran agotadoras. Marie Dorval evoca "una vida de albergue siempre de ruta, de fatigas, de desorden, de cajas de trajes tirados en mi habitación; días pasados en ensayos odiosos, con actores estúpidos". Y Marie es una estrella. Peor era para las otras: hoteluchos, teatros sucios, pasillos faltos de higiene, ventilación y calefacción. Por eso muchas veces morían, aun las más grandes. Rachel murió de tuberculosis en Niza (en 1857) poco después de volver de una gira triunfal por los Estados Unidos. La vida de actriz, según Balzac, es "una vida de caballo de calesita". A lo largo del siglo sin duda mejoró. Colette, en *La vagabunda*, evoca sus giras y la camaradería, pero también la soledad preciada del cuarto

de hotel, con cierto placer. Ve en su oficio un medio de independencia.

Pero la competencia es muy fuerte y el medio muy jerarquizado. Es más valioso ser cantante que actriz, intérprete trágica que comediante, bailarina estrella que extra en un ballet. Hay una distancia considerable entre las estrellas de teatro -Marie Dorval, Julia Bartet, Pauline Viardot, Rachel, Sarah y aun Yvette Guilbert- y las cantantes de *café concert*.

Sin embargo, esas estrellas contribuyeron a modificar la práctica y el prestigio del oficio. Rachel tenía un alto concepto de su actuación; ello dejó una huella imborrable en los papeles que representó, e inspiró el arte para siempre.¹⁷⁶

Sarah Bernhardt, más que nadie, cambió el estatuto de la actriz. Su éxito le permitió ser exigente no sólo en lo financiero, sino también en lo cotidiano. Hizo de su camarín un lugar agradable y veló por el confort del teatro que creó en la plaza Châtelet, hoy llamado "Théâtre de la Ville". Rechazaba la galantería porque percibía su otra cara: la dominación masculina. Exigía consideración y respeto y se decía feminista pero no sufragista, preocupada ante todo por la igualdad salarial y por el derecho a la prueba de paternidad. Fue también una mujer comprometida con Dreyfus y con Zola.

No es, sin duda, una "actriz moderna". No le gustaban los "nordistas" (Ibsen, Strindberg, Chéjov), a los que no interpretó. Prefería *Ruy Blas* y sobre todo el teatro de Edmond Rostand. Fue la Princesa Lejana y, a los 56 años, encarnó al Aguilucho vestida por Poiret. Ese papel, que representó más de mil veces, hizo de ella una diva cuya imagen se multiplicaba en miles de tarjetas postales. Su físico impresionaba: encarnaba a la *mujer nueva* del *modern style*. Su modo de vida fascinaba, en particular sus famosas giras por Europa y por América, con su séquito extravagante (treinta y dos personas y cuarenta y dos baúles, en 1880-1881, a los Estados Unidos). "Amo apasionadamente esta vida aventurera", decía. Su tren de vida hacía soñar: departamentos suntuosos, cuartos enteros sumergidos en chucherías y pieles de animales, que le encantaban. Su coraje también. "Nunca te detengas, si no es la muerte", decía la mujer cuya divisa era "A pesar de todo" y que siguió representando El Aguilucho a pesar de la amputación de una pierna. Tenía un costado moralizador y hacía alarde de él:

"Yo soy la decana militante de un arte moralizador. Soy la sacerdotisa fiel de la poesía", dijo en 1896, en ocasión de una fiesta que se organizó para ella. Su lirismo patriótico alcanzó la cima durante la Gran Guerra. Se convirtió en la juglaresa de la nación.

El 26 de marzo de 1923, cuando murió, se le hicieron exequias solemnes en el cementerio de Père Lachaise, e incluso se habló de enterrarla en el Panteón. Decenas de miles de

¹⁷⁶ Como lo demostró la exposición que se le dedicó en 2004 en el Museo de Arte e Historia del Judaísmo de París.

personas siguieron su cortejo a través de París, con los Representantes de la República a la cabeza. Extraño contraste con el entierro casi clandestino de Adrienne Lecouvreur, dos siglos antes (20 de marzo de 1730). Esta ilustre actriz, amiga de Voltaire, a quien el clero negó la sepultura cristiana, fue inhumada de noche en las orillas del Sena, a la altura de Orsay. Anne Martin-Fugier compara atinadamente estos dos entierros, en los que se manifiesta un cambio de la condición de las actrices.

Las actrices están mejor consideradas, aun en los ámbitos elegantes. La princesa Mathilde no duda en recibirlas. Cécile Sorel, en los años veinte, acoge en su casa a la flor y nata de la República. Ser actriz se vuelve, sobre todo, un oficio aceptable y respetable. Eleanor Marx, la hija de Karl Marx, se convirtió en intérprete y representó a la Nora de *Casa de muñecas*. Pero se trata de Eleanor Marx, y de Londres, una ciudad más evolucionada. La poetisa Marceline Desbordes-Valmore, la periodista y feminista Marguerite Durand, la orientalista Alexandra David-Neel, Colette... todas ellas fueron actrices al comienzo de su carrera. Eran mujeres anticonformistas, distantes del modelo académico de la feminidad. Cada una contribuyó a hacer de la situación de actriz una profesión con todas las de la ley, incluso si las familias manifestaban todavía alguna reticencia. Catherine Deneuve, Isabelle Huppert, Jeanne Balibar, que eligió el oficio de actriz después de haber entrado en la prestigiosa École Normale Supérieure, son de algún modo sus descendientes.

Se podría decir lo mismo de las bailarinas. A propósito de esto, quisiera señalar la existencia de un novísimo Centro Nacional de la Danza (1, rue Victor-Hugo, Pantin). El edificio fue reciclado por dos arquitectas que recibieron por esa obra la "Escuadra de Plata" en 2003, la recompensa más alta en materia de arquitectura. La directora, Claire Rousier, quiso inaugurar el centro con una exposición sobre "la construcción de la feminidad en la danza (siglos XVII-XVIII)" que invita sin duda a una continuación. La evolución de las relaciones masculinas/femeninas se revela ahí especialmente interesante. La danza fue en un principio cosa de hombres; marginales y precarias, las mujeres acompañaban a los juglares y los acróbatas. La imagen de Salomé, bailando para obtener la cabeza de Juan el Bautista, encarna la oscuridad femenina. "Cada vez que se baila, se corta otra vez la cabeza de Juan el Bautista", escribe el autor italiano Bernardino da Feltre. Después las mujeres se afirmaron en las figuras de la danza del siglo XVIII, y es posible imaginar que la función del ballet romántico, que va más allá de esta exposición, fue crucial en la idealización del cuerpo femenino y en el advenimiento de la figura de la diva. Se opera entonces una inversión de los roles sexuales. Hay entonces una connotación femenina de la danza y la idea de que bailar es inconveniente para un hombre. Se vio en ello un signo de afeminamiento: las familias populares sobre todo, cuyos

estereotipos sexuales son más fuertes, se resisten al deseo de sus hijos de convertirse en bailarines, como cuenta la bella película inglesa *Billy Elliot*.

Bajo la influencia de coreógrafas como Marta Graham o Merce Cunningham, la danza posmoderna disuelve las antiguas jerarquías y confunde la percepción del género.¹⁷⁷

Así, sobre el escenario del teatro, se juegan doblemente las relaciones entre los sexos.

¹⁷⁷ Annie Suquet, "Scènes. Le corps dansant: un laboratoire de la perception", en Jean-Jacques Courtine (dir.), *Histoire du corps*, t. 3: *Les Mutations du regard. Le XX siècle*, op. cit., pp. 393-415

V. MUJERES EN LA POLIS

LAS MUJERES en la polis: he aquí el tema de este último capítulo dedicado a la historia de las mujeres. Las mujeres en tensión con el espacio y el tiempo, con los acontecimientos, con las guerras; con la política, que les fuera durante tanto tiempo vedada. Las mujeres en la acción colectiva, y especialmente el feminismo, tan cambiante, forma esencial de la acción contemporánea de las mujeres. Las mujeres y los otros; las mujeres y el mundo. Temas tan amplios y complejos que no haremos más que esbozar.

MUJERES EN MOVIMIENTO: MIGRACIONES Y VIAJES

Para empezar, el espacio.

A primera vista, las mujeres parecen confinadas. El sedentarismo es una virtud femenina, un deber de las mujeres atadas a la tierra, a la familia, al hogar. Penélope y las Vestales representan sus modelos ancestrales: aquellas que esperan y cuidan. Para Kant, la mujer es la casa. El derecho doméstico garantiza el triunfo de la razón; retiene a la mujer y la disciplina, aboliendo toda voluntad de fuga.¹⁷⁸ Porque la mujer es una rebelde en potencia, una pluma al viento que es necesario atrapar para impedir que se escape.

Las formas de encierro, de enclaustramiento de las mujeres son innumerables: el gineceo, el harén, el cuarto de las damas del castillo feudal (objeto de una exitosa novela de Jeanne Bourin), el convento, la casa victoriana, el prostíbulo. Hay que proteger a las mujeres, ocultar su seducción. Vigilarlas. "Una mujer en público está siempre fuera de lugar", dice Pitágoras. "Toda mujer que se muestra se deshonor", escribe Rousseau a D'Alembert. Esto es lo que se teme: las mujeres en público, las mujeres en movimiento.

La *disimetría* del vocabulario ilustra esta desconfianza: ser un hombre público es un honor; ser una mujer pública es ser la vergüenza, la callejera, la ramera, la mujer de burdel. El aventurero es el héroe de los tiempos modernos;¹⁷⁹ la aventurera, una criatura inquietante. Los viajes de las mujeres despiertan sospechas, en particular los de las mujeres solas. Algunos hoteles, preocupados por su respetabilidad, las rechazan: Flora Tristán, durante un viaje por Francia, sufre esa experiencia penosa en la región del sur. Por eso fomenta la creación de hogares para "la buena acogida de las mujeres extranjeras" (1835).

¹⁷⁸ Bernard Edelman, *La Maison de Kant*, París, Payot, 1984.

¹⁷⁹ Sylvain Venayre, *La Gloire de l'aventure. Genèse d'une mystique moderne, 1850-1940*, París, Aubier, 2002

A pesar de todo, las mujeres *circulan*. Salen, viajan, migran. Participan de la movilidad que, con ayuda de los medios de transporte, se ha adueñado de los pueblos occidentales de los siglos XIX y XX. Se desplazan menos que los hombres, sin duda, pero se desplazan al fin. En un primer momento las mujeres son parte activa del éxodo rural. Antes de hacer venir a sus esposas a París, los albañiles lemosines traen mujeres de su pueblo para que les cocinen. Ellas hacen sus chanchullos en los inquilinatos que aquellos ocupan en la rue de Lappe. Las familias campesinas ubican a sus hijas como sirvientas, obreras o empleadas domésticas. Ubicadas, están bajo control. Pero ellas se escapan, cambian de domicilio, conquistan su libertad. Las doncellas y mucamas abandonan a sus patronos. Las costureras cambian de taller. Las modistillas de *El taller de Marie-Claire* conocen una rotación del empleo muy masculina. Jeanne Bouvier, costurera, instalada en París con su madre en 1879, es de una sorprendente inestabilidad, tanto como Adélaïde Popp, su colega de Austria. Poco común, es cierto: una y otra, convertidas en sindicalistas, dejaron sendas autobiografías excepcionales¹⁸⁰ que descubren un aspecto muy positivo del movimiento y de la ciudad. La urbe, presentada como la perdición de las muchachas y las mujeres, les permite a menudo liberarse de las pesadas tutelas familiares y de un horizonte pueblerino sin futuro, acceder a modestos ascensos sociales, escapar a uniones arregladas y casarse por amor. La ciudad es el riesgo, la aventura, pero también la apertura al destino. Una escapatoria.

Otra figura de trabajadoras viajeras: las gobernantas (Miss, Fraülein, Mademoiselle...). Surgidas de una burguesía empobrecida, ilustrada, generalmente protestante, estas jóvenes preceptoras o damas de compañía, cultas y bien educadas, que las novelas presentan a menudo como intrigantes, circulan por toda Europa. Sobre todo después del fracaso de las revoluciones de 1830 y de 1848, que dieron origen a un exilio intelectual y político que afecta también a las mujeres. Malwida von Meysenbug es el más claro ejemplo: desde Hamburgo se va a Londres, donde se ocupa de las hijas de Alexandre Herzen, antes de ir con ellas a París y luego a Italia, a las ciudades de Florencia y Roma. A su muerte, deja las *Memorias de una idealista* (1869 y 1876), notable testimonio sobre la diáspora europea del sigloXIX.

Henriette Renan vive muchos años en Polonia, tratando de ganar el dinero necesario para solventar los estudios de su hermano Ernest. En sentido inverso, las rusas viajan a París, como Nina Berberova, quien acumula un enorme tesoro de observaciones para su obra futura. Las que más se trasladan -a la fuerza- son las judías, que, perseguidas por los pogromos, se ganan la vida como pueden e

¹⁸⁰ Jeanne Bouvier, *Mes Mémoires on Cinquante-neuf années d'activité industrielle, sociale et intellectuelle d'une ouvrière (1876-1935)*, 1936, nueva edición a cargo de Daniel Armogathe y Maïte Albistur, París, Maspero, 1983; Adélaïde Popp, *Journal d'une ouvrière*, París, Maspero, 1979.

intentan continuar sus estudios en Londres, Zúrich, París o Nueva York. Estas jóvenes tienen objetivos: "No quiero sólo trabajo y dinero; quiero libertad", dice una inmigrante judía al llegar a Nueva York. Las memorias de Emma Goldman¹⁸¹ ofrecen un relato ejemplar del viaje como modo de emancipación tanto política como personal.

En un principio, las migraciones más numerosas del siglo XIX son sexualmente asimétricas. Los hombres parten solos, o a la vanguardia; las mujeres sólo ocasionalmente logran juntarse con ellos, no siempre. La llegada de las mujeres es un signo de emigración definitiva. Y a lo largo del siglo XX aumenta el reagrupamiento familiar, en función de las políticas gubernamentales. Las mujeres mantienen las tradiciones, la lengua "materna", la cocina, los hábitos religiosos. En Lorena, en las minas y la industria siderúrgica, las italianas conservan las prácticas del Piamonte. En Nueva York lo hacen las sicilianas de Little Italy. Las judías, en la diáspora, por todas partes del mundo. Las portuguesas, las magrebíes y las africanas, en la Francia de hoy. Las muchachas de segunda generación ya son factores de integración decisivos. Ellas aspiran a la igualdad y a la modernidad. Entre el interior y el exterior, el adentro y el afuera, las inmigrantes, divididas a veces por tensiones contradictorias, juegan un papel crucial. Pronto tendrán el lugar que les corresponde en la Cité nationale de l'histoire de l'immigration (CNHI), un museo de la inmigración que próximamente abrirá sus puertas en Porte Dorée, en las instalaciones del antiguo Museo Nacional de Arte de África y Oceanía.

Las mujeres, en fin, han viajado en todas las épocas y por toda clase de motivos. De manera más onerosa, menos aventurera que los hombres, porque ellas necesitan justificación, contención, incluso apoyo.

He aquí algunas de estas viajeras. Natalie Z. Davis¹⁸² narra la historia de Maria Sybilla Merian (1647-1717), una protestante de origen alemán que pertenecía a una cultísima familia de pintores y grabadores. Había adherido a una secta disidente, los labadistas, en Amsterdam, y desde allí partió a Surinam, en la colonia holandesa de Guyana, para observar y coleccionar insectos, pues la entomología era su pasión. "Vivía en un zumbido ininterrumpido de insectos." Publicó dos libros sobre las orugas, cuyas metamorfosis la fascinaron (en 1679, *Maravillosa transformación de las orugas y las singulares flores que las nutren*; en 1705, *Metamorfosis de los insectos de Surinam*). Ambas obras llevaban ilustraciones de una gran precisión que le valieron a Maria Sybilla una sólida reputación, no sólo como artista sino también como científica. Sin embargo, no había gozado

¹⁸¹ Emma Goldman, *Épopée d'une anarchiste, New York 1886-Moscou 1920*, París, Hachette, 1979 (traducción del inglés).

¹⁸² Natalie Z. Davis, *Juive, catholique, protestante. Trois femmes en marge au XVII siècle*, París, Seuil, col. "La Librairie du XX et du XXI siècle", 1997 (traducción del inglés).

de grandes apoyos: se dudaba de que una mujer sola pudiese hacer algo importante. Natalie Z. Davis vuelve a trazar el recorrido, paralelo pero diferente, de Marie Martin, nacida en Tours (1599-1672), quien, una vez viuda, ingresa como religiosa en la congregación de las Ursulinas. Para gran perjuicio de su hijo, a quien ella exhorta a aceptar el sacrificio de su madre, parte a evangelizar a los "salvajes" de Nueva Francia, para lo cual aprende la lengua algonquina.

Muchas mujeres fueron así atraídas por las misiones, católicas o protestantes, en la huella de la expansión colonial. Esas misiones legitimaban su deseo de abnegación y de viaje. Algunas de ellas, en el siglo XIX, participaron de las misiones de los sansimonianos, socialistas activos, apostólicos y relativamente igualitarios.¹⁸³ Estas mujeres salían a predicar la Palabra en Francia. Tras sus huellas, Flora Tristán (1803-1844) emprende, en 1844, un "tour de Francia" para convencer a los obreros de unirse y formar una "unión obrera". Este viaje, realizado en condiciones difíciles, resulta fatal para esa viajera aguerrida que ya ha peregrinado al Perú y recorrido Londres, investigando sobre la condición obrera.¹⁸⁴ Flora Tristán muere el 14 de noviembre en Burdeos, en la casa de Jules y Elisa Lemonnier, futura fundadora de la enseñanza profesional para muchachas. De igual manera, sesenta años más tarde, Louise Michel muere en Marsella, después de dar una serie de conferencias. Los viajes militantes eran todo un desafío.

El viaje de descubrimiento era igualmente peligroso. Era necesario desafiar la opinión pública y tener los medios. Durante el siglo XIX este tipo de viaje atrajo a una cantidad de mujeres libres, como George Sand, quien veía en el viaje un medio de liberación, incluso en el modo de vestir: "Mientras haya espacio delante de nosotros, habrá esperanza", decía. Descubrió Italia con Musset; los Alpes con Liszt y Marie d'Agoult; España con Chopin. Su tótem era el pájaro, y el viajero, su portavoz; las Cartas de un viajero figuran entre sus más bellos textos. Ella se inscribe en esa larga fila de mujeres viajeras que quieren descubrir el mundo. Más tarde, el turismo dará a las mujeres ricas una posibilidad más apacible de ensanchar sus horizontes. Inglesas y norteamericanas llenan Italia y sus museos, guía en mano. Algunas familias acomodadas, protestantes sobre todo, practican el *grand tour*, un modelo de viaje educativo e iniciático, tanto para las muchachas como para los

¹⁸³ Suzanne Voilquin, *Mémoires d'une saint-simonienne en Russie, 1839-1846*, París, Des femmes, 1977.

¹⁸⁴ Flora Tristán, *Pérégrinations d'une paria* (1837), París, Maspéro, 1979; *Promenades dans Londres* (1840), París, Maspéro, edición de Francois Bédarida, 1978; *Le Tour de France*, París, Maspéro, edición de Stéphane Michaud, 1980 [trad. esp.: *El tour de Francia*, Lima, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2007]. Su contemporánea Bettina Brentano von Arnim investigaba en los barrios pobres de Berlín. *Dies Buch gehört dem König* [Este libro pertenece al Rey] aparece en 1843.

varones: gracias a su padre, Marguerite Yourcenar fue ampliamente beneficiada por este tipo de viajes, de los que extrajo para siempre el gusto por lo foráneo.¹⁸⁵

El verdadero viaje de aventura, como el que hicieron Isabelle Eberhardt y Alexandra David-Neel, es sin dudas menos frecuente. Isabelle era rusa, hija ilegítima de una aristócrata exiliada en Suiza, donde empezó sus estudios de medicina. Las crónicas de su compatriota Lydia Pachkov, publicadas en *Le Tour du monde*, una revista ilustrada muy leída por las mujeres, despertaron en ella el "deseo de Oriente", las ganas de descubrir Siria, Palestina, las ruinas de Palmira, de prestigio creciente. Seducida por el islam, se convierte y parte a guerrear a África del Norte, del lado de las tribus disidentes, bajo la apariencia de Mahmoud, una joven rebelde que fascina al oficial Lyautey. Muerta a los 27 años, deja una obra inédita, dedicada a los pobres del Magreb, que Edmonde Charles-Roux publica parcialmente.¹⁸⁶

Alexandra David-Neel (1868-1969) era orientalista, y descubrió el budismo en las bibliotecas. Decidió viajar al Tíbet y lo exploró durante treinta años, yendo de un monasterio a otro, siempre a pie, escoltada por sus mozos de equipaje. Su marido se quedó en Francia. Ella le escribió hasta su muerte, y sus cartas componen el diario de viaje que se publicó más tarde.¹⁸⁷ Como Eberhardt, ella también se convirtió, pero al budismo. Después de más de treinta años viviendo en Asia, vuelve al fin en 1946, con 78 años, provista de una extraordinaria documentación, sobre todo fotográfica, que hoy en día se puede ver en su casa-museo de Digne-les-Bains.

Podría multiplicar los ejemplos, muy conocidos gracias a los libros de Dea Birkett y Barbara Hodgson.¹⁸⁸ ¿Fueron ellas verdaderas aventureras, en el sentido que Henry de Monfreid da al término? No, seguramente no. Les falta un objetivo, una justificación, una actividad. Hacer excavaciones arqueológicas, como Jane Dieulafoy, "la mujer vestida de hombre" que junto a su marido descubrió el fresco de los arqueros asirios que hoy se encuentra en el Louvre. Convertir, ayudar, enseñar, socorrer, sanar... Descubrir a los otros.

Entre las dos guerras, período que marca una ampliación real del espacio femenino, muchas jóvenes se vieron seducidas por la etnografía, materia nueva y por lo tanto accesible a las mujeres, como lo fue en la misma época el descubrimiento del inconsciente por

¹⁸⁵ Marguerite Yourcenar, *Quoi? L'Éternité*, París, Gallimard, 1988 [trad. esp.: *¿Qué? La Eternidad*, Madrid, Alfaguara, 2006].

¹⁸⁶ Edmonde Charles-Roux, *Un désir d'Orient. Jeunesse d'Isabelle Eberhardt*, París, Grasset, 1988.

¹⁸⁷ Alexandra David-Neel, *Correspondance avec son mari, édition intégrale, 1904-1941*, París, Plon, 2000.

¹⁸⁸ Dea Birkett, *Spinsters Abroad: Victorian Ladies Explorers*, Oxford, Blackwell, 1989; Barbara Hodgson, *Les Aventurières. Récits de femmes voyageuses*, París, Seuil, 2002 (traducción del inglés).

parte de las primeras psicoanalistas.¹⁸⁹ Las mujeres podían hablarles a las indígenas: es el caso de Denise Griaule en África y de Germaine Tillion en el Magreb. Con frecuencia se les confiaba una cámara de fotos, dado que por entonces la fotografía era un género menor, accesorio. Las mujeres se apropiaron de esta actividad y algunas hicieron de ella un arte, como Margaret Bourke-White o Gisela Freund.

Por supuesto, estas viajeras eran minoritarias. También lo fueron en el "gran reportaje", un género que abordaron en el período de entreguerras, aunque, tal como analiza Marc Martin, no sin dificultades.¹⁹⁰ Andrée Viollis fue una de las primeras y de las más brillantes reporteras. Había terminado sus estudios en Oxford y hablaba perfectamente el inglés y el alemán. Hizo sus primeros reportajes en Irlanda y luego en la Unión Soviética para *Le Petit Parisien*. Un comienzo tardío: nacida en 1878, ya tenía 50 años. Más tarde viajó a Afganistán, a la India -donde entrevistó a Gandhi-, a Japón y a España, que estaba en plena guerra civil. Viollis se ganó el respeto de la gente del oficio, entre ellos el de Albert Londres, quien la visitó mientras estuvo internada en un hospital. Su hija Simone Téry tuvo más suerte, así como sus colegas más jóvenes, Madeleine Jacob y Titaÿna (seudónimo de Élisabeth Sauvy). Para poder afirmarse en un medio muy masculino (las mujeres apenas constituían el 3,5% de los empleados en periodismo), ellas necesitaban una libertad familiar total, mucha audacia y también una sobrecalificación. En general, tenían estudios superiores a la mayoría de sus compañeros y eran expertas en el manejo de idiomas. Titaÿna era trilingüe. Inconformistas, idealistas, estas mujeres se sentían atraídas por los escenarios de la miseria y la revolución -Rusia, la Viena roja, la España del Frente Popular- y por los ideales de izquierda (salvo Titaÿna, quien realizó una entrevista complaciente a Hitler en 1936 y fue tentada por los colaboracionistas). Andrée Viollis era socialista; Madeleine Jacob y Simone Téry adhirieron al comunismo y escribían para *L'Humanité*.

Actualmente, las "grandes reporteras", enviadas por sus periódicos o canales de televisión, están en todos los frentes, alrededor del mundo, en los lugares más expuestos. Asumen y corren riesgos que a veces pagan muy caros. Pienso en Florence Aubenas, secuestrada en Irak junto a su guía iraquí, una y otro felizmente liberados.

LAS MUJERES EN EL TIEMPO DE LA HISTORIA

¹⁸⁹ Élisabeth Roudinesco, "Les premières femmes psychanalystes", en *Mil neuf cent*, núm. 16, 1998, pp. 27-42.

¹⁹⁰ Marc Martin, *Les Grands Reporters. Les débuts du journalisme moderne*, París, Louis Audibert, 2005, véanse en particular las pp. 292-298, "Des femmes grands reporters"; Andrée Viollis aparece mencionada unas treinta veces.

La historia de las mujeres tiene su cronología, que no siempre es fácil de establecer. A decir verdad, es un auténtico escollo. En todo caso, tiene sus propios acontecimientos, muchas veces distintos de los de la historia política y más relacionados con los órdenes cultural, religioso, jurídico, biológico e incluso técnico. Una reforma religiosa, un libro (*La ciudad de las damas* de Cristina de Pizán o *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir), un descubrimiento médico (la cesárea o la píldora) o una técnica (la máquina de coser o de escribir) se inscriben en la trama de esta historia de manera decisiva. El libre uso de anticonceptivos es sin dudas el hecho más importante, el que cambió radicalmente la relación entre los sexos y comenzó a "disolver" su jerarquía. Tratándose de esta historia, en todo caso, es necesario ampliar la noción de acontecimiento. Y por consiguiente, la concepción misma de la historia.

Pero lo que me interesa actualmente es ver cómo la historia general afecta esas relaciones. Los hombres y mujeres viven juntos los grandes acontecimientos, las rupturas de la época. Juntos pero de manera diferente, de acuerdo con la situación de cada uno en la sociedad de ese momento. Así, surgió la pregunta sobre si había habido o no un Renacimiento para las mujeres. Sí que lo hubo, pero no idéntico al de los hombres y, lo que es más, contradictorio. Este Renacimiento refuerza sus deberes de belleza -la exigencia física de la femineidad- y les da acceso al conocimiento. La Reforma protestante favorece la instrucción de las mujeres y la Contrarreforma católica no le va en zaga. Pero una y otra se ponen de acuerdo para eliminar a las brujas, obstáculos para la racionalidad triunfante y chivos expiatorios de la modernidad, que prefiere quemarlas.

Consideremos, entre los acontecimientos contemporáneos, las grandes rupturas que representan las revoluciones y las guerras: la Revolución Francesa, la Primera Guerra Mundial, por ejemplo. ¿En qué modifican esos sucesos las fronteras de los sexos?

La Revolución Francesa es contradictoria. El universalismo de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* no concierne verdaderamente a las mujeres: ellas no son individuos. A pesar de ello, la revolución les otorga derechos civiles, pero ningún derecho político. Derechos civiles: igualdad sucesoria, igualdad en el acto civil de matrimonio que supone su libre consentimiento y que puede ser disuelto con el divorcio; derecho a administrar sus bienes según el contrato nupcial. Estos derechos significaron una ruptura con la mayoría de las costumbres, en particular con las costumbres normandas, que no reconocían a las mujeres ningún derecho. Es el origen del crimen de Fierre Rivière, el "parricida de los ojos rojos" cuya confesión encontró Michel Foucault: "Yo, Pierre Rivière, habiendo

degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano...".¹⁹¹ Allí, el reo explica: "Hoy en día gobiernan las mujeres". La Revolución destronó al padre así como mató al rey. Sin embargo, la Restauración suprimió el derecho al divorcio, y el Código Civil de 1804, "monumento de iniquidad", según George Sand, restableció el marido-padre en la plenitud de su poder patriarcal. Pierre Rivière delira... o anticipa. En todo caso, la Revolución Francesa excluye a las mujeres del ejercicio de la política, empezando por su derecho a voto. Son todas "ciudadanas pasivas", junto con los menores, los extranjeros, los más pobres y los locos. "Al menos en el estado actual", decía Sieyès, organizador del sufragio. Y es cierto que era la expresión de una duda que pocos hombres -excepto Condorcet- compartían. Una puerta entreabierta por la que el feminismo iba a infiltrarse, e incluso precipitarse.

En esta época existen dos mujeres que protestan: las *ciudadanas tejedoras* cuya historia contó Dominique Godineau. Mujeres del pueblo, urbanas, parisinas en su mayoría, que hostigan a los hombres desde las tribunas de la Asamblea sin dejar de tejer, para dar a entender que no abandonan los "deberes de su sexo", cuyo descuido tanto se le reprochó a Olympe de Gouges. Una minoría, sin dudas; la mayor parte de las mujeres -campesinas, artesanas, amas de casa- era indiferente e incluso hostil a la Revolución, que alteraba el curso normal de las cosas y atentaba contra la religión, que ellas practicaban más que los hombres. Pero qué minoría brillante y ruidosa eran esas mujeres de los clubes (clubes cerrados por los jacobinos), entre las cuales la más famosa es Olympe de Gouges, actriz y escritora, autora de obras de teatro contra la esclavitud de los negros, célebre para siempre por haber escrito la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana en 1791*. Este texto, muy imprudentemente dedicado a María Antonieta, es casi contemporáneo del de Condorcet, *Sobre la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía* (1790). Pero es aun más dramático: "Mujer, despiértate; la llamada de la razón se hace oír en todo el universo; reconoce tus derechos". Y es más preciso en sus diecisiete artículos de gran modernidad, entre los que sobresale el famoso artículo 10: "La mujer tiene derecho a subir al cadalso; también debe tener derecho a subir a la tribuna". En efecto, Olympe subirá al cadalso dos años más tarde, en 1793, al mismo tiempo que madame Roland. Hoy, en la rue Servandoni, en el sexto distrito de París, no lejos del jardín de Luxemburgo, una placa rinde honor a su memoria, casi enfrente de la que recuerda que Condorcet

¹⁹¹ Michel Foucault, *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma sœur et mon frère... Un cas de parricide au XIX siècle présenté par Michel Foucault*, París, Flammarion, 1973 [trad. esp.: *Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a mi hermano... Un caso de parricidio del siglo XIX*, Barcelona, Tusquets, 1976].

escribió escondido en esa calle su *Esbozo para un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, poco antes de morir.

Las revoluciones del siglo XIX representan otras tantas brechas en los sistemas de poder, favorables a la reivindicación latente de la igualdad de los sexos. Es el caso de 1848, la experiencia en este sentido más brillante y más decepcionante. A pesar de las "mujeres de 1848" -Eugénie Niboyet, Désirée Gay, Jeanne Deroin-, de sus periódicos -*La Voix des femmes*, *L'Opinion des femmes*, etc.- y de sus clubes, caricaturizados por Daumier y Gavarni, el "sufragio universal" sólo atañe a los hombres, únicos representantes de la familia, que sigue siendo la unidad de base, incluso en el orden político. Las francesas deberán esperar hasta 1944. Un golpe al vacío. Una exclusión reforzada por la indiferencia del movimiento obrero y la división de las mujeres. Así, George Sand, tan activa en 1848, estimaba, como sus amigos republicanos y socialistas, que la cuestión social era prioritaria y el derecho a voto de las mujeres era prematuro, a causa de su estado de sumisión.

Otro tipo de acontecimiento: *las guerras*. La Gran Guerra, por ejemplo, que por su extensión y su intensidad dramática constituyó un verdadero desafío para la diferencia de los sexos. De interpretación difícil, por lo demás. A primera vista, la guerra es, incluso en su aspecto simbólico, una vuelta al orden de los sexos: los hombres en el frente, las mujeres detrás. Ellos luchan; ellas los secundan, los reemplazan, los curan, los atienden, los lloran. Pero al mismo tiempo se meten en lugares y tareas masculinas, que logran resolver muy bien. Conducen arados, autos y tranvías. Las municioneras ("*munitioinettes*") cargan los obuses en las fábricas de armamentos. Las mujeres administran su presupuesto, manejan el dinero, reciben salarios mejores. Hacen huelga para pedir aumentos: en 1915, en 1917, se manifiestan en París por iniciativa propia. Van y vienen, fuman, se toman libertades. Los hombres critican sus gastos, espían con anhelo sus medias de seda, sospechan de su fidelidad. Ruptura de hábitos y de evidencias, la sexualidad de guerra es problemática.¹⁹²

Después de la guerra hay una voluntad de volver al antiguo orden: nacional -con la Cámara de Diputados "*bleu horizon*", nacionalista y conservadora-, y familiar. A su regreso, los hombres pretenden encontrar sus prerrogativas de siempre: en el trabajo, donde con frecuencia las mujeres deben cederles su lugar, y en el hogar, donde los reencuentros se tornan difíciles para estas parejas desavenidas. Los divorcios son numerosos. Decididamente, ya nada es como antes. Los "años locos" intentan dar vuelta la página y muestran la profundidad de la "crisis de identidad sexual" (André Rauch), más para los hombres, perturbados, que para las mujeres,

¹⁹² Jean-Yves Le Naour, *Misères et tourments de la chair durant la Grande Guerre. Les mœurs sexuelles des Français, 1914-1918*, París, Aubier, 2002.

conquistadoras, de cabello y vestido cortos. Desde la perspectiva de la igualdad, las mujeres parecen ser las principales beneficiarias de la guerra, que a fin de cuentas aceleró una evolución comenzada mucho antes, durante la *Belle Époque*.

Sin duda, es tiempo de poner las cosas y los sexos en su lugar: es lo que intentan los regímenes totalitarios (fascismo italiano, nazismo alemán) y sus sucedáneos, el franquismo en España y el régimen de Vichy en Francia. Estos regímenes hacen de la diferencia de sexos y de su jerarquía un principio absoluto. El jefe, el *Führer*, es él, el hombre. Por lo demás, ese machismo se apoya sobre un intento de seducción. A veces las mujeres sucumben, según se las ve en los noticieros cinematográficos de la época, asistiendo a masivas manifestaciones pro hitlerianas con el rostro extasiado.

Entonces, *¿víctimas o cómplices, las mujeres?* Sobre este punto hay un debate historiográfico que plantea la pregunta, esencial, de la adhesión de las mujeres (y de manera más amplia, de cualquier actor social) a sus papeles. Para Gisela Bock,¹⁹³ historiadora del nazismo, las mujeres fueron ante todo víctimas; de la política natalista y aun más de la esterilización forzada en nombre de la pureza racial. Sus cuerpos instrumentalizados estaban absolutamente sometidos a los imperativos del Estado. Según Claudia Koonz, las organizaciones femeninas nazis otorgaban a las mujeres privilegios materiales y simbólicos. Las "madres patriotas del Tercer Reich" eran mujeres cómplices. También comparte esta tesis Rita Thalmann, una de las primeras en escribir sobre la cuestión.¹⁹⁴ Estas historiadoras insisten sobre la responsabilidad de las mujeres en la Historia, en su propia historia, cuestión que no puede eludirse si se sostiene que las mujeres son actrices de la historia. No existe la inocencia de los oprimidos. "Uno no nace inocente, uno se vuelve inocente", escribe con justeza Liliane Kandel.¹⁹⁵

La experiencia francesa de la ocupación y el régimen de Vichy proporciona un ejemplo menos totalitario pero todavía más sutil del retorno al orden sexual. Es conocida la consigna de Pétain: "Trabajo, Familia, Patria". Esta consigna acompañaba una política natalista, hostil al trabajo de las mujeres, a la vez represiva y estimulante. Un decreto del otoño de 1940 (que por necesidad se aplicó poco en los hechos) excluyó a las mujeres casadas de la función pública: una vuelta al hogar. El aborto fue severamente castigado. En 1943, una

¹⁹³ Gisela Bock, "Le nazisme. Politiques sexuées et vies des femmes en Allemagne", en *Histoire des femmes en Occident, op. cit.*, t. 5, pp. 143-167.

¹⁹⁴ Rita Thalmann, *Être femme sous le III Reich*, París, Tierce, 1982; R. Thalmann (dir.) *Femmes et fascistes*, París, Tierce, 1986.

¹⁹⁵ Liliana Kandel (dir.), *Féminismes et nazisme*, prólogo de Élisabeth de Fontenay, París, Odile Jacob, 2004.

mujer fue condenada a muerte y ejecutada por esta razón.¹⁹⁶ Era como volver a principios del siglo XIX. Se celebraba a la Madre: se instauró para siempre el día de la madre, introducido en los años veinte. Se hizo obligatorio un programa de enseñanza de tareas domésticas y puericultura en los establecimientos femeninos. Se veneraba a la Virgen: Nuestra Señora de Boulogne circulaba de ciudad en ciudad, con un espíritu de misión expiatoria. Se favorecía la enseñanza privada, donde las religiosas "secularizadas" podían volver a tomar los hábitos. Se alentaban las asociaciones de familia.¹⁹⁷ Parte de las mujeres de la Francia derrotada, sintiéndose culpables, se dejaron seducir. Pero en su conjunto resistieron. La mayoría se contentó con la sorda obstrucción, un arma poderosa, sobre todo en la sociedad civil. Las jóvenes, en particular, llevaron sus existencias silenciosamente. Otras se enrolaron en la Resistencia y usaron las armas de las mujeres: el secreto, la hospitalidad, el transporte, la transmisión de mensajes; con menos frecuencia acometieron la acción política o militar. Se ha reconocido muy tardíamente el papel de estas "combatientes en las sombras".¹⁹⁸

Así, cada acontecimiento plantea la cuestión de las relaciones entre los sexos, las interroga, desplaza su eje. Este desplazamiento, más o menos igualitario, de la línea fronteriza depende también de la acción de las mujeres: de su acción colectiva y de la fuerza de su deseo.

LAS FORMAS DE LA ACCIÓN COLECTIVA

Actuar en el espacio público no ha sido fácil para las mujeres, confinadas a lo privado, criticadas apenas se muestran o hablan demasiado alto. Lo han logrado, sin embargo, y de muy diversas maneras que me gustaría explorar. Muchas veces se apoyan en sus roles tradicionales, y entonces todo marcha sobre ruedas: es el caso de los motines del pan o las obras de caridad. Todo se complica cuando pretenden actuar como hombres. La frontera de lo político se revela particularmente resistente, tanto en la Atenas de Pericles como en la Londres de Cromwell o la París de la Revolución Francesa. La política fue, durante mucho tiempo, una fortaleza inexpugnable.

El motín del pan: eso les cuadra a las mujeres. Guardianas de los víveres y el techo, esas eternas amas de casa tienen razones para

¹⁹⁶ El episodio es objeto de la película de Claude Chabrol, *Une affaire de femmes* (1988) (*Un asunto de mujeres*).

¹⁹⁷ Francine Muel-Dreyfus, *Vichy et l'Étemel féminin. Contribution à une sociologie politique de l'ordre des corps*, París, Seuil, 1996.

¹⁹⁸ 21 Véase Françoise Thébaud (dir.), "Résistances et libérations (France, 1940-1945)", en *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, núm. 1, 1995; una elaboración historiográfica.

preocuparse; incluso deben hacerlo. Es su misión. Son ellas quienes deben supervisar el avituallamiento, el precio de los granos o del pan y, con el tiempo, otras provisiones consideradas vitales. Su accionar entra en el dominio de lo que en el siglo XVII se llama *economía moral*: aquella que acepta un precio justo de las provisiones -grano, pan, papas en el sigloXIX, y otros productos cuyos cambios ilustran las modificaciones en la moda o el nivel de vida-, pero que rechazan todo aumento considerado especulativo. Durante la crisis de "vida cara" que afecta a toda Europa a principios del siglo XX (1910), las amas de casa del norte de Francia reivindican "la manteca a 10 centavos" y protestan contra el aumento de la leche y el azúcar. La canasta familiar cambia de contenido.

Estos motines del pan, bien documentados porque aterrorizan a los poderes, bien estudiados por los historiadores,¹⁹⁹ fueron muy numerosos desde el siglo XVII hasta mediados del XIX. Aunque eran protestas mixtas, el rol de las mujeres crecía cada vez más. Eran ellas las "amotinadoras evidentes".²⁰⁰ Más tarde, estos disturbios se atenuaron, debido al desarrollo del ferrocarril y la regulación del mercado. Como consecuencia, la intervención pública de las mujeres se hizo menos frecuente. ¿En qué consistían esos motines? Se trataba de manifestaciones en el mercado, en el camino, en la ruta, en el molino, que apuntaban a los dueños de los productos: trigueros, molineros, panaderos, sobre todo vendedores. Aquellos que el pueblo del siglo XVIII llama "acaparadores", y que detesta porque ve en ellos a los aprovechadores que lo hambread. La libertad del tráfico de granos, establecida a fines del siglo XVIII, a la larga beneficiosa, despertó muchas sospechas. En caso de penuria o de aumento indebido de precios, las mujeres dan la alerta, se amotinan, protestan, se dirigen a los vendedores, los amenazan, les derriban los puestos, salen a los caminos y se acercan a los canales para interrumpir el paso de los transportes de provisiones y proceder -hay que vivir- a llevarse sus cargamentos. Cada vez más, piden la fijación de un precio máximo para el grano o el pan a las autoridades, municipales u otras. ¿Y por qué no al Estado? En este punto, las amas de casa cumplen un rol político, que estalla el 5 y 6 de octubre de 1789, cuando las damas del puerto de La Halle marchan hasta Versalles para buscar al "panadero, la panadera y el aprendiz" para traerlos a París y garantizar el pan. Michelet, quien habitualmente reprueba la acción política de las mujeres, elogia a las amas de casa y su legítima vigilancia. Ellas son abastecedoras que protegen a sus hijos y al pueblo, al que también ahijan. Se comportan como madres.

¹⁹⁹ Jean Nicolas, *La Rébellion française. Mouvements populaires et conscience sociale, 1661-1789*, París, Seuil, col. "L'univers historique", 2002; Nicolas Bourginat, *Les Grains du désordre. L'État face aux violences frumentaires dans la première moitié du XIX siècle*, París, EHESS, 2002.

²⁰⁰ Arlette Farge, "Évidentes émeutières", en *Histoire des femmes en Occident, op. cit.*, t. 3, pp. 481-496.

Los disturbios del pan son más o menos violentos. A veces viran al motín y dejan muertos. Las tropas intervienen con mayor o menor brutalidad. Hay arrestos, juicios, condenas a muerte, que también afectan a las mujeres, aunque los jueces dudan en castigarlas muy duramente, por sus hijos. La madre protege a la mujer. Pero se teme su presencia y la psicología de las masas, en el siglo XIX, absorbe la masa de mujeres: histérica como ellas. Zola, en *Germinal* (1885), pone en escena una manifestación de mujeres de mineros, encabezada por la Maheude, contra el almacenero Maigrat, a quien castran. Escena épica que no tiene precedentes, pero que representa la esencia misma del rol, esperado o temido, de la acción colectiva de las mujeres. Acción que pone en evidencia la impotencia de los hombres.

La regulación del mercado conlleva el retroceso, e incluso la desaparición, de esta forma de intervención femenina. Como consecuencia, ellas desaparecen de la calle. Durante el siglo XIX disminuye su presencia en las manifestaciones y en las barricadas. En París hay más mujeres en las barricadas de 1830 que en las de 1848. En Lyon, entre 1848 y 1914, las manifestaciones se vuelven cada vez más obreras y masculinas. En ellas las mujeres ocupan un lugar marcado, procesional, articulado, simbólico. Se va en camino hacia la manifestación sindical organizada, por ejemplo la del 1º de Mayo, donde las mujeres son portaestandartes, abanderadas o simplemente adornos, signo de una buscadísima popularización familiar. Y ellas se ponen lindas para ir a la marcha.

Así pues, la *huelga* no reemplaza al motín del pan. Es un acto viril, ligado al salariado industrial, que en principio no es el objetivo de las mujeres. El lugar femenino en las huelgas incluso es inferior a su peso en el salariado obrero. Sin embargo, participan en las huelgas mixtas, y su papel, como el de las esposas de los huelguistas, es esencial. En las huelgas de los mineros, tan prolongadas a veces, en la de los esquiladores de Mazamet en 1909, o la de los botoneros de Méru, célebres en los anales del movimiento obrero por su particular tenacidad, ellas organizan ollas populares, punto álgido de la solidaridad obrera. Es menos frecuente que hagan huelga ellas solas. Los obreros no siempre las apoyan. Sus huelgas son sobre todo defensivas, ligadas a cuestiones de disciplina o de horarios. Son más festivas que violentas y muchas veces fracasan. Naturalmente, las cosas cambian: el acceso de las mujeres al salario aumenta su conflictividad. Puede verse con claridad durante la guerra: en 1917, las que cargaban las municioneras (*munitioinettes*) y las modistillas desfilan por las calles de la capital. Las mujeres están muy presentes en las ocupaciones de fábricas del Frente Popular, o en las de 1968. Pero su verdadero surgimiento se produjo durante los años setenta y ochenta, en los talleres de confección y de la pequeña industria mecánica, que descansaban sobre el empleo pobremente remunerado de la mano de obra femenina poco

calificada. Es el caso de empresas como Le Joint Français o Moulinex. Esas fábricas son las más amenazadas por la competencia de los talleres asiáticos, donde trabajan mujeres aun más sobreexplotadas. Cuando estas firmas cierran, los conflictos son interminables y en muchos casos sin esperanzas.

El sindicalismo habría podido representar una oportunidad para las mujeres.²⁰¹ En muchos países el derecho a agremiarse precedió al derecho de votar: así, en Francia, en 1884, la Ley Waldeck-Rousseau declara que "las mujeres casadas que ejerzan una profesión u oficio, pueden, sin autorización de sus maridos, adherir a los sindicatos profesionales y participar en su administración y dirección". Es cierto que para trabajar primero necesitaban obtener esa autorización, y esto hasta 1938 (ley del 18 de febrero). No obstante, la ley abrió una brecha que se ensanchó con el tiempo: en 1900 las mujeres fueron declaradas electoras y elegibles en el Consejo Superior del Trabajo; en 1907, también lo son en los tribunales de conciliación. Siempre excluidas del derecho al voto, a las mujeres se les empieza a reconocer cierto derecho sindical. Una forma de ciudadanía social que durante largo tiempo fue más teórica que práctica.

Las mujeres van ingresando de a poco en los sindicatos. Habiendo sido siempre empleadas marginales, no habían asimilado la cultura del trabajo. Sus compañeros no estaban de acuerdo con su inclusión, rezongaban frente al aumento de las cuotas o al tiempo perdido. Las mujeres tenían mejores cosas que hacer que ir a reuniones. Al principio, eran hasta controladas cuando tomaban la palabra: en algunos sindicatos del norte de Francia debían pasar por un hombre para obtener el permiso de intervenir. En Inglaterra era peor: durante la época del cartismo, en la década de 1830, los *inns* y los *pubs* excluían a las mujeres, a medida que aquellos se convertían en las sedes de los sindicatos. Ellas callan, se retiran a un rincón y luego dejan de ir. El sindicalismo y el laborismo fueron contruidos sin ellas.

En Francia el sindicalismo de acción directa, de inspiración proudhoniana, es hostil al trabajo de las mujeres -un mal necesario- y teñido de machismo. El caso Couriau, de 1913, ilustra claramente la reticencia obrera frente a la entrada de las mujeres a ciertas profesiones y los sindicatos correspondientes. Emma Couriau era tipógrafa en la imprenta de Lyon donde trabajaba su marido (lo cual era bastante excepcional, ya que los oficios del libro gozaban del honor de permanecer masculinos). Ella intentó agremiarse. Rechazo, huelga prolongada y dura. Será necesaria la intervención de la Federación Nacional del Libro (perteneciente a la CGT), más abierta que su base, para que Emma sea aceptada.

El carácter mixto del sindicato hacía difícil el acceso para una mujer honesta. Por eso el sindicalismo tenía más éxito cuando

²⁰¹ Michelle Zancarini-Fournel (dir.), "Métiers, corporations, syndicalisme", en *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, núm. 3, 1996

correspondía a un sector de empleos "femeninos": los estancos de tabaco, o de flores y plumas, eran sectores reivindicativos y relativamente organizados, liderados por militantes muy activas... La elocuente ciudadana Jacobi (tabaco), la elegante mademoiselle Bouvard (floristas y plumajeras), no dudan en hablar en las tribunas de los congresos. Pareciera incluso que encuentran placer al hacerlo.

Parecía más conveniente un sindicalismo unisex en la línea de los "cuartos de las damas", mutuales -más que sindicatos- de los años 1870 a 1880, en los cuales se inspira el sindicalismo cristiano de las domésticas ("La Retama"), o el de las empleadas, desarrollado por Marie-Louise Rochebillard. De esta rama se desprendió la Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos (CFTC), convertida más tarde en la Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT), dotada desde el principio con una fuerte cultura femenina. Jeannette Laot y Nicole Notat salieron de allí. Entre la CFDT y la CGT o la Fuerza Obrera (FO) hay dos genealogías diferentes en lo que se refiere a las relaciones entre los sexos, que las determinan aún en nuestros días. El diario *La Fronde* de Marguerite Durand y Séverine, apoyaba los sindicatos y las huelgas de las mujeres. Pero este apoyo del "feminismo burgués" les valió no pocas críticas.

Éstas nunca cesaron del todo. Setenta años más tarde, algunas militantes de la CGT -Christiane Gilles, Ghantal Rogerat- comprometidas en las luchas del Movimiento de Liberación de las Mujeres (MLF) quieren hacerse oír y decir que existe en la sociedad y en el seno del sindicalismo una "cuestión de las mujeres", especialmente a través del mensuario femenino de la CGT, *Antoinette*, que ellas dirigen. Su acción culmina en el congreso de la CGT en 1977. Finalmente serán despedidas y *Antoinette* deberá dejar de aparecer. Entre mujeres y sindicalismo persiste un malentendido según el cual las relaciones entre los sexos son secundarias y están subordinadas a las relaciones sociales. La dominación masculina no puede ser otra que la del capital y la opresión de las mujeres no podría sustituir a la del proletariado. Hoy en día en Francia, en un sindicalismo minoritario, la asimetría sexual sigue siendo fuerte: el índice de sindicalización es del 11% entre los hombres y del 3,5% entre las mujeres. Ellas representan el 42% de los afiliados de la CFDT, el 36% de Sud y el 28% de la CGT.

A pesar de estas restricciones, el sindicalismo ha sido, para numerosas mujeres, un lugar de solidaridad, de sociabilidad, de apertura al mundo y de toma de responsabilidades. Los congresos fueron verdaderas propedéuticas de la palabra de las mujeres. En el célebre Congreso de Marsella (1879), Hubertine Auclert se dirigió los obreros. "Esclava, representante de nueve millones de esclavas", reivindicó la absoluta igualdad de derecho de ambos sexos, una expresión de deseo que fue aclamada por la asistencia. Entre las dos guerras las institutrices, sobre todo, desarrollaron un sindicalismo activo, muy sensible a las reivindicaciones de las mujeres, que

incluían el tema del control de la natalidad, lo cual les valió persecuciones judiciales.²⁰²

A pesar de todo, las asociaciones se ajustaban mejor a las mujeres. Las asociaciones religiosas y caritativas, las asociaciones filantrópicas, eran legión. En particular en Inglaterra: la *London Mission*, que descansa sobre la acción de las damas, el Ejército de Salvación, que tiene mujeres al frente como Evangeline Booth, convertida en general. Existió una miríada de asociaciones, para los enfermos, los pobres, los niños "en riesgo", los ancianos, los prisioneros (visitadoras de cárceles como la famosa Elizabeth Fry)..., donde se agotaban las energías de las mujeres y su heroica voluntad. Por la acción social, podía una ser útil e incluso hacerse de un nombre. El mundo obrero se convirtió en una verdadera tierra de investigación y de misión; allí, algunas se instalaron en *settlements* (Marie-Jeanne Bassot, en Levallois-Perret).²⁰³ La acción local, concreta y limitada, se ajustaba mejor a las mujeres; las preparaba para la acción municipal, primera escala hacia una intervención más política en la polis, que constituye hoy en día, tanto en Francia como en Europa, su mejor anclaje.

La política: ciudad prohibida

De todas las fronteras, la de la política fue, en todos los países, la más difícil de atravesar. Debido a que la política es el centro de la decisión y el corazón del poder, se la consideraba un asunto exclusivo de los hombres. La polis griega excluye a las mujeres, como lo hace con los esclavos y los bárbaros, pero de una manera distinta. Las mujeres intervienen en caso de una crisis aguda en la que la existencia de la ciudad es cuestionada. Esta *stasis* (sedición), según Nicole Loraux, es considerada una catástrofe.²⁰⁴

La sacralización del poder del clero, en la Edad Media, no soluciona nada. La Edad Media es "masculina". La aristocracia intercambia bienes y mujeres con la vista puesta en el linaje, por medio de casamientos bendecidos por la Iglesia.²⁰⁵ En casos

²⁰² Slava Liszek, *Mane Guillot. De l'émancipation des femmes à celle du syndicalisme*, París, L'Harmattan, col. "Chemins de la mémoire", 1994.

²⁰³ Véase Évelyne Diébolt, *Les Femmes dans l'action sanitaire, sociale et culturelle (1801-2001)*, publicado por la asociación "Femmes et associations", 2001; Sylvie Fayet-Scribe, *Associations féminines et catholicisme. De la charité à l'action sociale, XIX-XX siècles*, París, Éditions ouvrières, 1990.

²⁰⁴ Nicole Loraux, *Les Enfants d'Athéna*, París, Maspero, 1981; *Les Expériences de Tiresias. Le féminin et l'homme grec*, París, Gallimard, 1989; "La cité, l'historien, les femmes", en Pallas, 1985, pp. 7-39.

²⁰⁵ Georges Duby, *Mâle Moyen Âge. De l'amour et autres essais*, París, Flammarion, 1988; *Le Chevalier, la Femme et le Prêtre. Le mariage dans la France féodale*, París, La Découverte, 2003 [trad. esp.: *El caballero, la mujer y el cura: el*

excepcionales admite el poder de las damas y confía la regencia a las reinas: durante el Renacimiento, estos paréntesis se atenúan por el retorno a un neoplatonismo que precede a la "batalla de los sexos". Catalina de Médicis intenta contribuir, con su "gran corazón" y su "dulzura", con sus cualidades propiamente femeninas, a la consolidación del absolutismo real, más masculino que nunca.²⁰⁶

En este punto, la Revolución Francesa es una continuación del Antiguo Régimen: renueva la ley sálica y ofrece razones, todas romanas, para la exclusión política de las mujeres. En tanto "ciudadanas pasivas", las mujeres tienen derecho a la protección de su persona y de sus bienes; han sido hechas para ser protegidas. Apenas si son imputables, ya que están desprovistas de responsabilidad y estatus jurídico. Para salir de esa situación de asistidas, las mujeres deben demostrar que son individuos responsables. En este sentido, la democracia representa una potencialidad, la posibilidad de una inclusión, una promesa de universalidad. Llegado el momento, la lógica democrática disuelve los grupos, incluida la familia, y toca a todos los individuos: aún falta ser reconocido como tal. Ése es el problema de las mujeres.

Para resolverlo fue necesaria la modernización de las mentes, la evolución de las costumbres, la reivindicación de las mujeres (en concreto, el sufragismo inglés, francés, europeo, occidental) y las conmociones, como las guerras. Después de la Primera Guerra Mundial, numerosos países otorgaron el derecho de voto a las mujeres. No así Francia, que esperará el fin de la Segunda Guerra. La Asamblea Consultiva Provisoria de Argel, por ordenanza del 21 de abril de 1944 (artículo 17), declara: "Las mujeres son electoras y elegibles en las mismas condiciones que los hombres". Al fin. Fue necesario barrer con las últimas objeciones de los radicales: en ausencia de los maridos, prisioneros, ¿no era muy aventurado el voto de las mujeres, privadas de "sus educadores naturales"? Ellos temían que, manipuladas por la Iglesia de la democracia cristiana, desplazaran el voto hacia la derecha. En 1945 las francesas votan por primera vez y, en efecto, lo hacen un poco más a la derecha que los hombres. En adelante, sin embargo, no cesarán de acercarse a ellos en materia política, constituyéndose, en los últimos tiempos, en un dique más fuerte contra el Frente Nacional. ¿Por qué esta "singularidad" francesa?²⁰⁷ Se han invocado varias razones. En principio, la vieja tradición de la ley sálica, que excluye a las mujeres del trono: en Francia, la reina no es más que "la mujer del rey", como

matrimonio en la Francia feudal, Madrid, Taurus, 1999].

²⁰⁶ Denis Crouzet, *Le Haut Cœur de Catherine de Médicis. Une raison politique aux ternps de la Saint-Barthélemy*, París, Albin Michel, 2005; Thierry Wanegffelen, *Catherine de Médicis. Le pouvoir au féminin*, París, Payot, 2005.

²⁰⁷ Mona Ozouf, *Les Mots des femmes. Essai sur la singularité française*, París, Fayard, 1995.

lo mostró Fanny Cosandey.²⁰⁸ Pero esto no ocurre en otros países europeos: Inglaterra (Isabel I), Rusia (Catalina la Grande), Suecia (la reina Cristina) e incluso Austria (María Teresa, tan atenta a las actitudes de María Antonieta, su hija, en la corte de Francia)²⁰⁹ tienen soberanas con todas las de la ley. La construcción de las relaciones entre los sexos bajo el modo de la cortesía y la galantería, propia de nuestra urbanidad, ubicaría a las mujeres fuera de la conflictiva arena política; con ellas uno quiere el amor y no la guerra. Pero, ¿por qué el movimiento obrero "olvidó" a las mujeres en 1848, si eran tan ardientes en sus reclamos por el derecho al voto? Según Anne Verjus,²¹⁰ la persistencia del holismo familiar, que hace de la familia la célula fundamental de la sociedad, representada por su cabeza, fue el obstáculo principal para el establecimiento definitivo del sufragio "universal". Intervienen también algunas consideraciones políticas: el miedo al poder oculto de la Iglesia y su influencia sobre las mujeres. Es la obsesión de Michelet, quien teme a los secretos de confesión, y, más tarde, también la de los radicales.

Pesa, ante todo, la manera, el proceso según el cual se estableció la República en Francia: el sangriento sacrificio de la muerte del rey le da a la "consagración del ciudadano"²¹¹ un aspecto viril y religioso que no se adecúa a la debilidad y la frivolidad de las mujeres, indignas de semejante sacerdocio. Por último, la promoción de una ciudadanía universalista e individualista originó, para las mujeres, una situación inextricable. Ni por su propia naturaleza ni por sus funciones las mujeres pueden ser reconocidas como individuos. Está a la vista: no faltan los argumentos, y yo simplemente quisiera indicar al lector la intensidad que han tenido los debates sobre este tema durante los últimos veinte años, sobre todo desde el bicentenario de la Revolución, que reabrió el campo de la reflexión sobre la naturaleza del "universalismo".

En Francia la política es una conquista del hombre, un oficio de hombres que los organizadores de la democracia -por ejemplo Guizot-, siempre dispuestos a evocar el síndrome María Antonieta, pretenden sustraer de los salones, la palabra y la nefasta influencia

²⁰⁸ Fanny Cosandey, *La Reine de France. Symbole et pouvoir, XV et XVIII siècles*, París, Gallimard, 2000.

²⁰⁹ Natalie Z. Davis, "La femme au politique", en *Histoire des femmes en Occident, t. 3: Temps modernes, op. cit.*, pp. 175-194 [trad. esp.: *Historia de las mujeres en Occidente, t. 3: Del Renacimiento a la Edad Moderna, op. cit.*].

²¹⁰ Anne Verjus, *Le Cens de la famille. Les femmes et le vote, 1789-1848*, París, Belin, 2002.

²¹¹ Pierre Rosanvallon, *Le Sacre du citoyen. Essai sur le suffrage universel en France*, París, Gallimard, 1992 [trad. esp.: *La consagración del ciudadano. Historia del sufragio universal*, Instituto Mora, México, 1999]; *Le Moment Guizot*, París, Gallimard, 1985.

de las mujeres. Ser mujer en política, más todavía: ser una "mujer política" parece antitético de la feminidad, parece ser negar la seducción o deberle todo a ella. De allí los bloqueos, las resistencias, que pesan al mismo tiempo sobre el gobierno y la representación. A pesar del voto de la Ley de Igualdad (2001), las mujeres constituyen apenas el 12% en la Asamblea Nacional, un poco más en el Senado y hay muy pocas en el Poder Ejecutivo. Es a nivel local donde más progresan. De todos modos, la perspectiva de tener una mujer como presidente de la República ya no asusta a los franceses. Hasta contemplan la posibilidad con simpatía.

Y Europa, donde nació la idea de la igualdad, enriquecida por experiencias de gran diversidad, debería hacer que las cosas cambien.

FEMINISMOS

El feminismo no necesariamente tiene buena reputación. Muchas mujeres se cuidan de él como de una arruga en la cara: "Yo no soy feminista, pero...", dicen algunas, conscientes, a pesar de todo, de lo que le deben al movimiento. A los movimientos, debería decir; tan plural y variado es el feminismo. Eterno pariente pobre de la historiografía y hasta de la memoria, puesto que deja pocas huellas debido a lo tenue de su organización, durante los últimos treinta años el feminismo se ha beneficiado de las numerosas investigaciones que hicieron revivir a las pioneras, reconstituyeron los episodios que éstas protagonizaron y mostraron los desafíos que asumieron. La bibliografía es considerable. Hasta hay compilaciones, como la *Encyclopédie politique et historique des femmes* de Christine Fauré, o *Le siècle des féminismes*.²¹² Estas obras muestran que se ha pasado de la memoria a la historia, a una historia comparativa, por lo menos en el mundo occidental.

Las palabras. Primero, ¿de dónde viene la palabra "feminismo"? Su paternidad es incierta. Se la atribuye a Pierre Leroux, inventor de "socialismo". Con más seguridad, a Alejandro Dumas hijo, quien, en 1872, la usa de manera muy peyorativa. Según él, el feminismo era la enfermedad de los hombres lo suficientemente "afeminados" como para ponerse del lado de las mujeres adúlteras en lugar de vengar su honor. Débiles, en definitiva. En 1880, Hubertine Auclert, nuestra sufragista francesa, se declara orgullosamente "feminista". A fin de siglo estos vocablos, sustantivo y adjetivo, se difunden, se ponen de moda, aunque no reemplazan expresiones como "la causa de las

²¹² Christine Fauré (dir.), *Encyclopédie politique et historique des femmes*, París, PUF, 1997; Éliane Gubin, Catherine Jacques, Florence Rochefort, Brigitte Studer, Françoise Thébaud, Michelle Zancarini-Fournel (dirs.), *Le siècle des féminismes*, París, L'Atelier, 2004.

mujeres", o *Women's Movement*, que prefieren las anglosajonas. Todavía en 1975 la historiadora británica Sheila Rowbotham cuenta que ella, en su juventud, veía a las feministas como "seres espantosos en trajes de tweed, con anteojos de carey y rodetes apretados; ante todo, seres totalmente asexuados".²¹³ En el mismo sentido, Antoinette Fouque escribe: "Luché para que el Movimiento de las Mujeres no se transformara en el *movimiento feminista*. Me parecía -quizás sin razón- que con la palabra mujer podíamos dirigirnos, si no a todas, por lo menos a la gran mayoría".²¹⁴ Sin duda, Fouque tiene razón. Pero esta idea nos habla de la fuerza de los estereotipos.

¿La cosa? En un sentido muy amplio, "feminismo", "feministas", designan a aquellas y aquellos que se pronuncian y luchan por la igualdad de sexos. Personas aisladas, como Cristina de Pizán, que a fines del siglo XV escribió *La ciudad de las damas*, o Mary Astell en el XVII, a quienes se calificó como "prefeministas".²¹⁵ Hay doctrinas y movimientos más colectivos a partir de fines del siglo XVII. Sorprende la simultaneidad de tres textos fundantes: en 1790, *Sobre la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía*, de Condorcet; en 1791, la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*, de Olympe de Gouges; en 1792, *Vindicación de los derechos de la mujer*, de Mary Wollstonecraft. Un momento crucial. Un advenimiento, insinuado durante la brecha del Iluminismo y sobre todo de la Revolución Francesa mediante un clásico proceso eruptivo que recuerda el choque de las placas tectónicas y el surgimiento de un tsunami (aunque felizmente menos devastador), que se producirá muchas veces. Como si las reivindicaciones latentes de las mujeres no esperaran más que una fisura para surgir. En suma, el equilibrio entre los sexos vive sobre un volcán.

El feminismo se mueve por impulsos, por oleadas. Es un movimiento intermitente, sincopado, pero que resurge, porque no se apoya en organizaciones estables capaces de capitalizarlo. Movimiento, más que partido -a pesar de algunos intentos abortados-, el feminismo se apoya en personalidades, agrupaciones efímeras, asociaciones frágiles. La ausencia de lugares físicos complica las cosas. Las mujeres de 1848 se reúnen en las casas de aquéllas que tienen alguna habitación propicia y con "suficientes sillas". Sin embargo, las sociedades van tomando más consistencia con el tiempo. En el siglo XX florecen las *Vereine*, las asociaciones

²¹³ Citado por Françoise Barret-Ducrocq, *Le Mouvement féministe anglais d'hier à aujourd'hui*, París, Ellipses, 2000, p. 7. Sheila Rowbotham es una pionera de la historia de las mujeres inglesas. Citemos, entre otros, *Hidden from History*, Londres, Pluto Press, 1973 [trad. esp.: *La mujer ignorada por la historia*, Madrid, Debate, 1980].

²¹⁴ *Ibid.*

²¹⁵ Guyonne Leduc, *L'Éducation des Anglaises au XVIII siècle. La conception de Henry Fielding*, París, L'Harmattan, 1999.

que defienden el "derecho al voto", el apoyo a las mujeres profesionales (AFDU, *Association française des femmes diplômées des universités*), las "ligas", los "consejos". En Washington, en 1888, se funda el Consejo Internacional de Mujeres (CIF), sufragista ante todo, que se dispersa por el mundo; el Consejo Nacional de Mujeres Francesas (CNFF, *Conseil national des femmes françaises*) nace en 1901; para 1914 hay 28 consejos nacionales. El CIF organiza congresos donde las mujeres se inician en la oratoria, los viajes militantes y las relaciones internacionales. Henry James da un retrato agrídulce de estas primeras oradoras en *Las bostonianas*.

Este feminismo lleva a cabo acciones diversas: primero por escrito. Solicitadas que las inglesas amaban y que George Sand recomendaba a las mujeres privadas de otras formas de ciudadanía. Manifiestos para reivindicaciones más solemnes, como el derecho al aborto (aquel de las 363 "putas", publicado en *Le Nouvel Observateur*, hizo historia) o por la igualdad. Libros y sobre todo periódicos. Éstos acompañan las revoluciones de 1830 y 1848. La *Frauenzeitung* de Louise Otto en Leipzig tiene como divisa: "Recluto ciudadana—nas para el reino de la libertad". En 1868, *La Donna* de Anna María Mozzoni se manifiesta resueltamente europea, incluso cosmopolita, como el *Diario de las damas de Atenas*, de Kalliroi Parein.²¹⁶ En particular el célebre periódico *La Fronde* (1897-1905) de Marguerite Durand, administrado, escrito y compuesto por mujeres. Primero mensual, luego diario durante un breve período, se elevó al nivel de los grandes diarios de opinión e información que citaban los colegas. Contaba con importantes firmas -esporádicamente Colette- y el talento de periodistas profesionales, como Séverine, quien cubre la revisión del juicio a Dreyfus en Rennes. El diario tomó abiertamente partido por Dreyfus y por Lucie, la compañera firme y discreta cuyo inquebrantable coraje revela su *Correspondencia*.²¹⁷

Por este caso las feministas acceden, casi como intrusas, al rango de "intelectuales", nueva categoría de actores públicos pensados en masculino.²¹⁸

El feminismo actúa en mítines. El más famoso fue aquel al que convocó Josephine Butler contra la prostitución, envalentonada por

²¹⁶ Eleni Varikas dedicó su tesis, inédita en francés, a este *Diario de las damas* (Universidad Paris-VII, 1989).

²¹⁷ Alfred y Lucie Dreyfus, *Écris-moi souvent, écris-moi longuement... Correspondance de l'Île au diable*, edición al cuidado de Vincent Duclert con prólogo de Michelle Perrot, París, Mille et Une Nuits, Fayard, 2005.

²¹⁸ Nicole Racine y Michel Trebitsch (dirs.), *Intellectuelles. Du genre en histoire des intellectuel*, Bruselas, Complexe, 2004; *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, núm. 13, 2001, "Intellectuelles", número dirigido por Mathilde Dubesset y Florence Rochefort.

las revelaciones escandalosas de la *Pall Mail Gazette*. La noche de un sábado de agosto de 1885, doscientas cincuenta mil personas desbordaron Hyde Park, en Londres, con un ramo de rosas blancas en la mano, para denunciar el vicio y defender la pureza sexual de la nación, bajo el grito de: "*Vote for women, purity for men!*". Por lo demás, las opiniones de las feministas no fueron unánimes ante estos vahos de puritanismo.

Las feministas vuelven a apropiarse de la calle prohibida, no sin malestar por el fortísimo oprobio -"Me pone los pelos de punta", dice una manifestante-, en manifestaciones que parecen procesiones o cortejos, prolijamente ordenadas según nos las muestran las fotos viejas, y que hacían las delicias de los caricaturistas. En Boston, en Londres y en París, las mujeres desfilan, elegantemente vestidas y peinadas; agitan estandartes y pancartas con eslóganes, despliegan banderines, se ciñen bandas reivindicativas. En el período de entreguerras, ante la resistencia al derecho al voto femenino, las francesas intensifican sus marchas y distribuyen prospectos en los mercados: "Las francesas quieren votar", dicen. Entre los años 1971 y 1975 el Movimiento de Liberación de las Mujeres las saca a la calle, desde Berlín hasta París, en todo el mundo occidental, e incluso en Tokio. Y esta vez sí se puede hablar de "masas". La calle y los movimientos sociales ya no les dan miedo.

¿Son violentas estas manifestaciones de mujeres? Rara vez. Hubertine Auclert, la Ciudadana, con su gran sombrero, irrumpe en las intendencias cuando hay casamientos para protestar contra los artículos del Código Civil que exigen a las mujeres obediencia a sus maridos. Escándalo amable. Madeleine Pelletier rompe algunos vidrios con papas para evitar cualquier riesgo de lastimar: es más ruidoso. Entre las dos guerras, por instigación de Louise Weiss, brillante periodista, las manifestantes se encadenan a las rejas del Senado, la cámara recalcitrante, y simbólicamente rompen ellas mismas sus ataduras. Las *suffragettes* (militantes sufragistas) inglesas, reputadas como más "guerreras", van aún más lejos. Tiran una bomba (no producen daños), son apresadas, hacen huelga de hambre, la primera de este tipo. Una de ellas, Emily Davison (1872-1913), se tira frente al caballo del rey en el derby de Epsom y se convierte en la heroína del sufragismo; una loca, dicen sus detractores. Ése era el extremo de la violencia feminista. Más a menudo las mujeres recurren a la fiesta o la burla. Cantan, esgrimen las escobas, el eslogan irónico -*Le torchon brûle*-²¹⁹, la pancarta provocadora. Pero la sola presencia de mujeres en la calle, actuando ellas mismas por su propia causa, es subversiva y percibida como violencia.

El feminismo actúa por personas, personalidades, militantes; todas merecerían ser retratadas o figurar en los diccionarios. Al

²¹⁹ Juego de palabras intraducible. La expresión, literalmente "El trapo quema", equivale a decir "La cosa está que arde" [N. de la T.].

principio están aisladas, son mujeres emancipadas de la burguesía o de la aristocracia (Mary Wollstonecraft, lady Montagu, madre de las *bluestocking* o *bas-bleu*, George Sand, Flora Tristán, etc.). En algún momento, el reclutamiento del feminismo abarcó a las obreras (rol de las costureras). Pero las reticencias del movimiento obrero, para el cual "el feminismo es burgués", lo limitaron a los estratos medios intelectuales, a menudo protestantes: institutrices, abogadas (María Vérone, Yvonne Netter, Gisèle Halimi), médicas (Madeleine Pelletier), periodistas, escritoras. La fuerza del MLF de los años setenta y ochenta residió en la extensión del apoyo popular; éste prestó su voz a la reivindicación masiva que las mujeres hicieron del derecho a la libre maternidad.

El feminismo actúa por alianzas muy diversas. Con el liberalismo, por ejemplo, que veía en aquél una prolongación de las libertades, como dice John Stuart Mili en *El sometimiento de las mujeres* (1869), un clásico.

Con el socialismo, por lo menos en la primera mitad del siglo XIX, Saint-Simón, Fourier, Robert Owen y sobre todo Pierre Leroux soñaban con unir a los proletarios y las mujeres, hermanos gemelos oprimidos. Más tarde las cosas se complican. En la teoría, que subordina la lucha de sexos a la lucha de clases; en la práctica del poder que se apoya sobre partidos, incluso sobre la dictadura de un proletariado muy masculino. Entre la virilidad del militante y el ama de casa ideal las mujeres comunistas no tienen escapatoria.

El protestantismo le dio al feminismo muchas dirigentes. El librepensamiento le fue favorable, aunque desconfiaba de las supersticiones de las mujeres. Maria Deraismes funda, no sin dificultades, la primera logia femenina de Francia; la masonería tuvo un rol importante en la adopción de las Leyes Neuwirth (de anticoncepción) y Veil (del aborto). El neomaltusianismo, particularmente activo en los Estados Unidos e Inglaterra, dividió el feminismo. La inglesa Annie Besant y las francesas Nelly Roussel, Madeleine Pelletier y Gabrielle Petit militaron para el desarrollo del control de natalidad, pero a muchas les daba asco abordar las cuestiones de sexualidad.

Existe también un feminismo católico que irrigaba el sindicalismo cristiano y el pensamiento de Cécile de Corlieu y Léontine Xanta, fugaz modelo de una joven Simone de Beauvoir. "La mujer también es una persona", titulaba en 1936 *Esprit*, la revista de Emmanuel Mounier que en 1949 celebró la aparición de *El segundo sexo*. Sin embargo, la doctrina de la Iglesia, tanto sobre el poder y el celibato de los sacerdotes como sobre la anticoncepción y el lugar de las mujeres, no la hacía muy accesible a las reivindicaciones del feminismo.

De manera general, existe una alianza entre feminismo y modernidad, entre feminismo y democracia.

El feminismo actúa como la marea, por oleadas. En el siglo XIX, el movimiento lucha más por la igualdad de los sexos -una noción relativamente nueva, enunciada por los cartesianos del siglo XVII y luego afinada y reiterada- que por la diferencia, que corre el riesgo de condenar a las mujeres a la inferioridad. Con diferencias reales según el país y las culturas políticas. La cultura de género es más fuerte en los países anglosajones, incluida la variante "maternalista", de la cual la sueca Ellen Key es la principal apologeta. Esta variante encuentra particular eco en Alemania y entre las pacifistas, como la francesa Madeleine Vernet.

En la segunda mitad del siglo XX, sobre todo después de 1970, el feminismo lucha por la "liberación" de las mujeres -*Women's Lib*, MLF- y eventualmente por la igualdad en la diferencia. Las mujeres redescubren su cuerpo, su sexo, el placer del "entre mujeres", la amistad y el amor de las mujeres, la sororidad, la homosexualidad. Un lesbianismo que se afirma como fuerza autónoma y que renueva el pensamiento de la gente.

Nos hemos topado con las grandes reivindicaciones del feminismo en cada capítulo de este ensayo. Ellas tejen esta historia, con una temporalidad variable según los países.

El *derecho al saber* -no sólo a la educación, sino también a la instrucción- es sin duda la más antigua de estas reivindicaciones, la más constante, la más compartida. Porque todo está regido por el saber: la emancipación, la promoción, el trabajo, la creación, el placer. Esta reivindicación se acompaña de un inmenso esfuerzo de apropiación: lectura, escritura, acceso a la enseñanza. Con métodos un poco diferentes. El universalismo francés privilegia el acceso a los títulos comunes: el bachillerato para Julie Daubié, por ejemplo. En los países anglosajones, más diferencialistas, las feministas se respaldan en instituciones distintas: Emily Davies funda un colegio universitario femenino en Hitchin y después en Girton (el famoso Girton College), cerca de Cambridge, la prestigiosa universidad que recién acepta a las jóvenes, y con reticencias, en 1948.²²⁰ En 1848-1850, Malwida von Meysenbug abre en Hamburgo un colegio universitario para mujeres al estilo de la orden de las beguinas. El feminismo alemán fue pedagógico y educativo. Nada que ver, sin embargo, con la envergadura de las universidades femeninas estadounidenses (como la de Wellesley), que formaron hasta nuestros días una élite femenina de la que surgió, entre otras, Hillary Clinton.

El *derecho al trabajo, al salario*, a los oficios y las profesiones tiene importancia a la vez económica, jurídica y simbólica, con diferencias sociales evidentes. Las clases populares necesitan los sueldos de las mujeres, aunque sólo los consideren "un aporte". La burguesía delega el ocio, el *otium* aristocrático, a sus mujeres,

²²⁰ Françoise Barret-Ducrocq, *Le Mouvement féministe anglais d'hier à aujourd'hui*, op. cit.

vidrieras del éxito y la riqueza, de sus maridos. "Vivir noblemente es vivir sin hacer nada", se decía bajo el Antiguo Régimen. Esto ya no es posible en el capitalismo. Pero al menos las mujeres conservarán ese halo cortesano, este estilo de vida mundana que hacen la distinción. Es por eso que su eventual "trabajo" despierta el oprobio: es percibido como una molestia, la marca de la decadencia de la familia, una vergüenza social. Las mujeres de esa clase debieron colarse a hurtadillas en el mercado laboral, exclusivamente en el área de servicios, ocupaciones conformes a la feminidad.

La obtención de los *derechos civiles* constituyó un tercer frente, completamente cercado por el derecho, no mucho más favorable en Inglaterra que en Francia. La *Common Law* ponía a las mujeres bajo la dependencia total de sus maridos, quienes, detentaba la administración de todos sus bienes, incluidos los ingresos o sueldos propios. Poco diferente en este punto, el código Napoleón (1804), el "infame Código Civil", se exportó a toda Europa y al mundo entero. Tanto en Inglaterra como en Francia, las mujeres debieron pelear por la administración de sus bienes, por el derecho al divorcio y al trabajo, por la igualdad en el régimen de la comunidad, por el reconocimiento de la autoridad parental conjunta, etc. Más tarde, por el derecho a elegir el lugar de residencia y, hoy en día, por el apellido. Todas las veces fueron batallas legales épicas.

Una de las primeras que se libraron y se ganaron fue la que llevó a cabo la inglesa Caroline Norton, indignada al ver cómo su marido acaparaba sus derechos de autor; otra, la que condujo Barbara Leigh Smith Bodichon para obtener la independencia económica de las mujeres casadas. Apoyadas por solicitadas con millones de firmas, entre ellas las de muchas obreras, lograron hacer presión sobre los legisladores. El *Married Women's Property Bill* (1857) fue una primera etapa, completada diez años más tarde por el *Matrimonial Causes Act* (1867), que reconocía el derecho al divorcio. En Francia hubo que esperar la Tercera República para obtenerlo (Ley Noquet, 1884). Y muchos años más para la reforma de la administración de bienes. La obtención de los derechos civiles es particularmente difícil en los países católicos, debido a la condición sacramental del matrimonio y a una concepción patriarcal de la familia que se perpetúa en la laicidad. Sin embargo, la igualdad civil es la clave del estatuto individual de la mujer. Por eso George Sand la consideraba una condición previa indispensable para la reivindicación de la igualdad política.

Los *derechos políticos* tienen tres aristas: el sufragio, la representación y el gobierno. En todos los ámbitos, Europa del Norte se adelantó a Europa del Sur. En 1901 Finlandia se convirtió en el primer país en otorgarles a las mujeres el derecho al voto. Desde 2000 está presidida por una mujer, Tarja Halonen, famosa por su sencillez. Gobernar nunca es administrar y nada más. Como explicación, los finlandeses invocan una tradición matriarcal que

encuentra sus raíces en estructuras antropológicas antiguas. El feminismo protestante fue más activamente sufragista que su homólogo católico y latino, muchas veces en nombre de la diferencia, de los aportes que las mujeres pueden traer a la administración de ese "gran hogar" que es el Estado. En los países europeos del Norte las mujeres votaron antes y llegaron antes al poder. Esas naciones no dudaron en recurrir a medidas estimulantes. Los países latinos, más machistas, veneran a la madre, pero en casa.

Francia acumula obstáculos culturales, políticos e históricos. La altura de las barreras es tal que ha conducido a cierta resignación de parte de las mujeres (¿importa realmente la política?) y del feminismo. En 1970, el MLF mostraba cierto desprecio por el Parlamento: ¿acaso lo privado no es político? Sin embargo, el recurso a la ley es una constante. La ley francesa sobre la igualdad en política nació en el seno europeo. Es la ley más radical, y dividió al feminismo en tres corrientes: a favor en nombre de la igualdad de los sexos, a favor en nombre de la diferencia, y hostil en nombre del universalismo republicano.²²¹ Sus resultados concretos por el momento son limitados; más fuerte es su alcance simbólico. De todas maneras hay una aculturación de las mujeres en política, en la medida en que han ejercido y ejercen en la actualidad responsabilidades en todos los niveles de gobierno: como ministras, en la Justicia o en las Fuerzas Armadas -bastiones de los hombres-, e incluso como primeras ministras. En la actualidad la opinión pública consideraría normal, e incluso deseable, ver a una mujer ejercer la máxima magistratura. Marianne bajó del altar. Entra en la pista.

La reivindicación y la conquista de los *derechos sobre el cuerpo* caracterizan el feminismo contemporáneo. *Our bodies, Ourselves*,²²² el libro del colectivo de Boston para la salud de las mujeres, que vendió cientos de miles de ejemplares, es emblemático de los tiempos que corren. En todas partes los movimientos de liberación femenina han puesto en primer plano la libertad de anticoncepción y el derecho a la interrupción voluntaria del embarazo, defendido por Gisèle Halimi, fundadora de Choisir (1971), en el memorable juicio de Bobigny (1972).²²³ En Francia, la Ley Veil (1975) reconoce este

²²¹ El libro pionero fue el de Françoise Gaspard, Anne Le Gall y Claude Servan-Schreiber, *Au pouvoir citoyennes! Liberté, égalité, parité*, París, Seuil, 1992. Para un enfoque histórico, véase Joan W. Scott, *Parité! L'universel et la différence des sexes*, París, Albin Michel, 2005.

²²² De 1973, traducido al francés en 1977 y publicado por Albin Michel bajo el título de *Notre corps, nous-mêmes* [trad. esp.: *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*, Barcelona, Icaria, 1984].

²²³ Asociación Choisir la Cause des Femmes, *Le Procès de Bobigny*, desgrabación integral de los debates del tribunal de Bobigny (8 de noviembre de 1972), París, Gallimard, prólogo de Simone de Beauvoir; nueva edición de 2006, con prólogo inédito de Gisèle Halimi y posfacio de Marie-Claire, la acusada de Bobigny, "Me acuerdo de todo" (agosto 2005).

derecho. Y es una revolución. "Un hijo si yo quiero, cuando quiero, como quiero". Este *habeas corpus* de las mujeres (Yvonne Knibiehler) representa una inversión total de los papeles y el germen de la mayor conmoción en las relaciones entre los sexos. Al mismo tiempo, en los años ochenta, en Francia y en casi todo el mundo occidental, tienen lugar luchas para que se penalice la violación, el acoso sexual en el trabajo, el incesto, imprescriptible; luchas para la protección de mujeres golpeadas. Muchísimas leyes ya han sido votadas, aumentando los litigios judiciales. A tal punto que hasta se habló de feminismo de Estado y "victimización" de las mujeres, fuente de controversias entre feministas.²²⁴ Es que el derecho se ha convertido en un terreno esencial, signo de la democratización de las relaciones entre los sexos.

En fin, a través de este movimiento de emancipación de tan larga data, y con la ayuda de grandes libros, de los cuales debería hacerse una antología -de Cristina de Pizán a Virginia Woolf, de Marie de Gournay o Mary Wollstonecraft a Lou Andreas-Salomé, Simone de Beauvoir, Monica Wittig, Judith Butler, Françoise Collin, etc.-, se delinea un pensamiento feminista, con frecuencia crítico de un universal virtual más que real, que plantea la cuestión de la identidad, la diferencia y la jerarquía de los sexos. Se pregunta sobre el género y su relación con el sexo: ¿cuál precede a cuál? ¿Cuál define a cuál? Habla de la homosexualidad, del lesbianismo, no sólo un derecho personal, sino también una nueva manera de estar en el mundo. El pensamiento queer embarra la cancha y confunde las fronteras.²²⁵

El feminismo despierta un antifeminismo más o menos virulento,²²⁶ que va desde la caricatura misógina hasta la crítica política más radical (antifeminismo de Vichy).

No es fácil medir sus efectos. ¿Instrumento de presión al servicio de las mujeres más privilegiadas? Sin duda. Pero ¿debemos reducirlo a un *lobby*, como hace Pierre Bourdieu?²²⁷ En el juego de interacciones que construyen la sociedad, como mínimo puede concedérsele un rol en la modernización de las relaciones entre los sexos que marca la historia contemporánea.

El feminismo convirtió a las mujeres en actrices de la escena pública. Les dio una forma a sus aspiraciones y una voz a su deseo. Fue un agente decisivo de igualdad y libertad, y por lo tanto de democracia.

²²⁴ Élisabeth Badinter, *Fausse route*, París, Odile Jacob, 2003 [trad. esp.: *Hombres / Mujeres. Cómo salir del camino equivocado*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003].

²²⁵ Marie-Hélène Bourcier, *Queer Zones. Politiques des identités sexuelles, des représentations et des savoirs*, París, Balland, 2001.

²²⁶ Christine Bard (dir.), *Un siècle d'antiféminisme*, París, Fayard, 1999 [trad. esp.: *Un siglo de antifeminismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000].

²²⁷ Pierre Bourdieu, *La domination masculine*, París, Seuil, 1998 [trad. esp.: *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000].

"Toda la historia de las mujeres fue hecha por hombres -decía Simone de Beauvoir-. El feminismo nunca fue un movimiento autónomo."

En este punto, se puede pensar de otra manera.

¿Y AHORA?

DURANTE cinco capítulos seguimos unos cuantos caminos y trazamos algunas diagonales a través de la historia de las mujeres: fuentes y representaciones; el cuerpo; el alma (la religión, la educación, la creación); el trabajo y la profesión; las mujeres en la polis. De estos temas nos ocupamos. Lo hicimos con una pregunta constante: ¿en qué cambian o cambiaron las relaciones entre los sexos a lo largo de estas fronteras? ¿Cómo evolucionó la diferencia entre los sexos? ¿A qué ritmo? ¿En torno a qué acontecimientos? ¿Cómo se modificó el reparto entre hombres y mujeres, sus identidades y su jerarquía?

Al final de este recorrido, lo que más me sorprende es la inmensidad de lo que no dije o abordé, a riesgo de acentuar más, con el esclarecimiento de puntos particulares, la sombra que justamente hubiera querido disipar. Tratándose de la salud de las mujeres, hubiera podido hablar de una locura²²⁸ que siempre se les atribuyó, de manera análoga a la violencia en los hombres: las mujeres son locas y los hombres, criminales. Se trata de una forma más de circunscribir a las mujeres a su cuerpo y a su supuesta irresponsabilidad.

En efecto, en materia de delincuencia y criminalidad existe desde hace tiempo (pero se acentuó en los últimos años) una alarmante asimetría. En Francia, las prisiones están pobladas por hombres en el 96%. El 4% integrado por las mujeres encarceladas agrupa, por otra parte, a las más abandonadas y marginadas de todas, como si contravinieran de manera especial la norma de lo femenino. Antiguamente, Saint-Lazare fue un epicentro de solidaridad femenina; no es el caso de Rennes, el único centro penitenciario para mujeres que hoy existe en Francia. Esta asimetría carcelaria, ¿es acaso la expresión de una exacerbación de la violencia de los hombres? ¿O de esa victimización acrecentada de las mujeres que denuncian algunos abogados? Un poco las dos cosas, sin duda. Pero esto plantea un problema. Es un síntoma, pero ¿de qué?

No hablé de las mujeres discapacitadas. La alteridad radical que conlleva la discapacidad, ¿acusa o anula la diferencia de los sexos?²²⁹

No hablé de las mujeres en la esclavitud. ¿Qué parte les tocó y qué lugar ocuparon las mujeres en la trata de negros, que alteró la

²²⁸ Yannick Ripa, *La Ronde des folles. Femmes, folie et enfermement au XIX siècle 1838-1870*, París, Aubier, 1986.

²²⁹ Es la pregunta que plantean Maudy Piot y su asociación, la FDFA (*Femmes pour le dire, Femmes pour agir*). Véase el principal libro de Henri-Jacques Stiker, *Corps infirmes et sociétés. Essai d'anthropologie historique* (1982), 3a ed., París, Dunod, 2005.

vida de África y de América? ¿Qué hacían? ¿Cómo eran utilizadas sus cualidades domésticas y su función maternal? ¿Fueron acaso elementos de adaptación, de resistencia, de memoria? ¿De qué fuentes se dispone para salirles al encuentro?²³⁰ Pienso en los libros de Toni Morrison (*Beloved*).

No hablé de las mujeres en la Shoah. En la deportación y exterminación de los judíos, ¿qué implicaba la diferencia de los sexos? El hecho de que la judeidad se transmitiera por las mujeres, ¿tenía consecuencias?²³¹ En algunos conflictos étnicos que no compararé con la Shoah, como las guerras en la ex Yugoslavia, el cuerpo de las mujeres fue un punto clave, y en Srebrenica la violación fue usada sistemáticamente como arma de guerra.²³²

En todos estos casos se trata, sobre todo, de mujeres enfrentadas a la violencia, a la guerra y a formas de dominación masculina de la que también son víctimas los hombres. Sin embargo, esa dominación está lejos de agotar las relaciones entre los hombres y las mujeres (tan lejos como está la condición de víctima de resumir históricamente el estatuto de las mujeres, que saben resistir, existir, construir sus poderes). La historia no es la de la infelicidad de las mujeres más que la de su felicidad. Las mujeres son actrices de la historia: espero haberlo sugerido y mostrado, rechazando toda perspectiva maniquea de los sexos en blanco y negro. Las mujeres no siempre están oprimidas; a veces ellas mismas ejercen el poder, incluso la opresión. No siempre tienen razón. A veces son felices y se enamoran. Escribir su historia no es un modo de reparación, sino un deseo de comprensión, de inteligibilidad global.

Observando el camino recorrido me asombran otros límites, en *el tiempo y en el espacio*. Hablé sobre todo de historia moderna y más aún contemporánea, que me resulta más familiar y que dispone de fuentes mucho más abundantes. El aporte de la historia antigua y medieval, sin embargo, es considerable. Menos enredados en las fuentes, nuestros colegas imaginan y piensan más que nosotros, esclavos de la referencia. Los volúmenes que Christiane Klapisch-Zuber y Pauline Schmitt Pantel dirigieron en *Historia de las mujeres en Occidente* están teñidos de la mirada antropológica y la respiración mítica, o mística. Esto ocurre en el dominio de las representaciones y de las religiones, pero también del derecho, de las relaciones familiares, de la vida cotidiana y hasta de la acción política. Hace muy

²³⁰ Hannah Crafts, edición de Henry Louis Gate Jr., 2002; traducción francesa: *Autobiographie d'une esclave*, París, Payot, 2005. Esta biografía novelada es el primer libro escrito por una negra antes de la Guerra de Secesión.

²³¹ Jacques Fijalkow (dir.), *Juives et non-juives, souffrances et résistance*, París, Max Chaleil, 2004 (coloquio de Lacaune).

²³² Véronique Nahoum-Grappe, "Guerre et différence des sexes: les viols systématiques (ex-Yougoslavie, 1991-1995)", en Cécile Dauphin y Arlette Farge (dirs.), *De la violence et des femmes*, París, Albin Michel, 1997.

poco Anne Brenon describió el compromiso de las mujeres cátaras en la Occitania medieval, un atractivo para las contraconductas señalado a propósito de las beguinas.²³³

Hasta la prehistoria es revisitada por la diferencia de los sexos. Claudine Cohen²³⁴ muestra cómo la mirada sobre la *mujer de los orígenes* cambió, sobre todo bajo la influencia de la investigación estadounidense. Androcéntrica en un principio, la prehistoria interpretaba las huellas de las mujeres en un sentido religioso, erótico o mítico (la Gran Diosa). Hoy Cohen tiende a restituir a esa mujer de los orígenes su lugar en la diversidad de los roles sociales y sexuales y en la vida cotidiana. Esto permitirá quizás salir de una visión estereotipada de los roles de los sexos, sin, por ello recaer en las desacreditadas tesis de un matriarcado original.

Esto nos invita a ensanchar las fronteras temporales, pero también las fronteras espaciales: salir del mundo occidental, sobre todo porque la historia de las mujeres y del género se desarrolló de manera considerable en Extremo Oriente (al menos en India y Japón), en América Latina (en particular en Brasil, donde hay centros de estudio muy activos con sede en Campiñas, Río de Janeiro, Florianópolis) y hasta en África, donde sin embargo no es fácil apartarse de las representaciones etnológicas un poco fijas. Sin embargo, las mujeres participan del desarrollo del comercio y la expansión urbana.²³⁵

La historia de las mujeres, por ser mundial, plantea la cuestión de la diversidad de las experiencias y la de los valores universales, especialmente en lo concerniente al islam, cuyo papel en el choque de las civilizaciones conocemos.

Ahora bien, la diferencia de los sexos allí es central, y más compleja de lo que se cree. Hay un libro de Habiba Fathi²³⁶ sobre las mujeres con autoridad en el Asia central contemporánea. Se apoya sobre una investigación de campo llevada a cabo entre 1995 y 1999. En los países que constituyen el Asia central postsoviético (Uzbekistán, Turkmenistán), hay mujeres que acceden a cargos de autoridad. Se las llama las *otin*: "Un hombre de Dios en el mundo de las mujeres". Preservaron una cultura religiosa tradicional, y a ellas se les debe, sobre todo, que esos países hayan seguido siendo musulmanes. Pero ahora chocan contra el neowahhabismo, que busca imponer un islam mucho más fundamentalista y machista. Es así

²³³ Anne Brenon, *Les Femmes cathares*, París, Perrin, 1992, reed. 2005 [trad. esp.: Las mujeres cátaras, Madrid, Susaeta, 2001].

²³⁴ Claudine Cohen, *La Femme des origines. Images de la femme dans la préhistoire occidentale*, París, Belin-Herscher, 2003.

²³⁵ Catherine Coquery-Vidrovitch, *Les Africaines. Histoire des femmes d'Afrique noire du XIX au XX siècle*, París, Desjonquères, 1994.

²³⁶ Habiba Fathi, *Femmes d'autorité dans l'Asie centrale contemporaine. Quête des ancêtres et recompositions identitaires dans l'Islam postsoviétique*, prólogo de Olivier Roy, París, Maisonneuve et Larose, 2004.

como, en el Asia central musulmana, las mujeres se encuentran hoy en el corazón de la cuestión del poder del Estado y la identidad nacional. La historia de las mujeres en este caso es central; en su prólogo, Olivier Roy las incita a pensarse como tales y a salir de su marginalidad. Lo que Roy dice es válido para esta historia en su conjunto, labrada por la tentación de su término. Sumergirse en las prácticas, los lugares, las vidas de las mujeres resulta atractivo. Está el placer de la alcoba, del jardín íntimo, del cuchicheo, del secreto, del repliegue sobre un mundo interior más dulce. Pero el placer de emprender esta historia no debe impedir que se desenrede el ovillo donde están imbricadas las relaciones entre los sexos. La propuesta de Habiba Fathi es doblemente seductora: tiene valor general y alcance particular. Relativiza la diferencia cultural y religiosa e invita a analizarla en su funcionamiento interno.

Podríamos aplicarla al *velo*. Llegado de las costas del Mediterráneo, instituido en un principio por el cristianismo como signo de la dependencia de la mujer (tal como persiste en lo fundamental), el velo puede revestir otro sentido en el uso que las mujeres hacen de él, en el Magreb e incluso en Francia: una protección, un viático, un adorno, un medio más seguro de circular en un barrio o una ciudad hostiles, escapándose a la mirada de los otros. Esto es lo que sugiere Assia Djebar en sus novelas *-Las mujeres de Argel en su apartamento; El amor, la fantasía; La mujer sin sepultura, y tantas otras-*, atravesadas por esa cultura femenina argelina de la que procede, y que trasciende sin renegar de ella. Por supuesto, este relativismo tiene límites: los de un universal, no dado ni inmanente sino conquistado, construido poco a poco, y que pasa por la igualdad de los sexos, la integridad del cuerpo, la autonomía de los individuos. Un universal en proceso, inacabado, quizás inacabable. Término inaccesible de una historia sin fin.

¿Y hoy? ¿En qué punto está la historia de las mujeres? En tanto relato, existe en diversos grados en todo el mundo, sobre todo occidental. Constituyó una forma de toma de conciencia de identidad, un intento de memoria -y sobre todo de relectura- de los acontecimientos y de la evolución con la vara de la diferencia de los sexos, es decir del género. A su lado se despliega una historia de los hombres y de su masculinidad.²³⁷ En Francia es un campo activo, productivo, dotado de grupos de estudio y de revistas, más reconocido entre el público que en la universidad misma; ésta todavía es tímida para consentir campos nuevos, o recientes, sobre todo cuando sospecha de los riesgos del comunitarismo.

¿Y *las mujeres en la historia*? Balance imposible, que oscila según los días y los acontecimientos, entre el optimismo de la conquista ("Ganamos") y el escepticismo del sentimiento de ilusión.

²³⁷ Anne-Marie Sohn y Françoise Thélamon (dirs.), "Vers une histoire de la masculinité", en *Une histoire sans les femmes est-elle possible?*, actas del coloquio de Ruán, París, Perin, 1998, pp. 251-312; véanse los trabajos de André Rauch y los de Daniel Welzer-Lang (*Les Hommes violents*, París, Pierre et Coudrier, 1991).

En el mundo occidental la igualdad de los sexos, tardíamente identificada, se volvió un principio reconocido, hasta en la Constitución europea. Las mujeres accedieron a muchas áreas del saber y del poder, incluso las áreas militares y políticas, que les estaban prohibidas. Han conquistado muchas libertades. Sobre todo la libertad de la anticoncepción, que es el corazón de la revolución sexual. No vamos a estropear su placer.

Aun así, todavía existe una distancia entre la teoría y la práctica. Por ejemplo en el acceso a las responsabilidades, a las profesiones, a la igualdad salarial, etc. Hay zonas que resisten: lo religioso, lo económico, lo político (sobre todo en Francia); lo doméstico, que se comparte tan poco; la creación, que se sustrae. A menudo las fronteras se desplazan, pero algunos campos de excelencia masculina se reconstituyen, tan lejos de disolverse está la jerarquía de los sexos. Las conquistas son frágiles, reversibles. Los retrocesos son siempre posibles. Los integristas políticos y religiosos hacen del orden de los sexos y de la dependencia femenina uno de sus pilares. Se producen efectos perversos, inesperados: la soledad, los enfrentamientos, la violencia -conyugal y de las otras, quizás más visible o realmente agravada por la angustia identitaria- marcan relaciones a menudo tensas entre los sexos.

A escala planetaria, la globalización -al menos en un principio- fragiliza a los más débiles. Entre estos últimos se cuentan las mujeres, expuestas a la pauperización, al hambre, a las guerras nacionales y étnicas que afectan más que nada a los civiles, a un sida galopante, sobre todo en África, a la prostitución cuyas redes se extienden, contradiciendo la visión triunfante de una sexualidad liderada. La historia de las mujeres es tan trágica como la de los hombres.

Así, la revolución sexual, cuyas dimensiones hemos intentado medir, está inconclusa. A decir verdad, es interminable. Tampoco en este terreno hay "fin de la historia" Imposible, por lo tanto, clausurar su relato. Se puede decir "había una vez", invocar oscuros comienzos, contar el principio. Pero no el "final".

Historia para seguir. Historia para hacer, también.

